

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

LA POSIBLE FRAGMENTACION
DEL ESPAÑOL EN AMERICA.
HISTORIA DE UN PROBLEMA

Tesis que para optar al Grado de
Doctor en Letras

presenta

PACIENCIA ONTAÑON SANCHEZ

México, D. F.

1967

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

PRIMERA PARTE	Pg.
Introducción.1
Causas de la fragmentación del latín	
a) Extensión geográfica y dificultad de comunicaciones.11
b) Influencia de los diferentes sustratos prerromanos.16
c) Distinta procedencia regional de los colonizadores.	28
d) Distinta época de colonización.	32
e) Influencia de los superestratos.	34
SEGUNDA PARTE	
El pesimismo de Cuervo.43
La posible formación de lenguas "nacionales" en América.	66
El porvenir de la lengua.	125
Medidas recomendadas para conservar la unidad del español.	152
Estado actual del problema.	161
TERCERA PARTE	
Consideración lingüística de la cuestión. . .	180
Conclusiones.	226
BIBLIOGRAFIA.	228
Abreviaturas.	240

PRIMERA PARTE

I

Desde los primeros tiempos de la colonización de América debió de empezar a matizarse el español trasplantado a las nuevas tierras con ornamentos tomados de las lenguas indígenas y con "donaires" ideados por los propios colonizadores. De todo ello, en efecto, existen remotos testimonios literarios.

Ya en 1573, Eugenio de Salazar, escritor satírico madrileño, que desempeñó, entre otros cargos importantes, el de oidor de la Audiencia de México entre 1581 y 1589, da noticias, en cartas que escribía a sus amigos, de distintas peculiaridades del habla de los emigrantes, como el uso de términos marineros, muchos de los cuales no entendía, pero le producían gran regocijo.¹

También alude Salazar, como harían despues muchos otros escritores, a lo pulido e ingenioso del castellano que se hablaba en

¹ Cartas de Eugenio de Salazar, vecino y natural de Madrid, escritas a muy particulares amigos suyos. Publicadas por la Sociedad de Bibliófilos españoles, Madrid, 1866, pp. 39-43.- Puede verse reproducida en A. Alonso, Estudios lingüísticos, Madrid, Gredos, 1953.

América, tan atenido a la gramática que hacía pensar en el latín.²

En 1591, el Doctor Juan de Cárdenas, en su interesantísimo libro Problemas y secretos de las Indias,³ se refiere al español de la Nueva España, comparándolo con el peninsular, y haciendo resaltar su galanura y refinamiento:

"...oyremos al Español nacido en las Indias, hablar tan pulido cortesano y curioso, y con tantos preambulos delicadeza, y estilo retorico, no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte, y en compañía de gente muy hablada y discreta, al contrario vean al chapeton, como no se aya criado entre gente ciudadana, que no ay pelo cõ corteza que mas bronco y torpe sea, pues ver el modo de proceder en todo del vno tan diferente del otro, vno tan torpe y otro tan bivo, ñ no ay hombre por ignorante que sea, que luego no eche de ver, qual sea çachupin y qual nacido en Indias: pues venga agora vna muger de España, y entre en conversacion de muchas damas de las Indias, al momento se differẽcia y conoce ser de España, solo por la ventaja que en qãto al tracender, y hablar nos haze la Española gente nacida en Indias, a los ñ de España venimos, pues pongase a dezir vn primor, vn offrecimiento, o vna razon bien limada y sacada de punto, mejor biva yo que aya cortesano criado dentro de Madrid o Toledo,

2 Epístola al insigne Hernando de Herrera; apud A. Rosenblat, "Base del español de América", Boletín de Filología, XVI, 1964, p. 224.

3 Impreso en Mejico en 1591 por Pedro Ocharte. Cito por la edición del Instituto de Cultura Hispánica (Colección de Incunables Americanos del Siglo XVI), Madrid, 1945, pp. 177 y 177 vº.

~q mejor la lime y componga".

Bernardo de Valbuena, hacia 1600, en el epílogo de su Grandeza Mexicana habla también, una vez más, de la peculiar "cortesanía" que caracterizaba al castellano hablado en el Nuevo Mundo:

"Es ciudad de notable policía
y donde se habla el español lenguaje
mas puro y con mayor cortesanía,

vestido de un bellissimo ropaje
que le da propiedad, gracia agudeza,
en casto, limpio, liso y grave traje." ⁴

Y, por otra parte, es ya bien sabido que, desde el momento mismo del descubrimiento, existe un gran interés y una gran curiosidad por las palabras indígenas de América, muchas de las cuales pasan desde entonces a enriquecer el vocabulario español. En su primer viaje llevó ya Colón la palabra canoa a España, a tiempo para que Nebrija pudiera incluirla en su diccionario de 1493. En la relación que el Doctor Chanca hizo del segundo viaje de Colón, menciona ya la palabra ají, como designación de un vegetal desconocido en la Península; el propio Colón habla del maíz cuando nos relata su tercer viaje. A partir de entonces, es muy frecuente que todos los historiadores de Indias incluyan en sus relaciones gran número de voces indoamericanas, ya porque ellas designaban realidades del Nuevo Mundo desconocidas para los europeos, ya por el colorido de novedad y de exotismo que proporcionaban a sus escritos.

Basten estos testimonios, tomados al azar, para probar la exis-

⁴ Apud A. Alonso, Castellano, español, idioma nacional. Buenos Aires, Losada, 1943.

tencia, desde muy antiguo, de una actitud distinguidora, de una conciencia lingüística de diversificación idiomática, aunque por aquel entonces no se profundizara más en las consecuencias que tal diferenciación podrían acarrear.

Con el nacimiento de la filología románica -de la lingüística comparada científica - a comienzos del siglo XIX, se amplían notablemente los horizontes de los estudiosos del lenguaje. Se precisa entonces el parentesco de las lenguas románicas, se determina rigurosamente su filiación común...y se piensa, como consecuencia, que la fragmentación lingüística de aquella comunidad latina tan uniforme, bien podría repetirse, paralelamente, dentro de la comunidad idiomática española.

Para poder explicarse bien la polémica objeto de este estudio, será conveniente hacer un poco de historia, siquiera sea brevemente:

Aunque la filología románica nació como ciencia a fines del siglo XVIII, y su iniciador, Friedrich Schlegel, hizo en 1808 los primeros estudios que demostraban la relación existente entre el griego, el latín, el antiguo germano y el sánscrito, ya había tenido varios antecedentes unos siglos antes. A fines del siglo XIII, Dante Alighieri en De vulgari eloquentia había observado ya las afinidades existentes entre las lenguas neolatinas. Su estudio no es todavía científico, pero tiene la intuición que le revela el criterio de la evidencia. Supone que Europa estaba poblada por tres grandes razas, que ocupaban, una la parte norte, otra la parte oriental (que aproximadamente coincide con Grecia) y la tercera, la parte meridional. Esta tercera raza posee una lengua dividida en tres modalidades diferentes: español, francés y latino; las tres

han nacido por corrupción de una sola lengua, pero ésta no es para Dante el latín, que es demasiado elevado para eso.

Un siglo después, ya en pleno Renacimiento, Poggio Bracciolini (1380-1459) advierte que el latín no es una lengua artificial; que en cierta época fue la lengua común, hablada en Roma; y observa que el italiano, y otras lenguas emparentadas con él descienden directamente del latín.

También en el siglo XV se inician en España los estudios gramaticales modernos, merced a la labor personal de Nebrija. En su Gramática castellana, de 1492, ya da por seguro que el castellano es lengua derivada del latín, a pesar de que más de un siglo después hubo quienes negaron esa procedencia: "De allí, comenzando a declinar el imperio de los romanos, junta mente comenzó a caducar la lengua latina hasta que vino al estado en que la recibimos de nuestros padres, cierto tal que, cotejada con la de aquellos tiempos, poco mas tiene que hazer con ella que con la araviga." ⁵

De la misma opinión fueron muchos otros eruditos del siglo XVI, inquietos por el origen de las lenguas vulgares, como Juan de Valdés, Martín de Viciana, Arias Montano, Bernardo de Aldrete. Todos sabían que el español era la misma lengua latina "corrompida" por los germanos y por la invasión árabe: "la lengua que oy se habla en Castilla, de la qual vosotros quereis ser informados, tiene parte de la lengua que se usava en España antes que los romanos la enseñoreasen, y tiene también alguna parte de los godos, que sucedieron a los romanos, y mucha de la de los moros, que reinaron

⁵ Antonio de Nebrija, Gramática castellana. Texto establecido sobre la edición "princeps" de 1492 por Pascual Galindo y Luis Ortiz; Madrid, 1946. Prólogo, p. 8.

muchos años, aunque la principal parte es de la lengua que introduxeron los romanos, que es la lengua latina." ⁶

Viciana sabe, además, que el latín había dado origen a las lenguas y dialectos romances: ("la latina es madre de muchas otras lenguas" ⁷) y Bernardo de Aldrete es quien lleva las cosas más adelante probando de una manera científica el origen latino del castellano y de las demás lenguas vulgares.

A fines del siglo XVI se encontraron en Granada unos pergaminos escritos en castellano a los que se les atribuyó una antigüedad milenaria, lo que probaría que el castellano se había hablado en España antes de que llegaran los romanos. Varios filólogos renombrados basaron en este hallazgo sus nuevas teorías; así, Ximenez Patón, quien sostuvo que el castellano era independiente del latín, y que procedía de una de las setenta y dos lenguas que llegaron a hablarse en Babilonia cuando Dios castigó a los hombres por su soberbia. En ese caso, tanto el español como el latín procederían del hebreo, que era la única lengua que se hablaba antes del momento de la fragmentación punitiva.

Hasta un filólogo tan eminente como Gonzalo Correas se dejó arrastrar por esta teoría, y en su Arte de la lengua castellana

6 Juan de Valdés, Diálogo de la lengua, Ed. de José F. Montesinos, en Clásicos Castellanos, 86, p. 21.

7 Libro de alabanzas de las lenguas Hebrea, Griega, Latina, Castellana y Valenciana, Valencia, 1574.

llega a afirmar que es el latín la lengua que procede del castellano.

No podemos dejar de mencionar, en esta rápida enumeración, el Tesoro de la lengua castellana de Covarrubias, los Orígenes de la lengua española, escrito ya en el siglo XVIII por Mayans y Siscar, y, en Francia, a Gilles Ménage (1613-1692), que se preocupó por el origen del francés y del italiano.

En 1612, el Vocabulario degli Accademici della Crusca, publicado en Venecia, fue el modelo para el Diccionario de la Academia francesa, y posteriormente para el de la española. Charles Du Cange, a fines del siglo XVII, publica su Glossarium mediae et infimae latinitatis, donde recoge frases y documentos medievales, muy útiles para los etimologistas, para el conocimiento de formas romances y germánicas anteriores a la primera documentación vulgar.

Pero no fue sino hasta fines del siglo XVIII, al despertar el Romanticismo el interés por todo lo que se relacionara con la Edad Media, cuando la filología románica se convirtió en una verdadera ciencia. Se puede considerar al francés Raynouard, estudioso del provenzal, como el precursor de la pléyade de grandes filólogos que inundaría el siglo XIX. Él estudió con acierto la procedencia latina de todas las lenguas románicas, pero cometió el error de considerar que la procedencia no era directa del latín vulgar, sino a través de otra lengua romance, desaparecida, que debió de ser muy semejante al provenzal.

Estas diferencias pudieron ser superadas con el nacimiento de la lingüística comparada científica, cuyos iniciadores fueron Friedrich Schlegel (cfr. supra) y Franz Bopp (1791-1867). Este continuó las investigaciones del primero con más seguridad, pues mien-

tras que Schlegel había tenido sólo en cuenta el léxico como base de sus comparaciones, Bopp hace ya estudios gramaticales completos.

Friedrich Diez (1794-1876) se puede considerar como el fundador y organizador de la filología románica, con su Gramática de las lenguas romances, iniciada en 1836, y con su Diccionario etimológico de las lenguas romances, de 1853. Pero su obra fue ampliamente completada, ampliada y superada por Guillermo Meyer-Lübke⁸ maestro insuperado de la romanística, a la que dio estructura definitiva, y cuyas obras siguen siendo punto de partida y de referencia en todos los estudios que se han hecho posteriormente.

Humboldt (1767-1835) se preocupa por primera vez de la lingüística general, con una visión de la lengua filosófica e histórica basada en lenguas de diverso tipo, entre las que incluye las lenguas indígenas de América.

Algo posterior es el nacimiento de la dialectología, iniciada por Graziadio Isaia Ascoli (1829-1907), que comenzó por estudiar los dialectos de Suiza, ejemplo magnífico de estudio histórico-geográfico de un dominio neolatino. Ascoli cree todavía en la vida de las lenguas (nacimiento, desarrollo y muerte) y piensa que su extensión es como la de las plantas -por ramas- teoría que habían defendido los neogramáticos; pero Ascoli es mucho más flexible que ellos, porque admite que las leyes fonéticas están sujetas a la relatividad

⁸ Sus dos obras capitales, Romanisches Etymologisches Wörterbuch y Grammatik der romanischen Sprachen, siguen siendo los dos pilares fundamentales de la lingüística románica.

y no pueden encerrarse en leyes severas. Hugo Schuchardt sostiene una dirección contraria a los neogramáticos y se opone, junto con Ascoli, a la rigidez de las leyes fonéticas en que éstos se apoyaban. Schuchardt considera que el lenguaje está en estrecha relación con la etnografía y la civilización de los pueblos.

La geografía lingüística fue iniciada por Gustav Wenker (1852-1911), que trató de establecer cartográficamente los confines de los dialectos alemanes.

Tras este primer ensayo de Wenker y otros de menor importancia, realizó Jules Gillieron su Atlas linguistique de la France (ALF), iniciado en 1902, obra definitiva que sirvió de modelo a otras muchas: el Atlas linguistic de Catalunya, de monseñor Antoni Griera (1923); el Sprach und Sachatlas Italiens un den Südschweiz, de Karl Jaberg y Jakob Jud; el Atlante linguistico etnografico italiano della Corsica de Gino Bottiglioni (1933), el Atlasul linguistic român de S. Puşkariu, Sever Pop y E. Petrovici (1938), y el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI), cuyo primer tomo ha aparecido recientemente.

En 1942, Albert Dauzat explicó públicamente la necesidad de hacer los atlas lingüísticos de un país extenso por medio de una suma de atlas regionales, sistema más preciso y detallado, que ha sido ya aceptado universalmente, y cuyo primer fruto en Francia fue el Atlas linguistique et ethnographique du lyonnais de P. Gardette y -en lo referente a la lengua española- el Atlas lingüístico-etnográfico de Andalucía, de Manuel Alvar.

Uno de los principales frutos de la geografía lingüística ha si-

do el de mostrar que un dialecto es una suma de variedades regionales. Ascoli había demostrado que una lengua es una suma de dialectos; la geografía lingüística demostró que un dialecto no es una forma lingüística uniforme, sino un complejo de variedades regionales, afines, pero con peculiaridades particulares.⁹

La filología española nació muy tarde, pero con gran vigor y seguridad, dado que su creador fue el admirable maestro Ramón Menéndez Pidal, de cuya fecunda actividad -lingüística, literaria e histórica- resultaría ocioso hablar aquí. Su ejemplo ha sido felizmente imitado por sus más inmediatos colaboradores y discípulos, algunos de los cuales extendieron su entusiasta actividad a Hispanoamérica.

II

Los estudios de filología románica sobrepasaron pronto cuantitativamente a los estudios de filología clásica, semítica o indoeuropea, e inclusive en el rigor y seguridad de los resultados, gracias a las condiciones en que podían realizarse. Ningún otro desarrollo lingüístico era semejante: las lenguas romances podían ser

⁹ Como en la Tercera Parte veremos, las hablas americanas podrían ser consideradas de esa manera: como simples modalidades de una lengua única.

estudiadas durante un período de desarrollo de 2000 años, y a la vez se conocía suficientemente la lengua que había sido el origen de todas ellas. También se conocen todas las fuerzas que han condicionado su evolución y transformación, y la historia relacionada con cada una de ellas.

Esto fue lo que hizo meditar a los filólogos americanos del siglo XIX. El español de América estaba en unas circunstancias muy semejantes a las que habían intervenido en la formación de las lenguas romances. El Imperio español había legado su lengua a cada país de América, tal como lo había hecho el Imperio romano en sus provincias. Cada país de América había conseguido su vida propia e independiente, tal como había sucedido con los países románicos. Y, naturalmente, vino la pregunta angustiada: ¿No irá a ocurrir con el español de América lo mismo que sucedió con el latín de la Romania? ¿No irán a fragmentarse las lenguas de los países de América, tal como se fragmentó el latín en los países románicos?

Para tratar de responder a estas preguntas, habrá que estudiar qué motivos podrían explicar la fragmentación del latín, y ver posteriormente si estas causas son también aplicables al español de América.

CAUSAS DE LA FRAGMENTACION DEL LATIN.

A) Extensión geográfica y dificultad de las comunicaciones.

Una de las causas más poderosas para la diferenciación del latín en las provincias romanas, es la propia extensión geográfica del Imperio. La lengua hablada de un dominio que se extendía desde el

extremo occidental del mundo entonces conocido, (el finis terrae lusitano) hasta los territorios del Asia Menor, y desde las islas británicas hasta el norte de Africa y las remotas tierras de la Dacia, tenía que irse diversificando necesariamente por esa simple razón geográfica. Es un hecho bien conocido y suficientemente comprobado por la geografía lingüística histórica, que cuanto más reducido es el territorio sobre el que se habla una lengua, tanto mayores son las probabilidades de que ésta se mantenga uniforme y compacta, en tanto que toda lengua que se dilata por territorios extensos se diversifica paulatinamente y en proporción a la situación que vaya alcanzando.

A esta razón puramente territorial hay que añadir, en el caso del latín, otra circunstancia diferenciadora de gran peso: la dificultad de las comunicaciones entre unas y otras zonas del Imperio. Aunque los romanos se preocuparon siempre por las vías de comunicación y las incrementaron muchísimo, nunca éstas fueron suficientes para que las provincias pudieran relacionarse estrechamente. Los romanos propiciaron las comunicaciones marítimas, y a pesar de no ser buenos marinos ni gustar mucho de la navegación, se vieron obligados a ello, para unir de alguna manera las provincias con la metrópoli. La naturaleza era muchas veces prácticamente insalvable; por ejemplo, Hispania no fue una de las provincias más aisladas, y sin embargo, para llegar a ella desde Roma, había que atravesar, entre otras muchas cosas, dos sistemas montañosos tan impracticables como los Alpes y los Pirineos. La comunicación de las provin-

cias con la metrópoli era necesaria y había que facilitarla de cualquier manera. Pero la comunicación de unas provincias con otras no era de máxima importancia, y es por esto que las provincias de los extremos de la periferia quedaron siempre aislados entre sí. ¿Como podrían, por ejemplo, haberse relacionado Hispania y la Dacia?

De todo esto proviene que, una vez organizado el Imperio Romano, se concediese a cada provincia una relativa autonomía; cada una de ellas empezó a desarrollar una vida peculiar, según su personalidad característica, y cada una fue desarrollando distintas tendencias lingüísticas desde el primer momento. Durante los varios siglos de historia común, todos los territorios situados bajo el Imperio Romano se latinizaron, en mayor o menor grado, y cada uno, por su parte, impuso su personalidad. Por lo tanto la diferenciación comienza desde el principio mismo del dominio romano.

Debido a todas estas causas existió un núcleo central -los territorios más próximos a la metrópoli- y una serie de regiones periféricas, a las que la influencia del centro llegaba muy debilitada. Esto es la causa de que el rumano sea la lengua más independiente de la Romania. Así pues, las lenguas periféricas son las más ricas en un fondo lingüístico particular.

Cuando el Imperio empezó a descentralizarse, es decir, aproximadamente en la época de Adriano, y la dependencia de Roma empezó a relajarse, el latín aceleró su dispar evolución. Las provincias se hicieron independientes y dejaron de tener a Roma como ejemplo, y así empezaron a surgir nuevas formas de expresión, más libres y más diferenciadas. Todo esto se acelera a partir del siglo III y

se intensifica en el siglo V, con las invasiones de los pueblos germánicos, que fueron causa de una violenta ruptura en las comunicaciones, ya de por sí no muy firmes, y desgajó el Imperio en bloques aislados. Como Wartburg señala, "La disgregación territorial condiciona también la variedad de la evolución lingüística de los países en cuestión. La separación externa es en estos casos lo primario; la interna, lo secundario, consecuencia natural de la primera"¹⁰

Una vez iniciada la fragmentación, la evolución independiente de las distintas regiones va siendo cada vez más rápida, no sólo en lo relativo al lenguaje, sino también en lo que a la organización social se refiere. Cada país necesita nuevos focos culturales y económicos, puesto que ya el influjo de la metrópoli es prácticamente nulo. Esta necesidad tiene por consecuencia que los países creen sus propios centros de irradiación, y así "surgen nuevas formas de pensamiento, se renueva el mundo metafórico, se desgastan las formas de la flexión, formaciones analógicas suplantando a otras más antiguas. El alcance de las olas innovadoras depende de la fuerza de expansión de ciertos focos culturales."¹¹

La lengua no evolucionó a la misma velocidad en todas las regio-

¹⁰ Walter von Wartburg, La fragmentación lingüística de la Romania, Madrid, 1952, p. 187.

¹¹ Gerhard Rohlfs, Diferenciación léxica de las lenguas románicas, Madrid, 1960, p. 22.

nes. Las provincias más alejadas de Roma, las que sufrieron menos su influjo, conservaron una lengua más arcaica, menos sujeta a las innovaciones que nacían y se desarrollaban rápidamente en la capital del Imperio. Hispania, Dacia, el sur de Italia, Dalmacia, Cerdeña y los valles alpinos fueron regiones más conservadoras, entre las que existen coincidencias léxicas debidas, precisamente, a ello. Al caer en olvido el verbo loqui, triunfó en todo el Imperio la forma fabellare (fabullare); posteriormente, por influencia del cristianismo, se adoptó en la metrópoli el neologismo parabolare (del griego Παραβολή), que se extendió rápidamente por toda la Península Itálica, por las Galias (de donde italiano parlare y francés parler) y aun por la zona más próxima y mejor comunicada de Hispania, la Tarraconense (de donde catal. parlar), en tanto que las regiones más remotas y peor comunicadas con la metrópoli conservaron -ignorando la innovación romana- la forma antigua fabullare (de donde esp. hablar, port. falar, retorrom. favler y sardo faeddare). De igual manera -en el dominio sintáctico- los comparativos anácticos que fueron sustituyendo a las formas orgánicas (en -ior), siguieron distinta evolución en unas y otras regiones. El tipo perifrástico magis longus, que había llegado ya a generalizarse en la lengua hablada de la época clásica, se sustituyó, en la región central del Imperio, por el sintagma plus longus, lo cual explica que los comparativos se formen hoy, en esa zona, con derivados de plus, y no de magis: più en italiano y plus en francés, mientras que en las lenguas periféricas se mantuvo magis (port.

mais, esp. más, cat. mes, rumano mai).

B) Influencia de los diferentes sustratos prerromanos.

Conforme los romanos iban avanzando en su conquista, fueron encontrando pueblos con lenguas diferentes. Pero estas lenguas ni siquiera eran uniformes, sino que estaban formadas, a su vez, por una serie de lenguas superpuestas, de cada una de las cuales conservaban restos anteriores. Esto se debía a que casi todos los países dominados por los romanos habían sufrido anteriormente una serie de invasiones, de las que habían conservado abundantes restos lingüísticos. Todo esto determina que la cuestión del sustrato se convierta en un verdadero problema, porque muchas veces ni siquiera es simple sustrato, sino lo que Tagliavini denomina "subsustrato".¹²

El estudio de los sustratos y su influencia sobre la lengua dominadora constituye un problema delicado. Hubo, al comenzar los estudios de filología románica, una tendencia general a atribuir todo cambio lingüístico a la influencia del sustrato. Los filólogos contemporáneos se muestran más prudentes, debido a que se ha demostrado que fenómenos que se habían considerado como originados por el sustrato, se producían simultáneamente en regiones muy lejanas, que no habían tenido el menor contacto entre sí y cuyos sustratos lingüísticos eran muy diversos. De todas formas es innegable que la influencia del sustrato tiene gran importancia en la configura-

¹² Carlo Tagliavini, Le origini delle lingue neolatine. Bologna, 1964, p. 112.

ción de las distintas lenguas románicas, y que ha contribuido grandemente en el surgimiento de límites lingüísticos diferenciadores. (Cfr. Wartburg, La fragmentación, p. 34).

Veamos ahora, a manera de ejemplo, cuáles fueron los principales sustratos y cómo actuó cada uno de ellos sobre el latín, modificándolo de una manera particular.

Sustrato itálico. Las primeras lenguas con las que el latín entró en contacto fueron, naturalmente, el osco y el umbro, dialectos indoeuropeos, hermanos del latín, pero que presentaban sus propias peculiaridades. Así, el osco y el umbro conservan la -f- entre vocales, que el latín transformaba en b o en d. Por ejemplo, la palabra tefe del umbro corresponde a la latina tibi. Cuando en algunas voces latinas (no compuestas, como de-fendo, pro-fanus etc) aparece la -f- intervocálica, como en el caso de tufus (que se convirtió en el vulgar tufo) puede afirmarse que estas palabras son préstamos del osco-umbro. Es curioso que algunas veces se conservan en el latín las dos formas, la propiamente latina y la forma osco-umbra, como en el caso de bubalus y bufalus. Es interesante también lo sucedido a la palabra tofa (trompeta) que en latín se transformó en tuba, hoy prácticamente desaparecida, pero que todavía se conserva en el dialecto napolitano con su forma primitiva, tofa.

Quizá el cambio más evidente de los dialectos itálicos con respecto al latín es la asimilación en nn y mm de los grupos nd y mb respectivamente (el itálico monno corresponde al latín mundus); hoy la forma derivada del latín, mondo, se conserva en toda Italia, menos en la parte centro-meridional, que siguen usando el monno os-

co-umbro.¹³

Sustrato etrusco. El etrusco vivió en contacto muy directo con el latín, e inclusive parece ser que en algunas épocas se enseñó públicamente en Roma. Ambas lenguas eran totalmente diferentes, y es probable que el etrusco no provenga del grupo indoeuropeo. Su origen es incierto y su estudio muy difícil debido a la escasez de inscripciones, la mayor parte de las pocas conservadas es únicamente de carácter funerario. Las posibles relaciones del etrusco con las lenguas de Asia Menor, y por lo tanto con el griego, podrían explicar el origen helénico del alfabeto latino, que podría haber pasado a Roma a través de los etruscos.

A pesar de lo poco conocido que es aún hoy el etrusco, se puede afirmar que muchas de sus palabras pasaron al latín; gracias a su origen no indoeuropeo, las palabras etruscas pueden aislarse por falta de correspondencias con las otras lenguas europeas; lo mismo sucede en el caso de algunos sufijos, como -ena, -enna, inna. También sabemos que una de las principales dinastías etruscas, la de los Tarquinios (lat. Tarquinius, etrusco Taryena) tenía en su nombre este sufijo, que hoy existe en topónimos (Ravenna) y en sustantivos (sagena, catena, etc.).

En general, en toda la onomástica latina fue muy fuerte el influjo etrusco; el sistema nominal compuesto de tres miembros es igual en latín que en etrusco, y ambos son diferentes del de los pueblos indoeuropeos. El Marcus Tullius Cicero del latín, corresponde al etrusco Larce Zuy Mutu. Toda la zona que fue dominada

¹³ Para la transmisión de estas peculiaridades dialectales al norte de España, cfr. infra p. 29-30

principalmente por los etruscos presenta toda una serie de topónimos que sin duda corresponden a topónimos etruscos, como Modena (etrusco Mutana, que significaba 'túmulo'), Volterra (etrusco Velathri), Todi (etrusco tular y latín Tuder, que significaba 'hito, estela'). También algunos nombres propios romanos tienen una correspondencia exacta con nombres propios etruscos; así, al latín Fabius corresponde el etrusco Fapi; al latino Petronius, el etrusco Petruni, etc.

Sustrato griego. El proceso de romanización de los territorios ocupados por los griegos fue mucho más lento y difícil que el de otras regiones, porque cuando el latín se puso en contacto con el griego, esta lengua tenía ya mucho prestigio, debido a la extensión y desarrollo de la cultura de Grecia. Aunque la colonización griega del sur de Italia empezase hacia la mitad del siglo VIII antes de Cristo, el griego se resistió varios siglos a la romanización y permaneció como lengua de sustrato durante mucho tiempo. Todavía en la época de Tácito (200-276), Nápoles era considerada "urbis quasi graeca".¹⁴

Los dialectos dóricos fueron los primeros que comenzaron a asimilar elementos latinos: cuando Tarento pasó a ser aliada de Roma, hacia el 272 antes de Cristo, ya se encuentra la palabra πᾶνός (pan) que proviene del panis latino. Pero otros dialectos fueron tan resistentes a la romanización, que todavía hoy en Italia se encuentran dos islas lingüísticas, al sur, donde aún se habla el griego. Es cierto que esto podría no ser continuación directa de la lengua de la Magna Grecia, sino posterior importación bizantina, pero

14 Tagliavini, Le origini, p. 78.

por sus características arcaicas y sus coincidencias con los dialectos neohelénicos de Grecia, estos islotes griegos parecen más bien continuación de la koiné.

Desde tiempos bastante antiguos el latín recibió influencias del griego. Así, la palabra malum (en italiano mela, manzana), proviene de la forma dórica $\mu\acute{\alpha}\lambda\omicron\nu$. Hay también ejemplos muy evidentes de la influencia griega en la sintaxis, especialmente en los dialectos del sur de Italia.

Estudios recientes prueban también la existencia de restos griegos abundantes, más numerosos de lo que se creía, en las costas de Provenza, donde hubo varias colonias griegas marítimas prerromanas; Marsella, la ciudad más importante, debe su nombre (Μασσαλία) a su fundación en aquel tiempo (600 a . C.)

Sustrato siciliano. Anteriormente a los griegos habitaron Sicilia dos pueblos -los Sicanos al oeste y los Sículos al este- probablemente de origen indoeuropeo y también probablemente itálicos o italianizados en la Península, de los que quedan poquísimas inscripciones. Es casi seguro que los ligures llegaron también a Sicilia en este tiempo, pero los sustratos debidos a estos pueblos tan antiguos son muy escasos. El más evidente es el paso de -ll- a -dd- cacuminales, que es común a todo el sur de Italia.¹⁵ Este fenómeno, que aparece también en Córcega y en Cerdeña, fue estudiado por Mi-

15 Un fenómeno semejante, el paso de -ll- a -r- o a -t-, se encuentra en el gascón y en zonas del norte de España. Cf. p. 30-31.

llardet, con ayuda de la fonética experimental¹⁶ pero no se atrevió a considerarlo efecto de un sustrato "mediterráneo", aunque sí apuntó esa posibilidad, que posteriormente ha sido sostenida por otros romanistas, entre ellos Menéndez Pidal.¹⁷

El sustrato en Cerdeña y Córcega. A pesar del dominio de griegos y cartagineses (y etruscos en Córcega), quedan pocos elementos de estos pueblos en la lengua de Córcega y Cerdeña, ya que la romanización fue lenta, pero muy profunda. Las palabras griegas del sardo pasaron posteriormente a través del latín o fueron importadas en

16 G. Millardet, "Sur un ancien substrat commun à la Sicile, la Corse et la Sardaigne", en RLingR, IX (1933), pp. 346-369.

17 "Evolución de ll, nn y rr geminadas; extensión geográfica del refuerzo", en Enciclopedia lingüística hispánica, Tomo I, Madrid, 1960, donde explica la presencia de la \bar{r} múltiple en varias zonas de España, Italia y algunas islas del Mediterráneo como resto de un sustrato común: "y hasta es de lo más notorio la identificación de la rr siciliana, muy vibrada, con la española y la gascona sin pensar en orígenes diferentes. Debemos convenir en que esta rr no es resultado surgido aquí y allá por diversos accidentes, sino que es un fonema que caracteriza fundamentalmente ciertas lenguas del Mediterráneo occidental, fonema usitadísimo en sufijos especiales de vocal variable, -arro, -orro, -urro, que se encuentran por igual en los dialectos de la Península Pirenaica y en los del sur de Italia con sus islas". (Pp. cxxxiii-cxxxiv).

el período bizantino. Algunos topónimos parecen proceder de la época arcaica, como Magomedas (en el púnico maqom hadas, "ciudad nueva") aunque no todos los lingüistas están de acuerdo en este origen.

Max Leopold Wagner estudió cuidadosamente las palabras del léxico sardo que podrían atribuirse a sustratos prerromanos, y encontró algunas coincidencias interesantes entre éstas y algunos restos, supuestamente ibéricos, que se conservan en el vasco; también observó que algunos prefijos (a-, ta-, tša- y i-, ti-, tsi-) que en sardo son prefijos de ciertos nombres de animales, podrían relacionarse con el artículo femenino ta-, ta- de los dialectos bereberes.

Todos los estudios sobre la lengua de Córcega realizados hasta ahora, se han hecho exclusivamente a través de la toponimia, y lo único que se ha podido deslindar son los elementos que proceden de lenguas prerromanas, sin distinguir bien a cuáles de ellas.

Sustratos ligur y rético. La traza más evidente del sustrato ligur es el sufijo -asco o -asca que se encuentra frecuentemente en topónimos del norte de Italia, como Cherasco y Salasco (y también algunas veces en Francia -Venasque, Tarascon- y en España -Beasque, Benascos, Benasque, Biosca etc.¹⁸). También aparece este sufijo en gentilicios del norte de Italia, como bergamasco (el natural de Bergamo) o comasco (el natural de Como), etc.

La delimitación geográfica del rético es casi imposible, pues-

18 Rafael Lapesa, Historia de la lengua española, Madrid, 1959, p. 15.

to que no era la lengua de un pueblo homogéneo, sino de tribus sueltas, que probablemente tenían más cohesión política que étnica o lingüística. Los restos de esta lengua, cuyo origen es incierto, son casi imposibles de identificar, y se cree que sólo quedaron en la toponimia.

Sustrato celta. Cuando los romanos conquistaron las Galias, la lengua de esta región, o sea el celta continental, se puso en contacto directo con el latín y, en un principio, se estableció un intercambio lingüístico recíproco. Poco a poco la Galia se fue romanizando, y en el siglo V se unificó la lengua, y desaparecieron todas las variedades dialectales; el celta insular (irlandés, escocés, dialecto de la isla de Man y británico) quedó aislado del continental, aunque también recibió bastante influencia del latín.

Entre las palabras latinas de origen celta se puede citar carrus (en el celta continental, carros); carpentum, voz hoy desaparecida que designaba una clase de carro de dos ruedas (celta continental, carbantia), pero se ha conservado el nombre del artesano que los construía, carpentarium (esp. carpintero, etc) y también la raíz, carbantia en topónimos extendidos por toda España, como Carabanchel, Betulla, 'abedul', existe en el antiguo irlandés como beithe; brisare 'romper' vive todavía en el francés briser, y existía en el antiguo irlandés, brissim, con el mismo significado. El francés bercer procede del latín bertiare, voz de origen celta que subsistetambién en el irlandés, bertaim, 'sacudido'.

Es característico del celta el sufijo -acus, que en francés dio origen a los sufijos -ac y -ai y (Aureliacum = Aurilliac y Grly; Catiliacum = Cadillac, etc.)

El sistema vigesimal de la numeración francesa proviene también del celta; hoy sólo queda de ese sistema quatre vingt; pero en la Edad Media se usaban treis-vinz (sesenta) y sis-vinz (ciento veinte). La palabra dunum 'castillo' (antiguo irlandés dún 'castillo') produjo muchos topónimos en Francia (Virodunum = Verdun; Lugdunum = Lyon etc.), en Suiza (Eburodunum = Yverdon) y el norte de España (Navarddúa, Berdún, Salardú etc.)

Pero la influencia celta llegó no sólo al léxico sino también a la fonética. Probablemente el paso de ū a ü se deba a ello, aunque esto es un problema todavía debatido entre los lingüistas, porque no hay certeza de que el sonido ü existiera en celta. La única evidencia es que el celta medieval tiende a transformar la u en i, y esto supondría un paso intermedio, ü.

Otro cambio fonético de probable origen celta es el del grupo -ct- en -it-, (en francés, español, portugués, provenzal y dialectos italianos) en -is- y en -ch- (de nocte se derivó el francés nueit)nuit, el gallego noite, el provenzal nuech, el español noche). Este paso supondría una etapa intermedia, χt, (entre -ct- y -it-) pero no se ha conservado ningún ejemplo de ella.

También atribuible al celta y de bastante grande extensión es la sonorización de las consonantes sordas intervocálicas, que abarca toda la Romania occidental (braca se convirtió en braga, etc.), y la tendencia a la desaparición de las vocales átonas en francés (Augustu = août = ú).

El sustrato en la Península Ibérica. La Península Ibérica es la única región de Europa que mantiene restos vivos de un idioma prerromano y preindoeuropeo: el vasco. Hoy nadie cree que los ibe-

ros fueron los primeros pobladores de España, sino que hubo pueblos anteriores. Se ha tratado de identificar a los iberos con los Iberes del Cáucaso por la semejanza de las dos palabras, lo cual probaría el nexo vasco-caucásico, pero las investigaciones más modernas tienden a afirmar que los iberos eran un pueblo procedente de África, mientras que los vascos tenían sus antepasados en los vascones, próximos a los aquitanos, como parece demostrar un buen número de topónimos. En las inscripciones latinas del territorio aquitano se encuentran una serie de nombres que se pueden explicar por medio del vasco: Cison (vasco gizón 'hombre'), Andere (vasco andere 'señora, muchacha') etc.

En España hay algunos topónimos prerromanos que pueden también explicarse por el vasco o por lenguas afines a él, como Narras, topónimo en las provincias de Segovia y Ávila, que probablemente proviene del vasco nar 'espino'; en la provincia de Granada aparece la palabra Elvira, derivado de Iliberri, compuesto de iri 'ciudad' y berri 'nuevo'.

En los dominios de la morfología, los sufijos -eque-, -ueque, -uoco corresponden al sufijo vasco de abundancia -oki; y los sufijos -enus, -ena, -én correspondían en la época prerromana a gentilicios o derivados de apelativos.

También en la fonética hay una serie de tendencias que, si no son absolutamente atribuibles al vasco, proceden con toda seguridad de un sustrato prerromano; la más evidente es el paso de f a h que se registra en el castellano y también en el gascón. (Latín filiu dio hijo en español y hilh en gascón). Otra tendencia fonética debida a la influencia vasca es la a- protética para evitar

la r- inicial, que el vascuence realiza con los elementos latinos que asimila (así rota es en vasco errota, rege(m) es errege, riba es erripa etc.)

Sustrato paleovéneto. En el oriente de Italia septentrional la infiltración fue de pueblos no celtas: los vénéto, de origen indoeuropeo, y pueblos de estirpe ligur. Estos sustratos fueron los que menos restos dejaron en el latín. Se conservan algunos topónimos esdrújulos como Ábano, Pádova; quizá sea también procedente de ellos la tendencia peculiar de algunos dialectos de la región al fonema interdental /θ/.

Sustratos ilírico y tracio. En la Iliria se formó una sola lengua romana, el dálmata, que hoy ya no se habla, y que tiene ciertas afinidades con el rumano y con los elementos latinos del albanés. Esta afinidad no se debe sólo a la continuidad geográfica y al aislamiento en que estaba esta región, sino a la identidad del sustrato prerromano.

El tracio se conoce por una sola inscripción, gracias a la cual se ha podido saber que era una lengua del grupo indoeuropeo; el rumano argea 'bóveda de una cueva' y el albanés ragae 'campana' tienen su base en una forma ῥαγελλα dada como tracia macedonia.¹⁹ El sufijo -esc formador de adjetivos (românesc) y de nombres (București, de Bucur), tiene su correspondiente en el albanés -(e)stë, y ambos son, según A. Graur, de origen tracio, puesto que en Tracia el sufijo -isk aparece en nombres locales y propios (Corsicus).

19 Cfr. Capovilla, RIL, LXXXIX-XC (1956) pp. 220 y ss.

En resumen, como bien hace ver Wartburg, en relación con los distintos sustratos se puede intentar hacer un deslinde de ciertos territorios que conservaron alguna homogeneidad dentro del Imperio latino. La divisoria más importante, quizá una línea -o quizá una faja de dudosa anchura- era la que atravesaba Italia desde la Spezia al Adriático: al norte y oeste de ella se conservaba la -s final y se sonorizaban las oclusivas sordas intervocálicas; al sur y al este cae la -s y se conservan las oclusivas sordas. La Iliria se agrupa con la península italiana, y al norte de este bloque queda la división entre la Romania occidental y la Romania oriental, que fue la línea fundamental en la disgregación de la unidad latina, y donde comenzaron a formarse las más importantes diferencias.

En la Romania occidental se forman nuevos límites, fácilmente distinguibles gracias al sustrato galo. El sustrato celta, que no actúa por igual, marca diferencias (por ejemplo el cambio ct > it no aparece en absoluto en el veneciano ni en el friulano). La evolución ū > ü no afecta a la Península Ibérica (en general ésta se diferencia en la Romania occidental por su actitud muy conservadora y la presencia de rasgos celtas en mucha menor cantidad que en las Galias). En el borde este de la Romania no llegan a presentarse algunos rasgos. El territorio central forma un gran bloque, ocupado principalmente por las Galias. Las islas de Cerdeña y Córcega formaron un grupo propio por lo similar de su romanización: durante mucho tiempo se opusieron a ella y al fin fueron ganadas en el aspecto administrativo, lo que les da un color diferente. El latín del norte de África era probablemente semejante al de Iberia, y quizá formaría un grupo con ella, pero como no existen

hoy idiomas románicos en el norte de África, no podemos establecer esa afirmación con absoluta certeza.

Así comenzó la fragmentación de la *Romania*, que había de continuar con ritmo rápido en el transcurso de la Edad Media.

C) Distinta procedencia regional de los colonizadores.

La lengua latina no era, lógicamente, uniforme, ni siquiera en las provincias de la Península Itálica. Al extenderse por los territorios itálicos, el latín se fue coloreando con los tintes propios de las lenguas hermanas, habladas en los territorios conquistados. Posteriormente serían esos pueblos "latinizados" los encargados de propagar la lengua latina por territorios más alejados; y llevarían, lógicamente, a los nuevos dominios el latín dialectal por ellos hablado, trasplantando así a tierras muy remotas las peculiaridades itálicas incrustadas por efecto del sustrato en su habla latina. Como después veremos, una situación lingüística muy semejante se ha supuesto para el español de América (ver infra el problema del andalucismo americano).

Como es sabido, Menéndez Pidal se ha convertido en el campeón de esa teoría de la propagación dialectal del latín llevado a ciertas regiones del Imperio; y su tesis, a pesar de la opinión contraria de Rohlfs, Millardet, Politzer y Malmberg, va abriéndose paso últimamente y siendo aceptada por muchos romanistas de gran autoridad, como Aebischer, H. Meier, Lapesa, Elcock, Bertoldi, etc. Según Menéndez Pidal²⁰ la colonización de una parte de la Península

20 Cfr. "A propósito de ll y l latinas. Colonización suditálica en España" BAE, año XLIII, tomo XXXIV, 1954, pp. 165-216. Una redacción

Ibérica (zona oriental y septentrional, donde se originaron los dialectos astur-leonés, castellano, aragonés, gascón y catalán) fue obra no de romanos metropolitanos, sino de osco-umbros. Son muchos los argumentos que aduce para fundamentar su tesis: 1) topónimos de esa zona, como San Martín de Oscos (en un documento del siglo X), Villanueva de Oscos (Asturias), y en especial la ciudad de Huesca (< Osca); coincidencias sorprendentes entre la toponimia de esa zona hispánica y la de la región osco-umbra, como en el caso de Lavern (provincia de Barcelona; cfr. el apellido Lavernia) que reproduce los topónimos suditálicos Lavernium (Campania) y Lavernae (en el Samnium); tres pueblos denominados Abella (Lérida y Huesca) repiten el nombre de Abella (fortaleza de la Campania); Benavent (Lérida) y Benavente (Huesca) toman su nombre de la capital del Samnium, Beneventum; Sinués (Huesca) reproduce el nombre Sinuessa, ciudad osca de la Campania; en Soria, cerca del nacimiento del Duero, está Vinuesa, que coincide con Venúsia, patria de Horacio, hoy Venosa (en la Lucania); Bochorna (en Albacete), debe su nombre a sus fundadores, los volturni, procedentes de la ciudad de Volturnum, situada al norte de Nápoles, en la desembocadura del río Vulturnus, el principal de la Campania; vulturnus era también el nombre del viento que sopla del monte Vultur (en la osca Apulia), y se da la circunstancia de que los únicos dialectos románicos que han conservado derivados de ese nombre son precisamente aquellos

más reciente y definitiva de estas teorías puede verse en Enciclopedia lingüística hispánica, tomo I, Madrid, 1960, pp. lix-cxxxviii.

en que Menéndez Pidal supone base osca: castellano bochorno, catalán botorn, gascón bautourn. 2) También la onomástica -como ha mostrado Aebischer- prueba esa posible colonización suditálica del norte y oriente de Hispania: la inmensa mayoría de los gentilicios usados en España procede (como Benavente, Lavernia y varios centenares más) de la mitad sur de Italia, particularmente de la Campania, en tanto que los de origen septentrional son excepcionales (cfr. Menéndez Pidal, BRAE, XXXIV, 1954, p. 199). 3) Los movimientos migratorios documentados históricamente prueban también ese origen dialectal osco de los colonizadores de la Península: sabinos, samnitas y oscos eran pueblos emparentados entre sí, cuya gran densidad demográfica les obligaba a ser emigrantes. Siglos después de la conquista de la Tarraconense, un legionario hispano-romano, muerto en la región de Venecia, dejó constancia en el epitafio de su tumba del origen regional de sus antepasados: había nacido en Itálica y era sabinus ex Hispania (sabino español o español de origen sabino).

Esta procedencia suditálica de los colonizadores de la Tarraconense podría explicar algunos de los fenómenos lingüísticos que caracterizan a los dialectos hispánicos del norte y del oriente; en especial la palatalización de ll (> lj) y de nn (> ñ), el reforzamiento de rr (= r̄), y las articulaciones cacuminales características de esas regiones hispánicas: caballo, año, ñudo, arriba (< ad-ri-pa), Asturias llobu y tsobu (< lobu) y portiet̄sa (portella), fenómenos todos ellos también documentados en los dialectos suditálicos modernos (kaváyu, yupo 'lobo' en los Abruzos, annudo 'nudo'

en Calabria, rribba en Córcega, dona 'loba' y stedda (<stella) en Sicilia.

La distinta procedencia regional de las diversas provincias del Imperio contribuiría así -con los dialectalismos originarios- a diferenciar el habla de cada región.

A esta diversidad debida a razones de procedencia geográfica, había que añadir -de acuerdo con la hipótesis de von Wartburg- la diferenciación originada por la distinta procedencia sociocultural de los colonizadores. El elemento diferenciador más importante y que tuvo mayores consecuencias es la -s final. En la época arcaica esta -s desaparece en las inscripciones populares. (Por ejemplo, aparece siempre la forma Cornelio en vez del Cornelius del latín clásico). En la lengua oral la -s se comporta de diferente manera: si la palabra siguiente comienza por vocal, la -s se conserva; si empieza por consonante, se pierde. Así por ejemplo se decía omnibu princeps y optimus omnium. Esto duró hasta el tiempo de Catulo (+ el año 47 d. C.) en que la corrección literaria obligó a los escritores a mantener la -s final, y como consecuencia de ello, también en la lengua hablada de las personas cultas se produjo la reposición. Sin embargo, las clases sociales más bajas permanecieron sin usarla.

En todo el este de la Romania no queda huella alguna de esta -s, y en cambio el oeste la conserva casi absolutamente (por ejemplo, el latín duos dio en Rumanía doi, Italia due, Cataluña y Castilla dos, Portugal dois, Provenza dos). Esto se debió a que la Romania del este (en especial la Dacia) tuvo guerras terribles de conquista con Trajano, mediante las cuales la región quedó asimi-

lada al Imperio, pero no sin antes haberse quedado casi totalmente despoblada. Para solucionar este estado de cosas, Trajano llevó colonos que repoblasen esta zona devastada, y ellos llevaron consigo la pronunciación latina rústica, la de las más bajas capas sociales a las que pertenecía. Es sabido que la latinización de las Galias y de Iberia partió de las ciudades y de las clases altas, que extendieron entre los indígenas una forma más literaria del latín.

D) Distinta época de colonización.

Como se sabe, la colonización romana no fue simultánea en todos los territorios, sino que se llevó a cabo durante un largo período de tiempo. La conquista de cada provincia es un gran acontecimiento para la historia de Roma, y cada una es a veces un hecho bien distante de la siguiente. Me permito recordar algunas de las fechas más cruciales:

- Año 241 a. C. conquista de Sicilia
- Año 238 a. C. conquista de Córcega y Cerdeña
- Año 197 a. C. conquista de Iberia
- Año 146 a. C. conquista de África
- Año 167 a. C. conquista de Iliria
- Año 120 a. C. conquista de la Galia meridional.
- Año 50 a. C. conquista de la Galia septentrional
- Año 15 a. C. conquista de Retia
- Año 107 d. C. conquista de la Dacia.

Gustav Gröber, apoyándose en las fechas tan distantes que hay entre las distintas conquistas, fue el primero que lanzó la tesis

de que la causa de la diferenciación léxica en las provincias del Imperio se debía a la diferente época de colonización. Por eso se explicaba que Cerdeña, Córcega y España hubieran recibido una latinidad más antigua que las Galias y Dacia, y que las corrientes más modernas existieran en Italia. Aunque esta tesis fue muy discutida, todavía hoy siguen apoyándola algunos lingüistas. Refiriéndose al español, Manuel C. Díaz y Díaz²¹ señala algunos arcaísmos que permanecieron en la Península Ibérica frente a las posteriores innovaciones del latín de Roma, como los dativos en -abus y los genitivos plurales en -um; octuber por october aparece el año 119 en Pamplona, y olli por illi en algunas inscripciones. Los arcaísmos léxicos son muy abundantes, como quaerere 'querer' o demagis 'demás'.

No cabe duda de que ciertas diferencias lingüísticas existentes entre los distintos territorios del Imperio se deben a su distante colonización. Por ejemplo, el castellano cueva, portugués y catalán cova exigen una forma latina cova, que ya no existía en la época clásica, donde la palabra usada era cava. En el latín arcaico hubo un adjetivo relativo cuius-a-um que después de Virgilio sólo se empleó para términos legales. Este adjetivo se conserva en Cerdeña, y de él proviene el español cuyo-a y el portugués cujo-a. En el resto de la Romania es totalmente desconocido. También del latín arcaico son los verbos percontari y campare, que desa-

21 "El latín de la Península Ibérica: Dialectalismos". Enciclopedia lingüística hispánica, tomo I, Madrid, 1960, pp. 237-250.

parecieron en el latín clásico, pero que permanecen en las lenguas de la Península Ibérica: esp. y port. preguntar y cansar.²²

F) Influencia de los superestratos.

La teoría acerca de la influencia de los superestratos tuvo mucho éxito en 1853 con Diez, pero no empezó a aplicarse hasta 1886, en que G.I. Ascoli comenzó a explicar ciertos cambios del francés por influencia de lenguas germánicas.

El trasiego de voces germánicas al latín comenzó, como es ya bien sabido, desde épocas muy remotas. Durante mucho tiempo el pueblo latino y el germano estuvieron en relaciones bastante próximas, y el intercambio léxico fue abundante. Desde el siglo I al IV los germanos tomaron muchas palabras del latín, sobre todo términos jurídicos, del comercio y de la industria, y los latinos del germánico. Todos los objetos que Roma importaba de la Germania tenían nombres germánicos, como el saipo, que dio origen al latín sapone (español xabón, jabón), el thahsu (latín taxo, español tejón), etc.

En tiempo de las invasiones, fueron más abundantes las palabras germánicas que penetraron al latín vulgar. De todas maneras el latín debió de ser la lengua preponderante, puesto que las clases altas de los germanos sabían latín, por el prestigio que esta lengua tenía, pero muy pocos romanos podían hablar el germánico. Además había lugares, como el valle del Rin, en que tres pueblos estaban en contacto (germanos, celtas y latinos) y la lengua más extendida entre los tres era el latín.

22 Cfr. Lapesa, Historia de la lengua, pp. 63-64.

Al incrementarse el ejército romano con germanos, unas veces libres y otras como esclavos, el número de germanismos, sobre todo términos bélicos, aumentó mucho. Sin embargo no fueron entonces un elemento diferenciador, puesto que afectaron por igual a todo el latín.

Ya desde la época de César se sabía que los romanos estaban divididos en muchas razas, cada una de las cuales hablaba diferentes dialectos. Grupos diferentes de estas razas hicieron la conquista de las diversas provincias romanas, y en el latín de cada una de ellas tuvo influencia el distinto dialecto germánico hablado por ellos. Para la Península Ibérica habrá que tener en cuenta el vándalo y el visigodo; en Italia el gótico y el longobardo principalmente; en Francia el franco y el burgundio.

El español y el portugués son las dos lenguas romances occidentales que poseen menos elementos germánicos, porque los bárbaros se romanizaron pronto en la Península, y perdieron su lengua tras un breve período de bilingüismo; por eso el gótico influyó casi exclusivamente en la onomástica y en la toponimia. Por ejemplo, el nombre Alvaro procede de las palabras visigodas all 'todo' y wars 'prevenido'; Fernando, de frithu 'paz, alianza' y nanth 'atrevido'; Rodrigo, de hroths 'fama' y riks 'poderoso', etc. Las ciudades conquistadas tomaban el nombre de su poseedor, y todavía hoy se conservan abundantes topónimos de esta procedencia: Guitiriz (de Witerici); Mondariz, Hermisende, Guimarães (de Vimaranis), Gondomar (de Gudemari), etc.

En Italia los godos permanecieron poco más de medio siglo (493-555) y quedó traza de su lengua en la toponimia, con una se-

rie de nombres de pueblos (sobre todo en el norte de la Península), cuya forma recuerda a la base godo: Goito (cerca de Mantua), Godo (en Milán). Otros nombres germánicos sin duda derivados del gótico son Vico Alais, del nombre propio Alagis, o Campalano, del nombre gótico Wala. También algunas palabras italianas comunes parecen provenir del godo: fiasco (del gótico flasko); briglia 'brida, freno' (del gótico brigdil) etc. Trece años después de terminado el reino de los godos llegó al norte de Italia otro pueblo germánico, los longobardos, a cuyo nombre debe el suyo una zona italiana, la Lombardía (Longobardia). Permanecieron allí dos siglos, hasta que su reino fue unido, en tiempos de Carlomagno, a la monarquía franca. Cuando este pueblo llegó a Italia, apenas conocía la lengua ni las costumbres del país, e impusieron en él su organización, básicamente militar. Esta organización estaba basada en los grupos, casi familiares, que recibían el nombre de fare. Los topónimos actuales formados con esta palabra, delimitan hoy casi exactamente el territorio ocupado por los longobardos (Fara Vicentino, Vicenza, Fara di Soligo, Treviso; Fara S. Martino, Chieti, etc.). Otros muchos topónimos proceden de palabras longobardas, como Valberga (de berg 'monte') y Braida, Breda di Piave (de braida 'llanura').

Casi trescientas palabras longobardas penetraron en la lengua literaria italiana, como stainberga 'casa de piedra', que hoy vive en el italiano como stamberga; spëhon 'observar atentamente', que hoy vive como spié, con el sentido etimológico de 'mirar'; strâl que hoy es strale, palabra literaria conservada en algunos dialectos, etc.

En la Galias los germanos no sólo contribuyeron con los topó-

timos, sólo con una serie de elementos léxicos, y también modificando, aunque suavemente, la fonética y la sintaxis. La aspiración de la h en francés es uno de los elementos de influencia germánica; también la formación de nombres con el sufijo -ard (germánico -hart) de donde provienen Bernard, Renart, etc. En el sur de Francia quedan bastantes topónimos, rastros del visigodo, y en el sur oeste, del burgundo.

En el rumano la influencia germánica es casi nula. Gamillscheg localizó en total veintiseis voces, algunas de las cuales Tagliavini pone en duda²³; sin embargo, la influencia de otros superestratos distintos, como veremos después, va a ser mucho más fuerte sobre el rumano.

El elemento árabe influyó exclusivamente en la Península Ibérica y en Sicilia; sin embargo este influjo singulariza de una manera peculiar el vocabulario de esos territorios. La dominación árabe duró en Sicilia dos siglos y medio, y durante ese tiempo se modificaron los topónimos y se introdujeron nuevos elementos léxicos, aunque la fonética no sufrió cambio alguno. Los árabes asimilaron en España a gran número de gentes, que absorbieron las costumbres, los nombres y hasta la lengua de ellos, aunque continuaron siendo cristianos. Su nombre, mozárabes (de musta'rab 'arabizado') muestra el estado peculiar de estas gentes, que fueron los primeros en recibir la influencia de la cultura árabe. A la vez, los mudéjares y moriscos conviven con los cristianos en su reino, y todos ellos van aumentando en número conforme avanza la recon-

23 Tagliavini, Le origini, p. 256-257.

quista. El intercambio cultural va siendo cada vez mayor: Sancho I de León va a Córdoba a que los afamados médicos de allí curen su obesidad; Alfonso V crea talleres donde se fabrican objetos árabes; Alfonso X reúne a su alrededor sabios musulmanes y judíos; en el siglo XII se funda la famosa escuela de traductores de Toledo. La influencia árabe en el español ha sido, hasta ahora, la más fuerte, aunque se refiere casi exclusivamente al vocabulario. Una serie de palabras relativas a la cultura medieval (astronomía, filosofía, medicina, matemáticas, etc.) parten de la Península Ibérica o de Sicilia y se difunden por Francia, Italia y el resto de Europa, en especial los términos de carácter erudito (como álgebra, del árabe al-gabr; cifra, ár. sifr; azimut, ár. as-simūt; almanaque, ar. al-manah; alcohol, ár. al-kuhl, etc.). Otras muchas voces permanecen sólo en el léxico español (azotea, arrabal, alquería, marfil, almacén, mezquino, etc.). También abundan los ejemplos de la influencia arábiga en la toponimia española, sobre todo en el sur de la Península, donde los árabes permanecieron durante más tiempo. En cambio, en los aspectos sintáctico y semántico su influencia fue más débil, aunque puede percibirse en algunas formas; así, por ejemplo, en el uso de los verbos amanecer y anocheecer como personales (amanecí), las frases piadosas "si Dios quiere", "que Dios guarde" (traducción literal de las expresiones árabes), y algunos otros pormenores.

De igual manera que el español tuvo este superestrato "exclusivo", el rumano recibió también una serie de superestratos que alteraron considerablemente su primitiva forma latina, y que no afectaron a ninguna otra de las lenguas romances. El influjo eslavo fue el más considerable. Hay en el léxico rumano actual tantas voces es-

lavas como latinas, y no sólo en el léxico es fuerte este influjo, sino en elementos esenciales de la lengua, como los sufijos, los prefijos, el sistema fonológico y, en menor escala, en la sintaxis. Muchas voces eslavas sustituyeron en rumano a palabras latinas comunes a todas las lenguas romances: a iubi 'amar', trup 'cuerpo', drag 'querido', sărac 'pobre' etc. Es importante también, aunque en menor escala, la influencia turca, si bien nunca fue influencia cultural, como la eslava, sino que afectó solamente a la lengua. Quedan en rumano dos sufijos turcos, -lic y -giu, y algunas palabras de uso común, como cioban 'pastor' (turco, çoban), odaie 'habitación' (turco, oda) etc. Son importantes también los elementos húngaros -aunque no afectaron a toda la lengua de Rumanía, sino solamente al dacorumano- y los elementos albaneses, si bien algunos de ellos no se deben a superestrato, sino a la influencia de un antiguo sustrato común.

Por lo que al español se refiere, hay que tener también en cuenta la influencia de las lenguas indígenas americanas, no propiamente como superestratos, sino como sustratos muy diversos, que contribuyeron a modificar el vocabulario de origen latino, enriqueciéndolo con términos de indudable valor. Esta contribución se ejerció sobre todo en el léxico; en los demás aspectos de la lengua no ha llegado a ser demostrado todavía. Los distintos idiomas indígenas influyeron cuantitativamente en forma muy desigual. La lengua que más palabras proporcionó al español fue la arahuaca, hoy desaparecida, y las restantes lenguas del Caribe; siguen a ellas el nahuatl y el quechua. Es natural que las lenguas con que primero entraron en contacto los españoles fueran las que influyeran en su habla

con más fuerza; así, del arahuaco tenemos muchísimas voces, hoy incorporadas definitivamente al español, como canoa, huracán, sabana, hamaca, macana, cacique, maíz etc. Los caribes ocupaban gran parte de las Antillas a la llegada de los conquistadores y también muchas voces suyas fueron incorporadas al español: la misma palabra caribe (que en el siglo XIX se deformó en caníbal), piragua, colibrí, loro etc. Muy numerosas y conocidas son las del nahuatl y el quechua, y relativamente escasas las del aimara, guaraní y araucano.²⁴

Aunque algunas de estas palabras pasaron del castellano a muchas de las lenguas europeas (tomate, patata, chocolate), la mayoría permaneció exclusivamente en el español, actuando así como elemento diferenciador respecto de los demás idiomas románicos.

* * *

Todos estos superestratos citados son elementos diferenciadores que contribuyen a realizar la fragmentación del latín y la formación de cada país como individualidad aislada. Pero, una vez formadas estas individualidades, los pueblos empiezan a relacionarse entre sí, y un intercambio cultural -y por lo tanto lingüístico- empieza a crear de nuevo una nivelación entre sus lenguas, ya diferenciadas. Sirva de ejemplo el recién citado de las lenguas indígenas americanas: Los elementos nuevos importados a España desde las Indias no permanecen exclusivamente allí, sino que se extienden por toda Europa, y con ellos sus nombres originales. Pero el

24 Cfr. Tomás Buesa Oliver, Indoamericanismos léxicos en español, Madrid, 1965.

intercambio lingüístico entre los países románicos no comenzó en el siglo XVI, sino que se inició muchos siglos antes; ya en la baja edad media los trovadores provenzales enriquecen el vocabulario italiano y español. (El trobador provenzal origina el trovatore italiano, el trovador español y portugués; lo mismo en el caso de toda una serie de instrumentos musicales). A través de la literatura de los siglos XIII y XIV, el jardín francés pasa al italiano como giardino, al español como jardín, al portugués como jardim, al catalán como jardí, etc. A partir del siglo XVIII, Francia -como cabeza mundial de la moda y de la cocina- transmite el léxico de estas especialidades a toda Europa. La dominación española en Sicilia y Nápoles durante los siglos XIII al XVI introduce en el italiano una serie de términos que perviven aún hoy (mozo, lindo, crianza, desenvoltura, etc). El italiano propaga por toda Europa en el siglo XV términos del arte, la arquitectura, la ciencia (mosaico, architrave, grotesco, aria, soneto etc.). El rumano, al salir de su aislamiento oriental, en el siglo XIX, toma a Francia como modelo de cultura y libertad, y su léxico se enriquece con una serie de palabras francesas (a copia, completa, erudiție etc²⁵).

A fines del siglo XIX, coincidiendo casi con el momento de auge de los estudios de filología románica, los filólogos americanos, primero Bello y más tarde Cuervo con bases más fundadas, empiezan a comparar el estado de los países americanos con el de las provincias del Imperio Romano, y ven que, en algunos aspectos, es se-

25 Cfr. Tagliavini, Le origini, pp. 279-284.

mejante. El cuidadoso cotejo que hace Cuervo del estado de las cosas le lleva a un profundo pesimismo; a pensar, que no inmediatamente, pero que sí a paso firme, se avanza hacia una fragmentación total: "Estamos pues en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados como lo quedaron las hijas del Imperio Romano: hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo y que nos obliga a sentir con el poeta: ¿Quién no sigue con amor al sol que se oculta?"²⁶

26 Rufino José Cuervo, El castellano en América. Obras II. Bogotá 1954, pp. 520-521.

S E G U N D A P A R T E

El pesimismo de Cuervo

Claro es que este pesimista vaticinio de Rufino José Cuervo respondía a una actitud temerosa, ya revelada por gramáticos anteriores. En América fue Andrés Bello el primer filólogo que se preocupó seriamente por el futuro del español, y fue precisamente el advertir la posibilidad de una fragmentación lingüística hispánica lo que le impulsó a escribir su Gramática. Cuando la publica, en 1874, escribe un extenso prólogo en el que explica los peligros que acechan a la lengua, y señala que su obra tiene como finalidad principal la de salvaguardar a la lengua de tales peligros, evitando así la previsible fragmentación idiomática: "Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un pesimismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha de-

jado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar lo que así escriben. Hay otro vicio peor, que es el de prestar acepciones nuevas a las palabras y frases conocidas, multiplicando las anfibologías de que por la variedad de significados de cada palabra adolecen más o menos las lenguas todas, y acaso en mayor proporción las que más se cultivan, por el casi infinito número de ideas a que es preciso acomodar un número necesariamente limitado de signos. Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional. Una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen, y de que procedan la forma y la índole que distingue al todo. Sea que yo exagere o no el peligro, él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra,

bajo tantos respectos superior a mis fuerzas."²⁷

Estos pesimistas vaticinios de Bello iban a repetirse poco después en Europa. Cuando Cuervo publicó la segunda edición de sus Apuntaciones, el filólogo Federico Augusto Pott hizo una reseña en Göttingische gelehrte Anzeigen (24 de octubre de 1877), donde de nuevo comparaba a las lenguas americanas con las románicas, presagiando su fatal fragmentación.²⁸

Pocos años después, en 1882, Juan Ignacio de Armas en los Orígenes del lenguaje criollo, que se publicó en La Habana, volvió a insistir en el peligro de una probable escisión del español de América, que estaría ocasionada por la excesiva extensión que iba alcanzando la literatura costumbrista, con su lenguaje regional, característico de cada lugar.

Cuando en el año 1900 publica Luciano Abeille El idioma nacional de los argentinos, el profesor Louis Duvau, autor del prólogo,

27 Andrés Bello, Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, Prólogo. En Obras completas. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, Venezuela, 1951 Pp. 11-12.

28 "Pott, dando noticia en 1877 de la 2ª edición de mis Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano y después de hablar de las divergencias que existen entre el inglés de Estados Unidos y el de Inglaterra, preguntaba: ¿Podrá creerse que las lenguas procedentes del Lacio, trasladadas al suelo americano, escaparán al destino que les imponen las leyes generales de la naturaleza?" "Lo mismo repitió en una carta latina que publiqué en la 3ª edición de mi libro (Bogotá, 1881)." Cuervo, Obras. Tomo II, p. 529.

establece de nuevo un paralelo entre lo que sucedió con la lengua latina en las provincias del Imperio Romano y lo que sucederá, de manera similar, con lo que fueron colonias del Imperio español.

Pero todo esto no fueron sino afirmaciones hechas de una manera más bien intuitiva, sin una demostración o prueba científica que las apoyara. Cuervo empieza a mostrar su preocupación por la posible fragmentación de la lengua española a partir de 1899, no en una, sino en varias obras, y va siguiendo paso a paso la historia de la lengua latina, trazando un estrecho paralelo con la historia del español; y llega a conclusiones muy pesimistas, que demuestra con mucha claridad. Esta exposición de Cuervo llega a su máximo desarrollo en la polémica que mantuvo con Juan Valera, polémica que dio por terminada en 1903, cuando trató de demostrar al literato español el destino fatal de nuestra lengua.

En las Disquisiciones sobre filología castellana advierte Cuervo por primera vez la posibilidad de que -una vez emancipadas las naciones americanas de la tutela de un centro rector- corran el peligro de regirse cada una por sus propios elementos, de irse independizando cada vez más entre sí, y de que esto llegue a afectar su lengua de tal manera que se precipite ésta en una fragmentación diferenciadora, que Cuervo considera inevitable, aunque todavía remota: "Cuando nuestras patrias crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados e impregnados de su propia sustancia los elementos de la vida moral e intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispanoamericano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábamos como hermanos y nada nos era indife-

rente de cuanto tocaba a las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fue resfriándose, y hoy con frecuencia ni sabemos en un país quien gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fue metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro o cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos pues casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño a su manera, sin consultar con nadie; las divergencias debidas al clima, al género de vida, a las vecindades y a un qué sé yo si a las razas autóctonas, se arraigan más y más y se desarrollan; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos o formaciones privan más acá que allá, que la tradición lingüística y literaria va descaeciendo y no resiste a las influencias exóticas. Hoy sin dificultad y con deleite leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía; pero en llegando a lo familiar o local necesitamos glosario. Estamos pues en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados como lo quedaron las hijas del Imperio Romano".²⁹

Juan Valera, al conocer estas afirmaciones de Cuervo, reaccionó de una manera violenta, y publicó dos artículos de tipo polémico, uno en Los Lunes de El Imparcial el 24 de septiembre de 1900,

29 R. J. Cuervo, "El castellano en América" (Carta a Don Francisco Soto y Calvo) en Disquisiciones sobre filología castellana, v. Obras. T. II, pp. 520-521.

y otro en La Nación de Buenos Aires, el 2 de diciembre del mismo año, donde rechazaba, entre otras cosas, la posibilidad de que el futuro del español pudiera compararse con el que había tenido el latín. Esto fue el origen de una larga polémica, en la que Cuervo respondió con detenimiento al literato español, demostrándole la semejanza entre el desarrollo y fraccionamiento del latín y el desarrollo y posible fraccionamiento del español.

En 1901 publicó Cuervo su larga respuesta en el Bulletin Hispanique (T. III, pp. 35-62), donde iba a tratar de "averiguar el estado del castellano en América y en vista de él conjeturar su suerte en lo venidero". Comienza por hacer una revisión de la historia del idioma, mostrando cómo las lenguas, por sí solas, con el simple paso del tiempo, se van modificando hasta transformarse en otras distintas, como sucedió con las lenguas de oil y de oc y muchas otras. Y así supone que, aunque no hubieran intervenido los factores que alteraron el latín, esta lengua hubiera evolucionado hasta transformarse en otras muy distintas entre sí; y lo mismo puede suceder con el castellano, aunque ningún factor anormal intervenga directamente en ello. Prueba de esto es -afirma Cuervo- la diferencia evidente entre los poemas de Berceo y la prosa de Valera, los usos y las construcciones del siglo XVI, hoy desaparecidos, las formas verbales que ahora se confunden (el futuro de subjuntivo en -re, correspondiente al futuro perfecto latino, el imperfecto de subjuntivo en -se y la forma en -ra), en las cuales, el visible predominio -sobre todo en España- de una sobre las otras dos, muestra la futura supervivencia de esa sola forma. En esta pérdida de dos formas verbales ve Cuervo una de las diferencias que separará el castellano de América del de España, y piensa que

los españoles, por ser "los amos de la lengua"³⁰ no conceden la debida importancia a esta circunstancia, ni a otros detalles que, como ella, contribuirán a separar cada vez más la lengua peninsular de la americana.

La unidad de la lengua literaria es para Cuervo un factor que, a veces, puede resultar engañoso, pues su uniformidad puede ser sólo aparente, ya que no hace sino encubrir un lenguaje popular vivo, que está lleno de las peculiaridades propias de cada región, lo mismo que sucedía, con toda seguridad, en el caso del latín escrito, que no permitía adivinar la lengua vulgar, donde ya se insinuaba el origen de las lenguas romances. El español que se habla en Santander, Vizcaya, Argentina o Colombia es bien diferente del castellano académico, y sin embargo ningún escritor de estas diferentes regiones usa más que el lenguaje culto, el académico, en sus obras. Sin embargo, ahí están los dialectos, que son los verdaderos diferenciadores (Cuervo cuenta cómo, en un viaje a Sevilla, no pudo entender ni una palabra del andaluz que se hablaba por las calles). En España existen centros con fuerte influencia social, política y literaria, que mantienen a raya las lenguas regionales y las impiden convertirse en lenguas literarias; a pesar de ello, siguen éstas su propio desarrollo, y sus rasgos característicos van creciendo. Estos rasgos, por falta de cuidados o de educación, pueden convertirse en lengua, y en lengua absolutamente vulgar.

A continuación hace Cuervo un resumen de la historia del caste-

³⁰ Afirmación poco afortunada que había hecho Leopoldo Alas, y que Cuervo emplea con sagaz ironía. (Cfr. Cuervo, Obras. T. II, p.557 nota)

llano en América y del estado en que se hallaba en su tiempo, declarando que va a hacerlo de una manera científica, sin apasionamientos de ninguna índole, y basándose en los autores más calificados de cada país americano (Pichardo para Cuba, Gagini para Costa Rica, Medrano y Calcaño para Venezuela, García Icazbalcetea para México, etc.).

La gradación cronológica consiguiente a las diferentes épocas de la colonización romana no existe, naturalmente, en el caso del castellano, puesto que la conquista española fue mucho más rápida, y estableció inmediatamente en el Nuevo Mundo centros de gobierno y cultura que actuaron como elementos niveladores en gentes que, de por sí, ya estaban niveladas a causa de un espíritu común y una cultura semejante. De los antiguos dialectos del latín, muy pocas palabras pasaron a las lenguas romances (chiflar y escofina de los dialectos osco-umbros); sin embargo, la distinta procedencia regional de los primeros conquistadores hizo que en el habla americana se mezclasen términos procedentes de todas las regiones de España. Señala, así, Cuervo, cómo en Colombia se usan voces portuguesas, gallegas, asturianas, catalanas e inclusive del caló. También los accidentes fonéticos -como la general pronunciación americana de c y z como s- responde a la confusión que había en Andalucía en la primera mitad del siglo XVI entre ç, z y s sonora; y la casi general pronunciación americana de y por ll obedece al hecho de que esta era la manera general de articularse en la Península. La pronunciación lateral de ll que subsiste en algunas regiones de Colombia y Perú se debe, sin duda, a los colonizadores castellanos viejos que poblaron aquellas regiones. Las lenguas romances desarrollaron gérmenes que ya apuntaban en el latín arcaico, próximo a

veces al habla popular, lo mismo que sucedió con el castellano en América. Los orígenes del español americano coinciden con la creación de la primera gramática y el primer diccionario castellanos, escritos por Nebrija, con la publicación de La Celestina y con los primeros modelos literarios, que ya presagiaban la época brillante de Carlos V y de los Felipes. Todavía era el castellano una lengua poco cultivada, sin grandes diferencias entre lo popular y lo literario. Fue esta lengua la que llevaron los primeros colonizadores, y es de ella de la que quedan hoy tantas reliquias en América. Desde el primer momento existieron en América una lengua culta y una lengua popular, que respondían a los dos tipos de inmigrantes llegados al Nuevo Mundo: los funcionarios, militares, eclesiásticos, y las gentes indoctas.

De todos estos hechos deduce Cuervo dos enseñanzas importantes: la primera, que todo lo que se habla en América que no responde al criterio académico no es corrupción, sino, casi siempre, regionalismos usuales todavía o usados antes en las regiones españolas; y la segunda, que el vocabulario y la gramática americanos son, en su mayoría, los que trasplantaron los españoles en el siglo XVI, y son, en general, mucho más castizos que algunos neologismos hispanos (como cursi, timo, a diario), absolutamente comunes ya en España. O sea, que no se deben tomar por americanismos las divergencias con gramáticas o diccionarios oficiales, sin antes volver los ojos a la lengua popular o arcaica de España, para que no vaya a suceder como en el caso de la voz cobiija que la Real Academia Española admite como mexicanismo y aparece en el Guzmán de Alfarache con la misma acepción con que se usa hoy en América.

A pesar de que la lengua española era ya bastante rica en la época de la conquista, su vocabulario no era suficiente para expresar las nuevas realidades y la nueva vida americana; por ello, los primeros colonizadores tuvieron necesidad de adoptar muchas palabras de los indígenas, sobre todo para designar plantas, animales y alimentos que no existían en Europa. El español de cada país de América se vio pronto salpicado de indigenismos, algunos de los cuales pasaron también a formar parte de las lenguas europeas, a lo cual contribuyó en cierta forma el bilingüismo que se estableció en un principio en algunas comarcas. A Cuervo le faltan datos para determinar si también las lenguas indígenas influyeron en la sintaxis castellana, y sólo menciona la influencia del posesivo quechua que se usa en Arequipa (viday y vilitay, 'vida mía, vidita mía'; dotorlay 'mi doctor') y las frases ecuatorianas ¿que haciendo? ¿que diciendo? de posible influencia quechua. El latín no pudo tomar tantas palabras de las lenguas de los países conquistados como tomó el español de las lenguas americanas, pero los idiomas que sirvieron de sustratos para con el latín influyeron de otras maneras, y algunas veces con gran fuerza. Se piensa que la conversión de nd en nn se debe, en Italia meridional, a la influencia del oscumbro, pero Cuervo opina que tal cambio puede ser el resultado de la evolución natural, puesto que la misma conversión existe en el catalán, debida sin duda a causa muy diversa. Es lo mismo que sucede en América con la aspiración de la s, fenómeno que Lenz atribuyó en Chile a la influencia del Araucano (que carece de s), pero que es un fenómeno que también ocurre en Cuba y Veracruz (probablemente por influencia de los negros africanos, con sus dificultades

para pronunciar otros sonidos que los guturales a fin de sílaba) así como en Andalucía y partes de Francia.

Además de todo esto, la lengua española se ha enriquecido en América merced a muchos derivados formados mediante sufijos o prefijos de valor conocido; esto que en unos aspectos es beneficioso, puede ser perjudicial en otros, porque puede afectar a la uniformidad del idioma. El hecho es que la lengua debió de adaptarse desde un principio a las necesidades de cada país, nivelando primero la de los colonizadores que pertenecían a distintas regiones o a distintas clases sociales. La lengua española, es cierto, llegó mutilada a América, tanto la popular (por la firme renuencia de los peninsulares a ejercer trabajos manuales), como la literaria (a causa de las Leyes de Indias (I, 24, 4) que prohibieron imprimir y llevar libros a América que trataran de materias profanas). El elemento popular fue abundante, pero también hubo un nutrido elemento culto, de modo que probablemente sucedió con la lengua lo mismo que en España: la existencia de un habla culta paralela a la existencia de un habla popular, con una serie de gradaciones intermedias.

Al debilitarse el influjo de la metrópoli sobre las lenguas de las colonias y formar cada una de éstas un país con su propio gobierno, intereses diferentes, y hasta fuentes culturales diversas, el único elemento que conservaría la unidad lingüística sería una literatura común y el estudio cuidadoso de modelos literarios comunes, realizado en las escuelas y universidades. En el Imperio Romano faltó absolutamente este cultivo consciente de la lengua literaria común; muy pronto los escritores regionales admitieron

las locuciones populares de sus territorios, sin sujetarse a norma común alguna. Esto permitió que la gramática se fuera alterando: que el genitivo y el ablativo se sustituyesen por preposiciones, que se formase la pasiva con esse en todos los tiempos, que se formasen nuevos diminutivos y, sobre todo, que se produjesen sinnúmeros derivados a los que se añadieron denominaciones vulgares (como testa 'tiesto u olla', por 'cabeza'; o perna 'jamón', por 'pierna'). Pero toda esta evolución fue muy larga, secular, y el castellano de América no tiene aún tantos años de vida como para que se puedan observar ya diferencias tan grandes en la lengua de sus diversos países como las hay en los territorios románicos. Tampoco se han producido acontecimientos históricos tan extraordinarios como el advenimiento del cristianismo o las invasiones de los bárbaros. Pero sí preocupa a Cuervo como elemento diferenciador el advenimiento de la Independencia y las distintas oleadas de emigraciones extranjeras en un territorio bien abonado para la fragmentación. Las lenguas americanas, desde los primeros tiempos en que todavía estaban bajo el dominio de la metrópoli, contaban ya con numerosos provincialismos e indigenismos, algunos de los cuales se extendieron sobre amplios territorios; otros quedaron reducidos a pequeñas regiones; pero, como bien muestran los diccionarios de cada país, todos ellos, formados por una base común del español, han ido creciendo y han ido apartando a las hablas de los diferentes países entre sí, a la vez que han ido separando también estas hablas de su fondo común español. La lengua literaria no puede servir de freno a esta diferenciación, puesto que vive en dependencia de la lengua hablada, y tarde o temprano acaba por admitir todos los cambios

que en esta última se registren. Cuervo no creía en la eficacia de normas artificiales para detener esa evolución, pero sí estuvo de acuerdo con la solución propuesta en el Congreso Hispanoamericano de 1892, que recomendó la redacción de una gramática histórica americana, que permitiera ver las transformaciones inconscientes de la lengua, las más peligrosas en caso de ser divergentes en los distintos territorios. La plena intercomunicación de los hablantes sería lo único que pudiera lograr transformaciones comunes en "tan vastos dominios y con gérmenes de división tan notorios como los que ofrece el castellano en las naciones americanas y en España" (T. II, p. 558).

Cuervo se lamenta de un fenómeno extendido en su tiempo y hoy mucho menos acentuado, aunque aún existente: la falta de contacto entre los países americanos, que surgió tras un momento de activa relación -inmediata a la Independencia- que muy pronto se apagó y dejó aislados casi por completo a los países americanos. Cada uno de ellos fue creciendo y formando una nacionalidad propia, con sus centros culturales, su literatura, su periodismo, sin preocuparse por el resto de los países americanos, relacionándose más, frecuentemente, con Europa que con las naciones próximas.³¹ El influjo de

³¹ Cfr. Guillermo L. Guitarte, "Cartas desconocidas de Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez y Ezequiel Uriceochea" en Boletín del Instituto Caro y Cuervo, XVII, 1962, p. 252: "Pero, tanto por lo que dicen, las cartas son reveladoras en cuanto síntomas de lo que era la vida hispanoamericana de aquellos años. Leyéndolas, queda uno admirado de las dificultades que debían vencerse para mante-

la metrópoli se fue atenuando más y más, hasta prácticamente desaparecer, y con ello se perdió la norma común válida para toda una serie de territorios. Sin norma común, sin relaciones muy directas, y con la violenta geografía americana, que hace tan difíciles las comunicaciones (no olvidemos que Cuervo escribía esto a fines del siglo XIX) las diferencias dialectales deberán multiplicarse; "en qué dirección, con qué caracteres especiales en cada región, si predominando unas veces el lenguaje popular, si mezclándose otras con el extranjero, si alterándose la sintaxis más que la pronunciación o que la forma de los vocablos, o todo simultáneamente, sólo el tiempo puede decirlo". (T. II, p. 560).

Años después de publicadas las Disquisiciones Cuervo seguía preocupado por el problema de la fragmentación. En una carta escrita al Dr. Ernesto Quesada en 1903³² amplía algunos de los puntos que ya había expuesto. Sólo el estudio y el conocimiento profundo

ner una comunicación entre Bogotá y Buenos Aires. El rasgo más significativo de la precariedad de la existencia de Hispanoamérica como entidad suficiente se muestra en que la mayor seguridad y rapidez del contacto se lograba enviando las cartas a París o Nueva York, para que de allí fueran reexpedidas a la Argentina y Colombia: los países americanos estaban todos vinculados con Europa o los Estados Unidos, mas carecían, o poco menos, de relaciones entre sí".

32 Cuervo, Obras, Tomo II, pp. 560-562.

de las causas que pueden originar la diferenciación aportará las soluciones para atajar este mal. El filólogo colombiano señala las dos circunstancias más peligrosas para el futuro de español: la falta de una influencia unificadora (es decir, la influencia cultural niveladora de una ciudad sobre un país, influencia que no tiene, para Cuervo, ni Madrid, ni ciudad alguna americana), y la falta de comunicación y trato entre todas las personas que hablan la misma lengua. Insiste de nuevo el filólogo en mostrar el aislamiento y la falta de interés que tienen las naciones de América entre sí, y advierte que no son sólo las hablas regionales las que se van diferenciando, sino también la lengua literaria, dado que en cada país se leía sólo lo que en el propio país se escribía. Y Cuervo se defiende de la alusión hecha por el Dr. Quesada a sus "tendencias separatistas": No; él no es separatista, sino todo lo contrario; él sólo pretende prevenir a todos los hispanohablantes del peligro que les amenaza, con la única intención de tratar de moderarlo, aunque para él sea inevitable: "Yo, por mi parte, declaro que, aunque juzgo inevitable la disgregación del castellano en época todavía distante, procuraré siempre escribir conforme al tipo existente aún de la lengua literaria, aunque de él ocasionalmente se aparten los españoles o los americanos. No porque uno crea que nuestros cuerpos sin remedio han de venir a ser pasto de gusanos, deja de asearse y aderezarse lo mejor que puede" (T. II, p. 562).

La polémica entre Rufino José Cuervo y Juan Valera continuó con la publicación de un nuevo artículo de este último en La Tribuna de México, el año de 1903, donde negaba la semejanza entre el proceso del latín y el español de América, basándose, desde luego,

no en puntos de vista lingüísticos, sino simplemente en impresiones personales. Cuervo le respondió con otro de sus pausados artículos, que se publicó en el Bulletin Hispanique (V, 1903, pp. 58-77), donde fue comentando detenidamente los puntos en que Valera había hecho más hincapié, insistiendo siempre en la falta de un ideal común de lengua como causa principal de la fragmentación.

Valera había mencionado en su artículo el caso del inglés de Estados Unidos, Canadá, Australia y otras "colonias" inglesas como ejemplo de conservación de una lengua, a pesar de la extensión de su dominio y de los muchos dialectos que posee, y precisamente en esto iba a apoyarse Cuervo para fundamentar más su pesimista predicción. Señala primero cómo las naciones americanas no son tampoco "colonias", y advierte después cómo el caso del inglés es precisamente semejante al del español, y amenazado por lo tanto al mismo fin. Es decir, la situación del inglés está en mejor posición que la del español, puesto que en Inglaterra existen centros culturales, políticos, sociales y literarios que tienen un fuerte dominio sobre las hablas locales y detienen su excesiva extensión, mientras que estos centros no existen en los dominios del castellano. A pesar de esto el inglés americano empieza a ser ya una lengua diferente, sobre todo en sus hablas populares, y va sucediendo lo mismo que con el noruego y el danés. Esto trae consigo, poco a poco, una literatura también diferente. Para apoyar sus afirmaciones, Cuervo aporta una serie de datos de filólogos americanos e ingleses como Bartlett, Storm, March, Trench y Sweet, todos ellos convencidos también de la futura fragmentación del inglés.

Juan Valera pensaba, al escribir su artículo, que el español a-

americano difiere muy poco del peninsular: únicamente en las palabras que se refieren a distintos usos o costumbres de las gentes. A esto le replica Cuervo con los argumentos del Congreso hispanoamericano celebrado en España en 1892, donde se recomendaba que los jóvenes americanos fueran a la Península a seguir cursos "de nuestra lengua". Además existe el hecho de que el español de América no es una lengua general (lo que pensaban, con Valera, otros muchos), sino que cada país tiene sus peculiaridades, hecho bien demostrado por el prurito de varios países americanos de hablar el mejor español del Continente. En el vocabulario no está, para Cuervo, la principal diferencia, sino en la pronunciación (con el peculiar acento, el tono y el enlace de las palabras). Hace un paralelo con lo que sucede en el portugués: es muy fácil para los hispanohablantes entender la lengua portuguesa escrita; sin embargo, sin estudiarla, es prácticamente imposible entenderla de oído. Y así, en el español del Nuevo Mundo, la letra ll, por ejemplo, se escribe lo mismo en toda América, pero hay -por lo menos- tres pronunciaci-ones bien diferentes.

Aunque es cierto, como afirmaba Valera, que hoy las lenguas son más firmes que en las edades antiguas, no significa eso que permanezcan estacionarias: como muestra la gramática histórica, su evolución es constante, y no hay sino ver obras literarias de hace tres siglos, para apreciar los considerables cambios realizados. Así, afirma Cuervo: "Si la lengua, pues, se altera siempre, y de ordinario sin que intervenga la voluntad humana, son ilusorios todos los consejos que se den a los españoles o americanos para que la conserven intacta o para que las alteraciones sean uniformes. Si

como aquéllos y éstos lo sienten, hay diferencia en el castellano de uno y otro lado de los mares, y en el nuevo continente entre varias regiones, es obvio que las divergencias que han aparecido en el curso de más de tres siglos pueden aumentarse de la misma manera que se han originado. Aunque hoy no impidan el que nos entendamos, nada importa el grado de un ángulo (según expresión de Whitney) si las dos líneas que lo forman han de prolongarse por largo espacio. Lograráse que los escritores se ajusten en mayor o menor grado a cierto tipo extranacional, como en la edad media se logró a veces que se escribiera mejor latín; pero la lengua corriente de la conversación culta gozará en todas partes de libertad mayor, y como ella es base de la lengua literaria, el día en que las dos se diferencien considerablemente, el dialecto popular invadirá al literario: el romance vencerá al latín". (T. II, pp. 572-573)

El año 1919 publicó Carlos Gagini la 2ª edición del Diccionario de Costarriqueñismos con un prólogo de Rufino José Cuervo, donde de nuevo vuelve éste a hacer una estrecha comparación entre la historia del latín y la del castellano. La primera publicación de este texto se había hecho en la revista Páginas Ilustradas de San José de Costa Rica el año 1904, o sea poco tiempo después de considerar terminada la polémica con Juan Valera. Cuervo afirma: "El caso del castellano se asemeja singularmente al del latín. Ambos fueron llevados a otras tierras mediante la conquista y el establecimiento de colonias, al que siguió el cruzamiento de la raza conquistadora con las razas indígenas; ambos fueron conservados con bastante fuerza, así por los colonos como por sus descendientes, y los territorios ocupados por éstos obedecieron hasta cierta época a la influencia directa de la metrópoli, recibiendo de ella toda la vida inte-

lectual y política; separados después, han quedado en posesión del caudal que les tocó en herencia, para beneficiarlo por cuenta propia" (T. II, p. 648). A pesar de que, en los primeros tiempos, las relaciones entre Roma y las provincias eran bastante estrechas, se introdujeron en el latín una serie de elementos extraños, exactamente lo mismo que sucedió entre la metrópoli hispana y sus colonias americanas. El estudio del idioma en América no contribuye a la unificación, sino más bien lo contrario. Cuervo piensa que el hecho de que en uno y otro lado del Atlántico se estudie el español con distintas tendencias, más o menos literarias y tradicionales, puede ser fuente de mayores variaciones. Y las colonias suelen ser más cuidadosas que la metrópoli con la lengua, por sentirse herederas de ella, y por lo tanto más tradicionales; los italianos, por ejemplo, al considerarse los amos de la lengua descuidaron los usos gramaticales, mientras que en las Galias y en España se conservaron mejor muchas desinencias por atenerse más estrictamente a la gramática. También se dice que algunos usos del inglés americano provienen de los libros, lo mismo que sucede con el español de América: a veces se considera demasiado formal y opuesto a las expresiones familiares. Cuando los primeros conquistadores llegaron a América, no había mucha diferencia entre el habla literaria y popular, y en cambio hoy sí hay una gran barrera entre ambas. Esta es una de las causas por las que muchas voces que parecen muy peculiares de cada nación, son simplemente arcaísmos. Las distintas oleadas de colonizadores de todas las regiones de España, trajeron a América voces muy variadas, algunas de las cuales se conservan, en tanto que otras se perdieron. Esto determina que los estudios rela-

cionados con el léxico sean muy inseguros, pues lo que hoy se toma por provincialismo pudo no serlo en otros tiempos, o lo que se toma por vulgar pudo ser antes culto. Este es el caso también de los términos marineros que introdujeron los navegantes, muchos de los cuales han dejado de ser términos técnicos -náuticos- y se han incorporado al lenguaje común.

Cuervo observa cómo el fondo originario de las lenguas va cambiando: cuanto más distantes están las colonias de la metrópoli, más fuertemente se altera su lenguaje. Partes importantes del lenguaje primitivo se olvidan (como el caso del vosotros español, desaparecido totalmente en América), surgen nuevas palabras y construcciones, y también la lengua autóctona ejerce su influencia sobre la importada. Además de estas causas particulares, existen las causas generales, que afectan al desarrollo de todas las lenguas, y cuyos efectos no se aprecian a primera vista, pero que con el tiempo, sumando sus cambios, van originando dialectos diferentes.

De nuevo insiste Cuervo en este prólogo en el tema que tanto le preocupaba: el aislamiento entre los países americanos y su falta de relaciones con España, como una de las causas fundamentales para la desaparición de la unidad del idioma.³³ Y no sólo el aisla-

³³ No sólo Cuervo, sino otros filólogos americanos se habían preocupado por este problema. Véase Caro, Epistolario de don Miguel Antonio Caro: correspondencia con don Rufino José Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo, Bogotá, 1941, T. II, pp. 184-185: "Lamentable es la incomunicación en que viven los pueblos que componen la familia española". "En Bogotá, por ejemplo, hay cinco librerías notables, donde se hallan en gran número ediciones españolas recien-

miento de los países, sino también de las distintas clases sociales, que hace que el pueblo conserve unas voces casi desconocidas para otras clases sociales. Las familias cultas, especialmente la mujer, por su carácter más conservador, son para Cuervo el lugar que más caracteriza la nacionalidad intelectual. Es natural que la lengua de Madrid sirva como ejemplo para todos, pero está demasiado alejada y su contacto de cualquier tipo con América es insuficiente. En tiempos pasados, cuando los altos empleados eran españoles, la influencia lingüística de la metrópoli estaba más próxima. Pero hoy los españoles de América no tienen ese prestigio, y son pocos los americanos que viajan a España. Todos los hispanohablantes están conscientes de las diferencias de la lengua, y siempre se proponen remedios para conseguir la uniformidad. Pero Cuervo se queja, con muchos otros coterráneos, de la falta de americanismos en el Diccionario de la Academia Española. Algunas personas tratan en América de ajustar su habla a las reglas de la gramática y del diccionario, pero esto sería pertinente si se hiciera en todas las naciones, España incluida; si un país admite innovaciones y neologismos, no puede exigir que los demás no los admitan. El hecho es que "Nos hallamos en un período de transición (o por lo menos nos acercamos mucho a él), en que ni podemos darnos por libres de la tradición, ni sujetarnos completamente a sus leyes" (T. II, p. 652).

tes, y no se encuentran ni para remedio, ut dicunt, un libro mejicano, chileno o argentino. Aun los impresos en la vecina Venezuela se consiguen difícilmente. Sólo llegan a nuestras librerías las obras de los americanos impresas en Europa o en los Estados Unidos".

La última edición de las Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano se publicó por primera vez en 1939, varios años después de la muerte de su autor (1911), pero tanto la obra como el prólogo los había dejado Cuervo manuscritos y redactados definitivamente poco tiempo antes de su muerte. Es muy interesante ver cómo en esta obra póstuma sigue insistiendo el filólogo en el estrecho paralelismo existente entre la evolución del latín y del castellano de América, y presagiando, por lo tanto, la fragmentación de éste: "y las diferencias, así con respecto a España, donde el idioma no permanece estacionario, como entre los varios estados americanos, han ido creciendo, y es de temer que, con el tiempo, vayan siendo mayores. En suma, el caso ofrece notables semejanzas con la difusión del latín en el orbe romano" (T. I, p. 33). Pero Cuervo señala un elemento diferente en las dos colonizaciones: la latina se realizó durante un largo período de tiempo, lo cual es la causa de bases más arcaicas en algunos países románicos, mientras que la española fue muy rápida y tuvo inmediatamente importantes centros culturales. A pesar de los distintos dialectos de los colonizadores, los diferentes estratos sociales a que pertenecían y el cruzamiento con las razas indígenas, que llevó consigo la interrelación de las hablas, hubo casi inmediatamente una nivelación lingüística y se llegó rápidamente a un común término medio de regionalismos y cultura. Pero lo mismo que el latín de los colonos romanos no era el de Cicerón, el de los españoles tampoco era el de Cervantes, y así muchas voces vulgares regionales usadas en España en el siglo XVI se introdujeron en América. Otras no lo eran entonces, pero se dejaron de usar posteriormente en España, y la Academia las considera, injustamente, como regionalis-

mos. Este es el caso de la palabra frijol o frisol, que procede del latín phaseolus, y que era la voz usual en el siglo XVI, pero que en las ediciones 9ª y 10ª del Diccionario se consideran provincialismos.

Una serie de factores separaron el latín de las provincias y el de Roma. La metrópoli, más débil cada vez, otorgaba mayor independencia a las colonias, y a la vez iba disminuyendo su influjo sobre ellas. Al mismo tiempo disminuía la categoría artística de la lengua literaria, con lo que la lengua hablada se iba alejando más cada vez de los modelos clásicos y, al perder su propiedad, perdía su fuerza. Las invasiones de los bárbaros contribuyeron más al aislamiento de las distintas regiones; las lenguas autóctonas de cada territorio seguían influyendo en el latín particular de cada uno de ellos. Todas estas circunstancias, en lapsos más o menos largos de tiempo, produjeron la total fragmentación.

El español de América tuvo modificaciones desde el principio, (voces indígenas, nuevas designaciones, usos arcaicos), pero éstas no son las únicas, sino que se fueron ampliando más cada vez, aunque es prácticamente imposible fijar históricamente su nacimiento, porque los libros de los siglos XVI y XVII no recogen más que las formas literarias. La evolución de estas modificaciones tampoco es uniforme, sino que sigue diversos caminos y con diferente rapidez en cada territorio. Todo esto es un hecho, como lo es la evolución del latín. Y es lo que le lleva a Cuervo, una vez más, a presagiar la suerte del español: "¿Cabe en lo posible que corra el castellano la suerte del latín? Teóricamente la respuesta debe ser afirmativa. Falta saber los siglos que serán necesarios para llegar a ese punto, y las circunstancias históricas que lo apresurarán o retardarán"

(T. I, p. 43). Pero no debemos esperar inactivos este suceso: son indudables las ventajas que ofrece poseer una lengua común, como medio para conseguir la fraternidad entre los pueblos hispánicos. Es necesario, pues, prolongar lo más posible su descomposición, y, para ello, el único remedio eficaz es conservar la pureza de la lengua literaria. Cuervo piensa que tanto españoles como americanos han de tratar de conservar esa unidad, poniendo todo cuanto esté de su parte por lograrlo. Sin embargo, no tiene él mucha fe en la invariabilidad de la lengua escrita. Como ya había dicho en Castellano popular y castellano literario (Obras, I, p. 1325), "ella misma [el habla literaria] no se libra de mudanzas en el tiempo y en el espacio, y obedece a su evolución propia ni más ni menos que la lengua popular".

La posible formación de lenguas "nacionales" en América

La polémica sobre la posible división del español en lenguas diferentes dentro de cada uno de los países americanos se había iniciado ya mucho antes de que Cuervo hubiera pronunciado sus vaticinios pesimistas. Pero, en un principio, esta cuestión no se había analizado como un problema estrictamente lingüístico, sino más bien como un tema patriótico nacido al calor del nacionalismo joven, surgido a raíz de la Independencia. Así, los primeros patriotas americanos que aludieron a la cuestión consideran el problema de la lengua dentro de la necesidad de reafirmar la recién ganada independencia. El resquemor existente contra el coloniaje determinaba que se anhelase independencia en todo: independencia en la lengua, en las costumbres, en los nombres. A la vez se pensaba que la posesión

de una lengua propia, nacional, diferente de la española, contribuiría a reforzar la independencia nacional, a afirmar la personalidad de los pueblos, todavía balbuceante. No faltaban, claro está, personas menos extremistas, que preveían todos los inconvenientes que esta independencia lingüística podría acarrear, y que pensaban que la emancipación política no tenía por qué ir unida a la lingüística, por lo que promulgaban la continuidad del español como lengua de tradición literaria.

Naturalmente que este nacionalismo lingüístico no existió por igual en todos los países americanos; mientras que en algunos apenas se inició (o no se dio en absoluto), en otros ocasionó un intento apasionado de ruptura con todas las tradiciones lingüísticas hispánicas, si bien no duró más allá de los principios de este siglo.

El país donde se registró con más fuerza este movimiento nacionalista fue la Argentina, y allí fue, precisamente, donde se produjo la más violenta reacción por parte de los tradicionalistas, circunstancia ésta que estaba, muy probablemente, determinada por aquella. El hecho es que fue en la Argentina donde alcanzó mayor virulencia la polémica entre nacionalistas y tradicionalistas. Anderson Imbert advierte que el Río de la Plata fue la región donde el pasado colonial era más débil, y Buenos Aires una ciudad donde se leía poco. "Por eso mismo no eran allí tan conservadores como en Perú o México: la literatura surgió con el mismo ímpetu de la Independencia nacional. La violencia se manifestó en polémicas y manifiestos doctrinarios que faltan en otros países. Mientras la generación rioplatense fue más europeizante que hispanófila, los modelos románticos de otros países fueron más bien los de España".³⁴

³⁴ E. Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana, I.

El triunfo del Romanticismo, con sus tendencias de individualismo y libertad, ahondó en el ideal de una independencia lingüística y una literatura netamente argentina, que surgiera separada de la tradición española y que se basara sobre todo en el paisaje y las formas de vivir nacionales. "El despego por lo español, la admiración por lo europeo y, sobre todo, la actitud improvisadora, tuvieron como consecuencia que la lengua se llenara de extranjerismos, especialmente de Francia" (Anderson Imbert, p. 219).

Durante los años de la Revolución, muchos documentos se redactaron en lenguas indígenas, lo cual suponía ya un rechazo del castellano. Algunos manifiestos (1810) circularon en aymara, quechua y guaraní. También algunas proclamas de Belgrano, en su expedición a Paraguay, fueron escritas en guaraní. En 1819, cuando San Martín escribió desde Chile anunciando la expedición libertadora que proyectaba enviar a Perú, usó la lengua quechua³⁵.

Aunque el ideal de una lengua propia común que no fuera la española era imposible de realizar repentinamente, nace en los primeros años del siglo XIX una firme renuencia a hablar de 'español' o 'castellano', y se empieza a hablar de 'lengua nacional'. Así, en 1817 aparece en Buenos Aires una Gramática y ortografía de la lengua nacional, escrita por Antonio J. Valdés, donde por primera vez se usa la designación de 'lengua nacional' alternando con la de 'lengua castellana'³⁶. En 1821, el Argos de Buenos Aires anuncia que "Don

México, 1961, p. 218.

³⁵ Cfr. Ricardo Rojas, Historia de la literatura argentina. Los gauchescos. I, Buenos Aires, 1948, pp. 114-117.

³⁶ Arturo Costa Álvarez, Nuestra lengua, Buenos Aires, 1932, p. 103.

José Catalá Codina ha compuesto un compendio gramatical de la lengua nacional, llamada castellana". El 4 de noviembre de 1826, la Gaceta mercantil de Buenos Aires reprodujo un artículo de la Miscelánea de Bogotá, en el que se proponía la creación de una Academia de la lengua americana³⁷. En 1852, se reimprime la Gramática castellana de Rufino Sánchez con el título de Gramática argentina (Costa Álvarez, p. 103). Todavía en 1889, el periodista Mariano de Vedia (Juan Cancio) abogó por un idioma americano, aunque más tarde rectificó su actitud a raíz de la publicación del libro de Luciano Abeille (Costa Álvarez, pp. 64-84).

La generación de 1810, la que rompe políticamente con España, es la que inicia todas las tendencias escisionistas que van a predominar en la Argentina durante todo el siglo XIX. Los miembros de aquella generación no pretenden terminar con las formas culturales y lingüísticas heredadas de España ("independientes en la política, colonos en literatura"), pero dan las bases para que llegue a tales extremos la generación siguiente. Ellos empiezan por rechazar la designación tradicional de españoles americanos, y la sustituyen por la de americanos solamente, o también por las de sudamericanos, criollos, indianos, etc.³⁸.

37 Amado Alonso, Castellano, español, idioma nacional, Buenos Aires, 1943, pp. 134 nota y 137 nota.

38 A este respecto, cfr. Ángel Rosenblat, "Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua" en Revista de la Universidad de Buenos Aires, V Época, año V, nº 4, 1960, pp. 539-584.

Pero es la generación de 1837, fuertemente influida por el romanticismo francés, la que procura justificar la ruptura total con España, y busca una lengua propia para expresar las emociones que produce la contemplación del paisaje americano. Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, López, Sarmiento y Mitre rechazan la tutela de la Academia Española, y proclaman la libertad de la lengua; insisten en predicar la superioridad de las ideas sobre las palabras, y abren las puertas a toda clase de libertades lingüísticas -americanismos, neologismos, arcaísmos, indigenismos-, mediante los cuales, piensan, se renovará la lengua y, una vez renovada, podrá servir para expresar adecuadamente las nuevas ideas.

Echeverría fue el iniciador del movimiento. Había estudiado en Francia e Inglaterra, y había bebido las ideas románticas europeas en su propio ambiente. El interés del romanticismo por lo popular le llevó a pensar en el nacimiento de una literatura argentina propia, localizada en ambientes rústicos, donde el espíritu nacional se podría conservar puro y libre de influencias extrañas. En 1838 fundó la Joven Argentina o asociación de Mayo, que extendió su radio de acción por todo el país, y más tarde -cuando la dictadura de Rosas desterró de la Argentina a este grupo de jóvenes- también por el extranjero.

En cuanto a la lengua, no es Echeverría uno de los más extremistas de su generación. Piensa que los argentinos deben aceptar la española, pero tomándola solamente como base para enriquecerla después y darle un carácter netamente nacional. "El único legado que los americanos pueden aceptar y aceptar de buen grado de la España, porque es realmente precioso, es el del idioma; pero lo aceptan a condición de mejora, de transformación progresiva, es decir, de

emancipación", decía en su réplica al artículo de Alcalá Galiano. "Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura Hispano-americana", aparecido en El comercio del Plata.

Lo que Echeverría rechazaba violentamente no era tanto la lengua en sí como la tutoría literaria de cualquier otro país. En esto se mostraba más hispanista que algunos de sus compañeros de generación, quienes llegaron a propugnar la implantación del francés en lugar del español. "Sólo así -dice- campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca"³⁹.

Para Juan Bautista Alberdi, el hecho de seguir hablando español suponía ya la afirmación de que idiomáticamente se era una colonia española todavía. Y esta sumisión a otro país resultaba mucho más evidente si se aceptaba la autoridad de la Academia española. "Los americanos pues, que en punto a la legitimidad del estilo invocan a la sanción española, despojan a la patria de una faz de su soberanía: cometen una especie de alta traición"⁴⁰. Alberdi identificaba todo lo tradicional con lo español: el atraso. Buscaba ideas nuevas, que se opusieran al pasado, y señalaba, como un aspecto importante de la revolución de 1810, la necesidad de que también hubiera una revolución lingüística. "Bajo la síntesis general de españolismo nosotros entendemos todo lo que es retrógrado, porque, en efecto, no te-

39 MA Delia Paladini, "Echeverría y la lengua española", en Cultura neolatina, Roma, XII (1952), pp. 151-158.

40 Juan Bautista Alberdi, "Fragmento preliminar al estudio del derecho" en Obras completas, T. I, Buenos Aires 1886, p. 132.

nemos hoy una idea, una habitud, una tendencia retrógrada que no sea de origen español". "La revolución en la lengua que habla nuestro país es una faz nueva de la revolución social de 1810, que la sigue por una lógica indestructible" (Cfr. Rosenblat, "Las generaciones argentinas", p. 558).

Pero esta actitud de Alberdi corresponde sólo a su juventud. Después veremos cómo, al fin de su vida, se retractó de muchas de las cosas que había dicho y cambió de parecer en varias cuestiones.

Vicente Fidel López, como todos los miembros de su generación, prefería hablar de la lengua nacional, y en 1852, siendo ministro de Instrucción pública del gobierno de Buenos Aires, estableció esa designación de una manera oficial: ordenó, por decreto ministerial, que se enseñara en las escuelas primarias la asignatura de "idioma nacional", y tres años después la designación pasó también a las escuelas secundarias. Más tarde fue implantada en la Escuela Normal de Buenos Aires y en la Preparatoria.

En época de Mitre, el Colegio de Concepción del Uruguay cambió su nombre por el de Colegio Nacional, y desde entonces "idioma nacional" empieza a alternar con "idioma argentino" con igual significado, pero evitándose siempre los calificativos de "español" o "castellano".

La actitud de Sarmiento frente a la lengua española pasó por distintas etapas. Como observa Rosenblat en "Las generaciones argentinas", tuvo en su juventud una época purista: trató de imponer a los niños de las escuelas la pronunciación de la z, y mandó imprimir, a sus expensas, cartillas que incluían y explicaban la pronunciación castiza. Hasta él mismo trataba de articular la pronuncia-

ción española. Pero a partir de 1841, fecha en que tuvo que emigrar a Chile, cambió completamente de actitud, y, de acuerdo con sus compañeros de generación, se dedicó a proclamar la libertad ilimitada de la lengua frente a las trabas que el academicismo acarrearba. Precisamente en aquella época residía en Chile Andrés Bello, y todos los exilados argentinos, encabezados por Sarmiento, se pusieron violentamente frente a él, como representante de la tiranía española y de la tradición asfixiante.... aunque años después reconocieron que la causa de Bello era una causa justa⁴¹.

Durante su estancia en Chile, Sarmiento insistió con frecuencia en proclamar la independencia lingüística de América frente a España: "Los hijos de América, desprendidos en política de España, su abuela común, por su emancipación, no lo están aún en artes, en literatura, en costumbres ni en ideas. Nuestra lengua, nuestra literatura y nuestra ortografía se apegan rutinariamente a tradiciones rutinarias y preceptos que hoy nos son casi enteramente extraños y que nunca podrán interesarnos. Los idiomas, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobierno que rigen y las instituciones que las modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantescas que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena representan. Una vez dejaremos de consultar a los gramáticos españoles, para formular la gramática hispanoamericana-

41 Cfr E. Anderson Imbert, "Andrés Bello, Sarmiento y la generación de 1842" en sus Ensayos, Tucumán, 1946, pp. 28-33.

na⁴².

Para Sarmiento, el español era una lengua pobre, insuficiente como medio de expresión de las nuevas ideas, atrasada⁴³; por eso insistía en predicar que se admitiera toda clase de neologismos y galicismos como método para enriquecerla: "...echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y enseguida escribid, con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso...." (Rosenblat, "Las generaciones", p. 560).

En su afán de renovación y de libertad infinita, tan romántico en muchas ocasiones, Sarmiento pretendía también renovar la ortografía, unificando los signos, para adaptarla a la pronunciación americana; proponía, así, suprimir la z, la h, la u después de g o q, la y, etc. Pero es interesante el hecho de que en ninguno de sus escritos siguiera él mismo este nuevo tipo de ortografía.

A pesar de predicar constantemente la libertad y la rebelión an-

42 Domingo F. Sarmiento, Obras completas, XII, 184.

43 "Como instrumento de civilización puede decirse que el idioma castellano es una lengua muerta. Ni en política, ni en filosofía, ni en ciencias, ni en artes es expresión del pensamiento propio ni vehículo de las ideas de nuestra época". "La lengua española es un viejo reloj rouillé, que está marcando todavía el siglo XVI. No saldrá de allí". Ángel Rosenblat, "Sarmiento y Unamuno ante los problemas de la lengua" en La primera visión de América y otros estudios, Caracas, 1965, p. 170

te regla de cualquier clase, Sarmiento nunca consideró, evidentemente, que eso pudiera representar un peligro para la unidad del español, puesto que él se daba cuenta del enorme valor que supone poseer una misma lengua dentro de un país y dentro de un continente⁴⁴.

Es interesante el hecho de que, varios años después de la muerte de Sarmiento, surja un escritor español -Miguel de Unamuno- que, en medio de un ambiente purista, muchas veces antiamericano, profese las mismas ideas de Sarmiento en cuanto a la lengua. Gran admirador del escritor argentino, al que calificó de "soberano ingenio de la América hispánica", declaró, como él, que el español era una lengua pobre e insuficiente, "una lengua de conquistadores y de teólogos dogmatizantes, hecha para mandar y para afirmar autoritariamente. Y una lengua pobre en todo lo más íntimo de lo espiritual y lo abstracto"⁴⁵. Por lo tanto, lo único que podría salvarla sería una revolución, y la revolución lingüística era para Unamuno, como para Sarmiento, la más profunda, puesto que no era posible lograr una revolución en las ideas si antes no se había conseguido en las palabras. Unamuno rechazó la idea generalizada en España, y también entre algunos americanos, de que Castilla había de ser el centro rector que gobernase la lengua, y ante el cual deberían doblegarse to-

44 "Uno de los mayores bienes de que goza una nación es la unidad de lenguaje de sus habitantes, y la mayor rémora para su civilización y aun para su paz interior, las divergencias". "El castellano es la clave de la América del Sur...Es la lengua que va a desarrollarse a continuación del inglés...." Apud Arturo Capdevila, Babel y el castellano, Buenos Aires, 1954, p. 21.

45 "Contra el purismo" en Ensayos, I, Madrid, 1951, p. 418.

dos los países hispanohablantes. ("¿Con qué derecho se ha de arrojar Castilla o España el cacicato lingüístico?"). Incluso se mostró de acuerdo con el nacionalismo argentino, entusiasmado por la fuerza juvenil y revolucionaria de los nuevos escritores: "Y hacen bien los hispanoamericanos que reivindicán los fueros de sus hablas, los que en la Argentina llaman idioma nacional al brioso español de su gran poema el Martín Fierro. Mientras no se internacionalice el viejo castellano, hecho español, no podremos vituperarles los hispanoespañoles. Obrán muy cuerdamente los hispanoamericanos al ir a educarse a París; porque de allí, por poco que saquen, siempre sacarán más que de este erial; ya que lo que aquí puede dárseles, la materia prima de su lengua, la llevan consigo" (Ensayos, I, p. 409).

Para Unamuno, Sarmiento fue "el hombre genial que más que en español, en la más castiza habla española, habló mal de España".

Juan María Gutiérrez, hijo de españoles, se opone, junto con sus cogeneracionales "a la odiosa lengua de sus progenitores, en la que no se ve otra cosa que tiranía académica y despotismo intelectual"⁴⁶. Pero lo que él mismo calificó de "cohete" fue su negativa a aceptar el nombramiento de miembro correspondiente de la Academia Española de la Lengua, que le ofrecieron el 11 de diciembre de 1872. La propuesta llegó a él el 29 del mismo mes, y al día siguiente la devolvió, acompañada de una carta donde explicaba sus motivos para la renuncia. Esta carta se publicó en varios periódicos americanos, y provocó una de las más ruidosas polémicas sobre la cuestión de la unidad de la lengua de todo el siglo pasado. Gutiérrez estaba

46 Cfr. Avelino Herrero Mayor, Presente y futuro de la lengua española en América, Buenos Aires, 1943, p. 47.

en desacuerdo con someterse a las normas académicas y a la tradición; el único modo en que América podría incorporarse al mundo moderno sería alcanzando una verdadera independencia cultural, y esa independencia sólo podría lograrse rompiendo con los moldes españoles. Él lo justifica de esta manera: "El idioma tiene íntima relación con las ideas...¿Estará en nuestro interés crear obstáculos a una avenida que pone tal vez en peligro la gramática, pero puede ser fecunda para el pensamiento libre? Creo peligroso para un sudamericano la aceptación de un título dispensado por la Academia Española...Descubro ya un espíritu que no es el mío en los distinguidos Sud-Americanos, especialmente de la antigua Colombia, que han aceptado el encargo de fundar Academias correspondientes con la de Madrid"⁴⁷.

La posición "americanista" de Gutiérrez se puede seguir muy claramente en la correspondencia que sostuvo con el colombiano Miguel Antonio Caro, quien estaba situado en el extremo opuesto: era católico, tradicional y, tanto en sus ideas como en su modo de escribir, se sentía estrechamente vinculado con España. La amistosa polémica que sostuvieron a través de una serie de cartas comenzó cuando Gutiérrez conoció la versión de Virgilio que el colombiano había hecho, ateniéndose a los modelos españoles y dándole una interpretación cristiana. Gutiérrez le escribió censurándole su posición tradicionalista, que él identificaba con el purismo, es decir, con la servil imitación de los moldes españoles, los cuales podrían resultar un obstáculo invencible para alcanzar la originalidad y la independencia americanas. Esto les llevó a discutir detenidamente un pro-

⁴⁷ Apud Gustavo Martínez Zuviría, "Tres factores de unidad", en BAAL, VI, 1938, nos. 21-22, p. 39.

blema fundamental: el de la unidad de la lengua. En torno a él, cada uno de ellos adoptó una posición extrema: Según Caro, todo debe de estar encaminado a conseguir los medios precisos para evitar la fragmentación del español; según Gutiérrez, el ideal debe ser la incorporación de América al mundo moderno, y esto debe lograrse rompiendo con la tradición secular, a pesar de las consecuencias que ello pudiera acarrear. Naturalmente que esta ruptura con la tradición, o sea con España, hará que cada vez los dos mundos vayan diferenciándose más, pero con ello, la personalidad de las jóvenes naciones se afirmará con un carácter propio. Para Gutiérrez, americanismo equivale a patriotismo; los países no serán verdaderamente autónomos mientras dependan de instituciones de otro país. Para Caro, el patriotismo consistía en seguir los moldes hispánicos, y buscar la autonomía en otras culturas es lo que le parecía la manera de perder la independencia espiritual⁴⁸.

Durante todo el siglo XIX sigue desarrollándose el anhelo de poseer una literatura con carácter propio, anhelo avivado siempre por el romanticismo, y así, hacia 1880, existe otro grupo de carácter fuertemente nacionalista, que se relaciona estrechamente con la literatura gauchesca. El gaucho, autóctono e independiente, se convierte en el ideal americano, frente a lo tradicional y lo estrecho.

48 Una exposición detallada y penetrante de esta interesante polémica, con transcripción de las cartas correspondientes, puede verse en el lúcido ensayo de Guillermo L. Guitarte, "Cartas desconocidas de Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez y Ezequiel Uricoechea" en Boletín del Instituto Caro y Cuervo, XVII, 1962, pp. 237-312.

Hidalgo, en sus cielitos y diálogos hace evidente propaganda anti-española. Ascasubi escribe poesía gauchesca en la que combate la dictadura de Rosas. Hernández publica el Martín Fierro, que se convierte en un símbolo social, donde por primera vez se da categoría poética a la lengua rústica del campo. "Corresponden, pues, al período del 80 los dos hechos -sin duda relacionados entre sí- que dan a la Argentina un papel singular en Hispanoamérica: el surgimiento de una literatura de alto valor sobre la base del habla rústica y la formulación programática de un idioma propio de los argentinos" (Rosenblat, "Las generaciones", pp. 582-583).

El ideal gauchesco no estaba -en el aspecto político- de acuerdo con las tendencias de la generación del 37, pero sí en cuanto a la libertad ilimitada que concedían al hombre; así se combinan ambas directrices, como anuncio de un brillante futuro. "El romanticismo, tal como lo entendieron Echeverría y Sarmiento, hostilizó al federalismo gaucho en política, pero lo favoreció en su libertad idiomática al repudiar las tradiciones académicas de la metrópoli"⁴⁹.

Ya durante la época de Rosas habían empezado las luchas entre los puristas y los innovadores en materia de lenguaje. Los nativistas, así llamados porque buscaban la inspiración en la tradición nativa, aclamaban todo lo nacional. Por eso están estrechamente relacionados con la literatura gauchesca. La designación de "idioma nacional" frente a español o castellano que había nacido con la Revolución, empieza a cobrar más adeptos. En 1876 se funda la Academia Argentina de la Lengua y se empieza a preparar el Diccionario de

49 Ricardo Rojas, Eurindia, Buenos Aires, 1951, p. 54.

argentanismos.

Junto a todo esto, existen, desde 1853, las grandes corrientes migratorias, sobre todo la procedente de Italia; la Argentina incrementa su ya exacerbado nacionalismo, quizá como medio de defensa. Los inmigrantes que en ese momento se incorporan al país -y especialmente sus hijos- experimentan también la influencia nacionalista, y se convierten en los grandes defensores del criollismo. A ellos se debe la introducción de muchas particularidades fonéticas italianas, y el surgimiento del lunfardo.

En medio de ese ambiente, aparece, en 1900, el libro de un francés emigrado a la Argentina, Luciano Abeille, sobre La lengua nacional de los argentinos (Paris, Bouillon, 1900), en el que se pretendía mostrar que el castellano estaba generando en El Plata un idioma nuevo, "el idioma de los argentinos". En esta obra, "de gran tamaño y endeble contenido", su autor anuncia al mundo el nacimiento de un nuevo lenguaje: "el idioma argentino, expresión de una nueva raza, la raza argentina". Abeille partía, para esta afirmación, de un principio primitivo: un país, para merecer el nombre de tal, necesita poseer una lengua propia y diferente; los cambios ideológicos y psicológicos experimentados por el alma argentina deben, necesariamente, reflejarse en la lengua; la escuela es la encargada de fomentar el desarrollo de estos cambios. Como elementos de esa nueva lengua, recogía Abeille toda una serie de vulgarismos y de términos del lunfardo.

Aunque la obra fue aplaudida y aprobada el mismo año de 1900 por el Congreso de filólogos que se reunió en Paris con motivo de la gran exposición universal, no tuvo ningún éxito en la Argentina,

y sólo subsistió esporádicamente, como un tópicó nacionalista, en la prensa de escasa categoría: "No tuvo éxito, pero la idea de una lengua propia de los argentinos, idea provinciana, emerge desde entonces periódicamente en la prensa populachera del país"⁵⁰.

La reacción contra el libro de Abeille fue casi inmediata. En octubre de 1900, Miguel Cané escribía a Ernesto Quesada: "Estamos de acuerdo: con los Abeille, los dramas criollos, el lunfardo, etc., vamos rectamente a la barbarie; hay que resistir activa y pasivamente"⁵¹.

Paul Groussac dijo que la obra era solamente una baja adulación al criollismo argentino.

Ricardo Rojas negó la necesidad de una "lengua argentina" para afirmar la personalidad nacional: "Si por estar escrita en castellano la literatura argentina (como otras de América) hubiéramos de negar caracteres de nacionalidad a nuestra literatura, deberíamos negárselos también al Himno de 1813, llamado "nacional" por antonomasia y a la constitución de 1853, igualmente llamada "nacional", aunque ambos documentos civiles fueron escritos en castellano. Todos los hombres que en América hablamos castellano seríamos por ese solo hecho simplemente españoles, y no americanos, como lo somos por la tierra, o argentinos, chilenos, peruanos, mejicanos o lo demás que somos por ciudadanía política. Lo que hace de mí un argentino -mi vida, mi sensibilidad, mis ideales- es lo que me diferencia de un español

50 Cfr. A. Rosenblat, "Las generaciones Argentinas", pp. 581-582.

51 Cfr. Ernesto Quesada, La evolución del idioma nacional, Buenos Aires, Imprenta Mercatali, 1923, p. 30.

de España o de un americano de otras regiones. El pueblo argentino, -individualizado ya por su tierra, su tradición y su cultura- no necesita crearse una lengua nueva para manifestar su genio social, y al hacerlo en castellano pone en su literatura un contenido nuevo, distinto del de España y diverso del de otras naciones americanas"⁵².

Una relación completa y detallada de la polémica que levantó el libro de Luciano Abeille puede encontrarse en el libro de Costa Álvarez, Nuestra lengua. Sólo se deja de mencionar en él la reacción del político Pellegrini, quien fue el único que abierta y públicamente se declaró de acuerdo con las doctrinas del francés, es decir, con la afirmación de que ya existía -aunque muy joven- una lengua argentina, que, a pesar de la oposición de los puristas, algún día llegaría a transformarse en una lengua madura⁵³.

Aunque el libro de Abeille produjo una repentina reacción purista, un grupo de argentinos continuó teniendo como ideal las di-

52 R. Rojas, Eurindia, p. 61.

53 "Indudablemente ese idioma argentino es hoy apenas un balbuceo, un cocoliche, un embrión que los puristas se entretienen en examinar con microscopio, encontrándolo deforme y hasta repelente. Dejémoslos tranquilos en su inofensiva manía, que nada hay inútil en la tierra, y limitémonos a cantar en coro y como única respuesta el aire de la "Perichole": il grandirá, car il est espagnol!", el El País, octubre 29, 1902, citado por E. Quesada, La evolución del idioma nacional, pp. 48-53.

rectrices indicadas por los miembros de la generación del 37, que no coincidían con las absurdas e infundamentadas afirmaciones del francés, sino que representaban el deseo de poseer una sola lengua -el español- pero que tuviese una fisonomía y una personalidad característicamente argentinas. Si la lengua de un país se sujeta estrechamente al criterio estricto de una Academia, que ni siquiera conoce las realidades de ese territorio, no responderá a la psicología ni a las necesidades de esos hablantes. Sería absurdo que un argentino -o un peruano o un venezolano- imitase servilmente el habla de Madrid, y más que absurdo, falso, puesto que la Argentina necesita otro léxico, ya que posee otras realidades diferentes de las de España. Los argentinismos son equivalentes a los regionalismos españoles, que nadie trata de reformar; no se oponían estos escritores a aceptar que el español de América se ajustase a moldes castellanos, de igual manera que la lengua española se había mantenido dentro de los moldes latinos; se oponían a aceptar la dictadura académica, o la tutela de un diccionario evidentemente pobre en lo que a necesidades americanas se refería. Al tomar el español un matiz propio en cada país de América, no sucedió sino lo que había acontecido en Andalucía con el castellano que a esa región se llevó al terminar la Reconquista. Los argentinos se creían con el mismo derecho que los españoles a modificar la lengua según su personalidad y sus necesidades, a pesar de no ser los "creadores" de ella, puesto que sabían que tampoco eran los españoles actuales los que la habían creado, sino unos "antepasados comunes", en un período largo y difuso de la Edad Media. Si la nación argentina no es exactamente igual que España, sino que tiene características muy particulares debidas al mestizaje, la naturaleza, las instituciones y muchas otras circunstan-

cias, no hay ninguna razón para que hable una lengua exactamente igual que la peninsular.

No tenían, los que así pensaban, ninguna intención de crear escisiones lingüísticas con la Península Ibérica; lo que pretendían era crear un nuevo espíritu, panibérico, universal, que no negaba la colaboración filológica con España y con los demás países americanos. Cuando en 1926 se publica Don Segundo Sombra, Güiraldes, escritor refinado y culto, hace una tentativa para conciliar el tema gauchesco con moldes universales. En 1931, Pereira Rodriguez afirmaba: "Habrá que convenir que América es un hecho nuevo que, para exteriorizarse y fijar su posición en el gran torbellino del mundo, ha de precisar un día un idioma propio, ennoblecido, desde luego, con la tradición hispana que llega hasta nosotros, experiente con su cargo de siglos"⁵⁴.

En el Congreso Americano de la lengua celebrado en Buenos Aires en 1939 se insistió en la desvinculación de la Argentina para con la Academia de la Lengua, aunque en ningún momento se mencionó la voluntad de una lengua nacional⁵⁵. Barletta defendió la moción separa-

54 J. Pereira Rodriguez, "Nuevo sentido de la poesía gauchesca" en Historia sintética de la literatura uruguaya, Montevideo, 1931, III, p. 17.

55 La Real Academia Española recibió una carta en los siguientes términos: " Se dijo que era necesario romper los vínculos espirituales que nos ataban con España por obra del idioma; que esa Real Academia era una cosa vetusta y desautorizada, cuyas determinaciones debíamos desobedecer y desoír; que América no ha menester de tutorías culturales

tista, pero fue rechazada por una gran mayoría: 20 votos contra 8.

Como ya he dicho antes, no todos los argentinos estaban de acuerdo en la búsqueda de una "lengua nacional", sino que, junto al grupo de los renovadores, existe desde el principio una corriente tradicionalista, que pretende conservar la "pureza del lenguaje", es decir, que trata de que la Argentina siga aceptando a Madrid como modelo en materia de lenguaje, y que califica de "corrupción" cualquier innovación introducida en el idioma que se separe de las normas españolas.

Como dato curioso mencionaré la primera obra que muy pronto, en 1813, se preocupa de las excesivas licencias que empieza a tener el lenguaje porteño, sobre todo por parte de las mujeres: "esa libertad desmesurada y escandalosa en producirse, que sin respeto alguno a tiempo, lugar o personas, dolorosamente se observa en muchas de las señoras mugeres"⁵⁶. Como es natural, esta obra no se refiere todavía al purismo tal como se realizaría después, sino solamente a los peligros que implica para la lengua la introducción de vulaga-

ni de padrinazgos espirituales, porque sus potencias le dan valor suficiente para emanciparse de todo imperialismo científico y de imposiciones arcaicas y artificiosas" Apud Julio Casares, La unidad de la lengua en los pueblos hispanos, Santander, 1953, pp. 10-11.

56 M.G., Memoria sobre la necesidad de contener la demacia y perjudicial licencia de las mugeres en el hablar, Imprenta de Niños Expósitos, Buenos Aires, 12 marzo 1813.

rismos.

En 1835, Florencio Varela, el poeta de la generación unitaria, decía: "Amigo mío, desengáñese usted: eso de emancipar la lengua no quiere decir más que corromper el idioma" (Cfr. Rosenblat, "Las generaciones", p. 561). También Florencio Balcarce se mostró opuesto a las reformas lingüísticas, a la pretensión de una lengua nacional y al uso de locuciones nuevas. Vivía él en París y era muy joven todavía cuando escribió una carta a Félix Frías, miembro de la joven argentina, donde refutaba las palabras de Juan María Gutiérrez contra la lengua española: "Según Gutiérrez, su objeto es formar un lenguaje nacional....; esta formación del lenguaje nacional yo lo llamaría un solemne disparate, si no estuviera anunciada por el mismo Gutiérrez. Comprendería yo si dijese literatura nacional, porque significaría una poesía que reprodujese nuestras costumbres, nuestros campos y nuestros ríos, pero salir de buenas a primeras queriendo formar un lenguaje dos o tres mozos apenas conocidos en un pequeño círculo por algunos escritores de gaceta, es anunciar una pretensión ridícula, es atribuirse una influencia que sólo ejercen los talentos de primer orden"⁵⁷.

A Balcarce le parecía mal, inclusive, el uso de términos clásicos que ya hubieran dejado de emplearse en España; había que hablar el español tal como se hablaba en aquel momento en la Península: "Gutiérrez se sirve de locuciones tan españolas que son ya inusitadas entre nosotros. Dos o tres hay que ningún español moderno se atrevería a emplear, porque pertenecen al siglo XVI"⁵⁸.

57 y 58 Juan P. Ramos, "Juan María Gutiérrez". BAAL, VII, 1939, nº 28, pp. 501-528.

Mitre, a pesar de la admiración que tenía por los miembros de su generación, especialmente por Echeverría, y de sus campañas en favor de la denominación de "lengua nacional", se muestra alarmado por algunos extremos de hispanofobia literaria, y está también en desacuerdo con la introducción de palabras excesivamente vulgares en la lengua literaria, especialmente en la poesía, con lo cual ésta no gana nada, sino que más bien pierde categoría poética. Es interesante observar cómo Alberdi, uno de los miembros más extremistas de esta generación (en materia de lenguaje), cambió después de los sesenta años, y se retractó de muchas de las apasionadas afirmaciones que había hecho en su juventud sobre el idioma, movido solamente por su fobia contra lo español. "Mi preocupación de ese tiempo contra todo lo que era español me enemistaba con la lengua misma castellana, sobre todo con la más pura y clásica que me era insoportable por difusa. Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de la belleza" (Paladini, Echeverría y la lengua" p. 154). Incluso frecuentemente mostró su esperanza de que el castellano en América no cambiaría, sino que se mantendría fiel a sus modelos originales. Afirmó también que la lengua no se había alterado, y que en aquel momento era fundamentalmente la misma, la castellana. Otras veces se lamenta de los años que había perdido para el estudio de la lengua, y de que ya fuera tarde para enmendar su posición⁵⁹.

59 "Pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua en que, no obstante, escribo", en A. Capdevila, Babel y el castellano, p. 20-21.

Las censuras dirigidas contra las innovaciones lingüísticas se presentaron a veces en forma de sátira burlona, que se reía de las nuevas modas o de las palabras evidentemente tomadas del francés. Un ejemplo de ello lo proporciona el poeta Francisco Acuña de Figueroa, tradicionalista neoclásico, que desde el Uruguay dirigía sus letrillas y chistes contra la lengua revolucionaria de los románticos, especialmente la de los desterrados argentinos que allí vivían. Satiriza sobre todo los galicismos, no sólo léxicos, sino también sintácticos, que en cantidad abrumadora invadían la literatura, así como las frases de moda que muchas veces se usaban como signos de distinción. Frecuentemente cita en sus críticas las construcciones de tipo "no hay que una vida", las frases "comm'il fô" o los vocablos "emancipatriz", "apanaje" etc.⁶⁰

El intento de formar la Academia Argentina de la Lengua, en 1876, y la preparación del Diccionario de argentinismos, a raíz de la negativa de Gutiérrez a figurar como miembro de la Real Academia Española, se pueden considerar como un intento de conciliación entre las tendencias extremadas de los nacionalistas y el tradicionalismo de los puristas. Esta Academia Argentina duró solamente tres años, y su último presidente, Don Julián Carballido, trató de precisar "cuál es y cuál debe ser nuestra lengua". En 1889 trató de establecerse en Buenos Aires una Academia correspondiente de la Real Academia Española, con un criterio plenamente purista, que recomendaba acatar la autoridad de España como único medio para "salvar la lengua". Su presidente, Rafael Obligado, polemizó con

⁶⁰ Cfr. Emilio Carilla, "Nota sobre la lengua de los románticos. (Una sátira de Acuña de Figueroa)", en RFE, XLIII, 1960, pp. 211-217.

los principales innovadores de su tiempo. En Nuestra lengua, Arturo Costa Álvarez se ocupa pormenorizadamente de las polémicas que sostuvieron durante ese año los principales representantes de las dos tendencias lingüísticas.

El primer documento oficial destinado a salvaguardar la lengua de toda innovación fue una circular enviada por Vicente G. Quesada, ministro de gobierno en Buenos Aires, el 5 de marzo de 1877, recomendando que en las escuelas se siguiera cultivando el idioma de una manera tradicional, sin alterar la ortografía ni la gramática⁶¹. Este documento molestó muchísimo a Sarmiento, entonces Director General de escuelas, que ya había recomendado el fonetismo ortográfico acorde con la pronunciación americana, y le impulsó a defender, una vez más, su punto de vista, según el cual era conveniente dejar que la lengua se desarrollase con toda libertad, y que se diera pa-

61 "Persuadido de que es necesario atender cuidadosa y esmeradamente a la enseñanza de la lengua nacional, para impedir la anarquía que se ha introducido en la ortografía, y conservar puro y correcto nuestro idioma, como cumple a todo pueblo culto, recomiendo a V. de una manera especial preste la mayor atención a su enseñanza e impida que, por descuido del profesor o por indolencia de los discípulos, crean que es permitido a gentes bien educadas escribir incorrectamente su idioma e ignorar la gramática. Dará V. aviso de las medidas que haya tomado, del método que siga y de los textos que sirvan para la enseñanza, y pondrá en mi conocimiento, si es extranjero, el profesor encargado de enseñar la lengua nacional", en Ernesto Quesada, La evolución del idioma nacional, pp. 12-13.

so libre a toda clase de neologismo e innovación.

Costa Álvarez recuerda cómo, en 1883, fue Vicente G. Quesada el primero que se opuso a la idea de crear un idioma privativo de los argentinos, en un artículo, "El idioma nacional", que se publicó en América literaria de Lagomaggiore, Buenos Aires, 1883⁶².

Siendo Carballido Ministro de Instrucción, volvió a aconsejar el cuidadoso cultivo de la lengua según las normas tradicionales, y en 1891 dirigió una circular a los rectores de los Colegios Nacionales sobre el nuevo plan de enseñanza, en la cual recomendaba que intensificaran el estudio de la buena lengua⁶³.

Pero cuando el purismo rebrotó con toda su fuerza, fue a raíz de la publicación del libro de Abeille. Si sus desmesuradas afirmaciones hicieron que los que pensaban de una manera hasta cierto punto semejante a la suya reaccionaran en sentido contrario, ¿cual no sería la reacción de los que ya anteriormente mantenían la posición antagónica? Ernesto Quesada, en su ensayo sobre El criollismo (Buenos Aires, 1902), hizo una dura crítica del libro del francés con

62 Ernesto Quesada, en su obra La evolución del idioma nacional, p. 11, corrige esta cita de Costa Álvarez y afirma que el artículo de Vicente Quesada apareció como una parte de Las bibliotecas europeas y algunas de la América latina, Tomo I, Buenos Aires, 1877, pp. 491-503.

63 "Renunciemos a vanagloriarnos con nuestras incorrecciones; como lo repite expresamente el plan de estudios, no hay más idioma nacional que el castellano". Apud Avelino Herrero Mayor, Problemas del idioma, Buenos Aires, 1945, p. 87.

el fin de "dar la voz de alarma y provocar una reacción seria", para lo cual afirmaba entre otras cosas: "Conceptúo un error gravísimo propender a que se corrompa la lengua castellana que nos legaron nuestros padres, y que no sólo por razón de atavismo, sino de orgullo nacional, debemos tratar de conservar limpia para entregarla a nuestros hijos ampliada, si se quiere, pero pura de toda escoria". Y en efecto, la reacción purista se produjo. D. Granda, R. Obligado, Bunge, A. del Solar, y muchos otros escribieron apoyando a Quesada. Miguel Cané redactó una carta abierta sobre El criollismo, elogiosísima, que se publicó en La Nación, "provocando otra serie de valientes cartas en análogo sentido, entre las cuales se destacan las del inolvidable Alberto del Solar, de Rafael Obligado y de Carlos de Estrada, nuestro actual embajador en España. El pleito estaba ganado" (Quesada, La evolución del idioma nacional, p. 8).

Esta reacción purista determinó que incluso algunos de los que habían sido defensores de lo que llamaban "la tendencia criolla dialectal", cambiaran su trayectoria y se hicieran ardientes defensores "de la conservación y pureza de la nobilísima lengua castellana". Tal es el caso del periodista que firmaba bajo el seudónimo de Juan Cancio y, en general, de algunos de los escritores que intervenían en la prensa diaria⁶⁴. Ricardo Rojas, en su libro Eurindia, encuen-

64 "Poco después comenzó lenta e irresistible la reacción, y nuestro diarismo emprendió, tesonera y calladamente, una eficaz campaña de depuración del lenguaje: hoy, al finalizar el primer cuarto de siglo de la centuria presente, puede decirse que lo que entonces era "problema" ha dejado ahora de serlo, disipándose cualquier peligro de

tra motivos para explicar esta reacción de tipo académico, pero sin embargo critica su falta de espontaneidad y americanidad, su especie de "colonialismo anacrónico" que a fuer de predicar un purismo exagerado, convertía a la lengua en un ente acartonado, en un reflejo absurdo de la que se hablaba en el siglo XVI.

En general esta reacción purista llevó consigo un momento de optimismo en la opinión general sobre la posible fragmentación del español. Casi todos los escritores de tendencias académicas, afirmaron, frente al pesimismo de Cuervo, que no había el menor peligro de que el español evolucionara hacia la diferenciación. Tanto Ernesto Quesada, en El Problema del idioma nacional, como Miguel Cané, Groussac, Oyuela, E. García Velloso, etc., afirmaron rotundamente que el español viviría indefinidamente conservando su unidad⁶⁵. Unamuno, aunque muy lejos de ser purista, en un artículo que publicó en El Tiempo el 6 de junio de 1903, afirmaba lo mismo: "Por fuerte

tendencia deliberadamente corruptora del idioma y aunando, todos, sus esfuerzos en mantener incólume la pureza de la lengua, sin menoscabo de su derecho de crecimiento y de reforma y de incorporación de términos nuevos o de índole regional, ya que todo idioma es un organismo vivo, que crece, se desarrolla y se transforma. Pero, hoy, nuestro idioma nacional es la propia lengua castellana hablada por el mayor número de seres en el globo terrestre, con una tradición literaria que es orgullo y patrimonio de todos". Quesada, La evolución del idioma nacional, p. 9.

65 Cfr. Juan B. Selva, "La unidad del castellano", en BAAL, VII, 1939, nº 27, pp. 413-430.

que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos". Y se detenía en mostrar las semejanzas existentes entre el español de la Argentina y el de España.

Pero, en 1903, Monner y Sans⁶⁶ se quejaba de que, a pesar de la euforia purista, no se había conseguido nada, y de que no existía ningún organismo que rigiese los destinos de la lengua, por lo que ésta seguía "con los mismos vicios lingüísticos". Criticó la independencia de la Argentina frente a la autoridad académica, como causa de los barbarismos, así como la excesiva lectura de obras francesas, las malas traducciones de obras extranjeras, y otras calamidades. (pp. XXXVIII-XLVIII) A instigación de destacados hombres de letras argentinos, se creó, en 1910, la Academia correspondiente -de vida lánguida y poco efectiva- y, en 1931, la Academia Argentina de Letras, cuyo principal objetivo sería el de "dar unidad y expresión al estudio de la lengua". Su primer presidente respondía por completo a la corriente purista, y se mostró absolutamente intransigente con los argentinismos. Pero a partir de 1936, la Academia Argentina, abrazando un criterio menos estrecho, empieza a ser una autoridad respetada en todo el país⁶⁷.

66 R. Monner y Sans, Notas al castellano en la Argentina, Buenos Aires, 1903.

67 "El público ve en la Academia Argentina de Letras la mayor autoridad que existe en el país en asuntos relativos al idioma, al significado preciso de las palabras, a las buenas formas en materia l'

Hoy todavía existe en la Argentina un grupo de escritores de tendencias fuertemente puristas, que luchan contra los "argentinismos" y pretenden establecer en el país la pronunciación castellana. En 1940, la Dirección General de Correos y Telégrafos hizo una consulta para establecer cuáles deberían ser las normas lingüísticas en las transmisiones radiofónicas; fue "admitido" el seseo, pero se recomendó realizar la distinción entre ll y y⁶⁸. Ernesto Quesada mostraba su satisfacción por el hecho de que en cada diario de Buenos Aires se hubiera introducido un técnico en materia de lenguaje, y que este técnico fuera, de preferencia, español⁶⁹. No son pocos los que pretenden restablecer el uso del pronombre de segunda persona, vosotros, en toda América, y rechazan el voseo como una mancha del lenguaje⁷⁰; los que defienden la pronunciación de la ll como méto-

güística. Pero no solamente el público considera así la Academia. También el gobierno y especialmente los jueces, cuando se trata de dirimir cuestiones fundadas en la interpretación de vocablos". Gustavo Martínez Zuviría, "Algunos vicios de lenguaje" en BAAL, VI, 1938, nos. 23-24, pp. 383-389.

68 Apud R. Menéndez Pidal, "La unidad del idioma", en Castilla. La tradición. El idioma. Buenos Aires, 1945, p. 211.

69 E. Quesada, La evolución del idioma nacional, p. 54.

70 "Pero la verdadera mancha del lenguaje argentino es el voseo", A. Capdevila, Babel y el castellano, p. 96; "En la Argentina, desde hace mucho se realizan esfuerzos para lograrlo [la desaparición del voseo]; sus beneméritos intentos se han perdido en el vacío por la indisciplina de los jóvenes, por la de sus familias y por la

do para conservar la unidad del español⁷¹, o la supresión del se-
seo americano, enseñando a los niños desde la escuela a articular
el sonido z⁷², y los que siguen admitiendo la idea de un imperia-
lismo lingüístico, en el que España sería el centro y el rector de
los destinos del habla⁷³.

* * *

En ningún otro país de América se registraron las violentas po-

de la sociedad en general". A. Castro, La peculiaridad lingüística
rioplatense, Madrid, 1960, p. 40.

71 "Conspiran estos defectos [la pronunciación de ll como y] contra
la unidad que tanto conviene al habla.... y creo que sería fácil co-
rregirlo desde la escuela si se pusiera algún empeño en ello".

Juan B. Selva, Evolución del habla. Buenos Aires, 1944.

72 "A fe que desde la escuela primaria se podrían corregir estos
defectos [el seseo] acostumbrando al niño a dar a la c (de ce, ci),
como a la z, el sonido interdental sordo fricativo que más le co-
rresponde, y dejando para la s el sonido alveolar que damos a todas
las letras". Juan B. Selva, Evolución del habla, p. 40.

73 "Por el idioma español nos sentimos unidos con un vínculo inque-
brantable. Ese vínculo nos hermana, nos identifica, suprimiendo to-
da disparidad geográfica, toda divergencia ideológica, porque realiza
el milagro de suprimir fronteras, para estrecharnos en una y grande
familia, bajo el signo glorioso de España". José León Pagano, "El
idioma español en la Argentina". BAAL, 21 (1956), 67-73, p. 69.

"El idioma es cuestión de vida o muerte. Mantenerlo y transmitirlo,

lémicas sobre la lengua que hubo en Argentina, ni este problema levantó tantos apasionamientos. Así, en el Perú, país en el que la cuestión despertó cierta inquietud, no se llegó nunca al extremismo que hemos hallado en la Argentina. Hasta la época del romanticismo, los peruanos se mostraron tradicionalistas y conservadores, apegados a las costumbres de la ya pasada colonia. Un poeta, Manuel González Prada, fue el que primero se rebeló contra la autoridad de la Academia de la Lengua y, en general, contra toda clase de trabas que coartasen la libertad. Sostenía, como ya lo habían hecho los argentinos, que la lengua debería poseer toda la libertad que necesitase para expresar las ideas con la mayor claridad y la mayor precisión posibles, aunque ello supusiera la inclusión de palabras no admitidas por las autoridades o por la norma peninsular. Además afirmaba que los elementos populares deberían aceptarse, ya que, lejos de ser un perjuicio para la lengua, la enriquecían y la rejuvenecían. El año 1886 dio una conferencia en el Ateneo de Lima, y fue allí donde, por primera vez, expuso en público sus ideas acerca del idioma:

"Arrostrando el neologismo, el estranjerismo o el provincialismo, que rejuvenecen i enriquecen el idioma, rompiendo el molde convencional de la forma cuando lo exijan las ideas i no profesando más religión literaria que el respeto a la lógica, dejemos las encrucijadas de un sistema exclusivista i marchemos por el arduo i luminoso camino del Arte libre. No acatemos como oráculo el fallo de

prenda será y blasón de nuestra individualidad. Adulterarlo y descuidar su enseñanza sería estigma de pueblos decadentes y síntoma de moral disolución". J. Cantarell Dart, Defendamos nuestro hermoso idioma. Buenos Aires, 1944, p. 44.

autoridades, sean quienes fueren, ni temamos atacar errores divinizados por muchedumbres inconscientes: lo único infalible, la ciencia; lo único inviolable, la verdad"⁷⁴.

En la época de González Prada subsistía en el Perú toda una serie de vicios y calamidades que eran supervivencia de la época colonial. Él se rebeló contra ellas, denunció a los malos gobernantes y peleó valientemente contra todo lo reaccionario e injusto. Alzó la voz en pro del indio sojuzgado, y con ello inició una tendencia literaria que llega hasta nuestros días. Fue un rebelde, tanto en política como en literatura: "huyó de la sintaxis enredada y del período anguloso, que pasaban por estilo en los círculos académicos, especialmente en España, y buscó la concisión y claridad"⁷⁵. Su inquietud contra el lenguaje anquilosado se refleja a veces en su poesía, más interesante -cuando trata estos temas- por su contenido que por su inspiración poética. En una de sus Baladas peruanas declara sin reticencias su entusiasmo por la libertad lingüística:

"Son inviolables doncellas los léxicos?
Son las palabras sagrados cadáveres,
momas de reyes en pétreos sarcófagos?

Son las palabras libélulas vivas;
yo, las atrapo, si rasan mis sienas;
yo, palpitantes, las clavo en mis versos.

Vengas de Londres, de Roma o París,

⁷⁴ Manuel Suárez Miraval, "Las letras peruanas en el siglo XX" en Panorama das Literaturas das Américas, Angola, 1963, pp. 1556.

⁷⁵ Pedro Henríquez Ureña, Las corrientes literarias en la América Hispánica. FCE. México, 1954, p. 158.

sé bienvenida, oh exótica voz,
si amplio reguero derramas de luz.

Guerra al vetusto lenguaje del clásico!
Fuera el morboso purismo académico!
Libre y osado remonte el espíritu.

Vista ropaje del siglo la idea:
deje el raído jubón de Cervantes,
rasgue la vieja sotana de Lope.

Los poetas que siguieron a González Prada, los Colónidas, estuvieron fuertemente influidos por sus ideas, aunque no poseyeron la fuerza y el empuje que aquél tuvo. Suárez Miraval, en "Las letras peruanas en el siglo XX", (p. 1764 y siguientes), dice que fueron una "insurrección -porque ni a revolución llegaron- contra todo lo que representara academicismo o tendencias conservadoras. Predicaron una literatura apegada a la naturaleza, sin retorcimientos de ninguna clase, basada en la sencillez y la sinceridad, y defendieron el indigenismo. Pero sus ideas fueron siempre informes y desorganizadas.

Ricardo Palma, casi contemporáneo de González Prada, mantuvo, como él, una actitud que se oponía al rigorismo excesivo, en aquel entonces, de la Academia de la Lengua Española. La actitud intransigente de la Academia, que se resistía a incluir en el Diccionario toda una serie de palabras americanas muy usuales, y que pretendía gobernar la lengua con el criterio más estrecho, provocó la reacción natural de muchos americanos, Palma acusaba a la Academia de tratar de romper, con su intransigencia, el lazo más fuerte que unía a América con España: el idioma. Esto le llevó a publicar su obra Neologismos y americanismos, donde incluyó una serie de voces que, por

el simple hecho de responder a realidades americanas desconocidas en la Península, no habían sido admitidas en el Diccionario académico⁷⁶. A Palma le molestaba el hecho de que la Academia admitiese todos los regionalismos o provincialismos de la Península, y que, ni siquiera en calidad de tales, aceptase los americanismos: "La Academia admite provincialismos de Badajoz, Albacete, Zamora, Teruel, etc. etc., voces usadas sólo por 300 000 ó 400 000 peninsulares, y es intransigente con neologismos y americanismos aceptados por más de cincuenta millones de seres, que, en el mundo nuevo nos espresamos en castellano" (Neologismos y americanismos, p. 6)

76 "Hablemos y escribamos en americano; es decir, en lenguaje para el que creemos las voces que estimemos apropiadas á nuestra manera de ser social, á nuestras instituciones democráticas, a nuestra naturaleza física. Llamemos, sin temor de hablar ó de escribir mal, pampero al huracán de las pampas, y conjugemos sin escrúpulo empaparse, asorocharse.... Debe tenernos sin cuidado el que la docta corporación nos declare monederos falsos en materia de voces, seguros de que esa moneda circulará como de buena ley en nuestro mercado americano. Nuestro vocabulario no será para la exportación, pero sí para el consumo de cincuenta millones de seres en la América latina. Creemos los vocablos que necesitemos crear, sin pedir a nadie permiso y sin escrúpulos de impropiedad en el término. Como tenemos pabellón propio y moneda propia, seamos también propietarios de nuestro criollo lenguaje". Ricardo Palma, Neologismos y americanismos. Lima, 1896, pp. 12-13.

Cuando Palma publicó esta obra, se sentía como un miembro de la vieja generación, que había aceptado los cánones lingüísticos sin protestar, ["Los americanos de la generación que se va, vivíamos (principalmente los de las repúblicas de Colombia, Centro-América y el Perú) enamorados de la lengua castellana. Éramos más papistas que el papa", p. 5], pero pensaba que las nuevas generaciones reaccionarían contra esa actitud, y serían ellos quienes lograsen la independencia del idioma: "Los viejos....hemos desempeñado el papel de Quijotes apasionados de esa Dulcinea que se llama el habla castellana, nos vamos á prisa dejando el campo libre de mantenedores. La generación que nos reemplazará se cuida poco o nada de hojear el Diccionario para averiguar si tal o cual palabra es genuinamente española. El del léxico de la calle de Valverde es cartabón demasiado estrecho, y la nueva generación ama la independencia acaso más de lo que la hemos amado los hombres de la generación que se va...Los jóvenes creen que á nuevos ideales corresponde también novedad en la expresión y en la forma; y hé ahí por qué encuentra fósil la autoridad de la Academia, siempre aferrada a un tradicionalismo conservador, á un pasado que ya agoniza"(p. 13).

Pero, en realidad, Palma no tenía la mayor voluntad de crear una escisión lingüística, sino todo lo contrario. No deseaba subordinarse a los dictados de una institución a la que no admiraba, pero deseaba que el lazo del idioma permaneciese incólume. Hubiera querido que, de existir la Academia, no tuviera la actitud adversa hacia América que mostraba. Pero, ya que esta actitud parecía algo irremediable, prefería la libertad, aunque fuera más peligrosa. Y de las graves consecuencias que esa libertad podría aca-

rrrear, la única culpable sería la Academia. Aplaudió la actitud de Juan María Gutiérrez cuando se negó a aceptar su nombramiento de académico⁷⁷, puesto que ese rechazo se oponía a la actitud sumisa en materia de lenguaje que había mostrado la colonia frente a España. Palma estaba dispuesto a aceptar la autoridad académica, siempre que la Academia tratara de unificarse también con América, siempre que "por lo menos nos considere como a los habitantes de Badajoz o de Teruel, cuyos neologismos hallaron cabida en el léxico". Pero Ricardo Palma insistió siempre en la importancia que tenía conservar el nexo lingüístico, ya que era el único que podía salvarse aún: "Ya que otros vínculos no nos unen, robustezcamos los del lenguaje" (p. 8). "El lazo más fuerte, el único quizá que, hoy por hoy, nos une con España es el idioma. Y sin embargo, es España la que se empeña en romperlo, hasta hiriendo susceptibilidades de nacionalismo" (p. 5-6).

Aunque en México no existió ninguna forma de nacionalismo lingüístico, sino más bien un gran amor a la lengua castellana, la actitud de Amado Nervo en muchos de sus ensayos es semejante, en algunos aspectos, a la de Ricardo Palma. Lo mismo que a éste, le mo-

77 "Acaso tuvo razón el ilustre argentino don Juan María Gutiérrez, escritor tan culto y castizo como sus contemporáneos Bello y Pardo, cuando nombrado, casi a la vez que éstos, académico correspondiente, renunció a tal honra porque, en su concepto, mal se avenía la independencia política con la subordinación a España en materia de lenguaje". Neologismos y americanismos, p. 6.

le estaba al poeta la intransigencia académica para aceptar términos locales americanos, mientras que con la mayor facilidad admitía regionalismos españoles⁷⁸. A pesar de no haberse dedicado Nervo al estudio sistemático de los problemas lingüísticos, tuvo una visión muy clara para juzgarlos, y un criterio mucho más amplio que el de algunos filólogos españoles contemporáneos suyos. Así, se indignaba a veces ante la estrechez nacionalista de ciertos españoles, pues consideraba -lo mismo que Ricardo Palma- que ello representaba un peligro para la conservación de la unidad de la lengua. La evolución natural de un idioma era algo que Nervo aceptaba absolutamente, y creía que una lengua hablada en distintos territorios tiene que evolucionar de manera diferente en cada uno de ellos. Pues bien: de igual modo que él admitía, como un hecho normal, la evolución del español de España, exigía que los españoles admitiesen también la evolución del español americano. Los comentarios de Julio Ceja-dor sobre las acepciones de 'chocar' provocaron la respuesta de Ner-

78 "Don Ricardo Palma defendió aquí, en Madrid, en una inolvidable asamblea, el incontestable derecho que tiene el Perú, o Colombia, o México, o cualquier nación de América española, a usar sus especiales regionalismos; tanto derecho, cuando menos, como el que tienen y jamás se les ha negado a las provincias españolas para usar los suyos. Pero ni por esas: aquí, donde el Parlamento ha concedido a Cataluña que use el catalán en comunicaciones oficiales, hay gentes cuya intransigencia no concede a ningún americano el uso de una palabra indígena". Amado Nervo, La lengua y la literatura, en Obras completas, II, Madrid, 1962, pp. 91-92.

vo: "¿Será preciso repetir al notable P. Cejador este clisé de que el idioma es tan nuestro como de los castellanos? ¿Será preciso insistir en que en Buenos Aires, en México, en Lima, en Guatemala, La Habana o Bogotá la lengua tiene el propio derecho que en España para evolucionar o no?" (en "El casticismo melindroso", Obras completas II, p. 307-311).

Cuando los académicos españoles se ocuparon de los problemas de la lengua en América, y recomendaron tratarla con especial cuidado para evitar su fragmentación, Nervo se mostró de acuerdo con ellos, pero insistió en considerar que el mismo cuidado debería tenerse con el castellano de España, que estaba amenazado por los mismos peligros que el americano.

Un interesante artículo de Amado Nervo, "La uniformidad del idioma", es un comentario extenso al proyecto presentado en París para crear un diccionario del castellano que evitase su posible fragmentación. Este diccionario proponía como solución la uniformidad del castellano, y para ello había que suprimir todos los vocablos regionales, tanto del español de España como del americano. Nervo no podía estar de acuerdo con esta solución, puesto que privar de sus particularidades a una lengua era privarle de una importante parte de su personalidad. La confusión entre ese y zeta de la pronunciación americana, que tanto criticaban algunos filólogos españoles, la defendía Nervo y se negaba a escuchar las voces que se levantaban para proclamar a España como centro del buen pensar y del buen decir ("No conciben que nosotros podamos hacer evolucionar la lengua, no nos conceden siquiera que pongamos en ella ese ligero e indispensable matiz regionalista, no soportan que usemos tal o

cual modesto y discreto modismo especial". (Obras completas, II, p. 91). Advertía que, con ello, los españoles rebajaban de categoría a los americanos, pues les negaban el derecho de poseer también la lengua; se la concedían únicamente en calidad de préstamo, y como tal no podían permitir la más mínima alteración⁷⁹.

Como una de las causas que podía afectar a la unidad de la lengua, se había mencionado con frecuencia la vulgarización y la introducción de voces familiares y aun vulgares. Argentina, con el lunfardo, el cocoliche y las jergas "gringocriollas", había sido el centro de atención de los lingüistas a este respecto⁸⁰. Pero Nervo

79 "Nosotros somos, y esto se lee en todas las miradas de muchos filólogos de España, simples depositarios del idioma. No podemos hacer de él más que el uso natural y moderado de que los propietarios de viviendas hablan en sus contratos de arrendamiento. Nos han entregado ese idioma por inventario, y habremos de devolverlo algún día con sus herramientas completas: sus verbos, sus nombres, sus preposiciones. No tenemos derecho a más..." en Obras completas, p. 91.

80 "[Nuestro periodismo] se transformó, de purista que era en los albores de la revolución, en el chabacano -y un sí es no descamisado- de Orión y su Porteño, buscando deliberadamente usar el habla vulgar de compadritos y orilleros, mezclada con la media lengua de los inmigrantes de toda procedencia, para hacerse así más popular", Quesada, La evolución del idioma nacional, p. 6. Véase a este respecto lo que dicen A. Rosenblat, "Las generaciones argentinas", p. 582; R. Monner y Sans, Notas al castellano en la Argentina, p. XLII; A. Castro, La peculiaridad, p. 86; A. Alonso, El problema de la len-

señala un elemento, que es un gran medio de difusión de vulgarismos, y que no procede de ningún país americano, sino de la misma España. Junto a la beneficiosa influencia del teatro como nivelador de la lengua -sobre todo en el caso de las giras internacionales- está la terrible del género chico, género fácil, gustado por las multitudes, de éxito seguro, cuyo vulgar y descuidado lenguaje es reído, aplaudido e imitado. Lo que ese teatro hace, en realidad; es deformar y desfigurar la lengua, pervertirla en unos aspectos, y achabancarla en muchos otros. Y todas estas fáciles deformaciones cunden entre la gente y se extienden al habla general, convirtiéndose en un verdadero cáncer del lenguaje ("El teatro y el idioma en España y América", pp. 108-111).

El futuro del español presentaba horizontes muy sombríos para Nervo. No dudaba de que, tarde o temprano, se llegaría a una escisión completa entre las hablas de los países americanos; cuando menciona a "nuestra pobre lengua herida de muerte", piensa que la evidente evolución de la lengua americana es lo que conducirá a la diversificación. Frecuentemente menciona a Cuervo en sus escritos, y se apoya en él para reforzar sus afirmaciones sobre el futuro del español. Nervo siempre fue un gran admirador de la lengua castellana ("nuestra lengua, tan bella, tan expresiva, tan augusta"), y tanto los vaticinios pesimistas sobre ella como la falta de cuidado con que se la trataba en algunos países, le producía un hondo dis-

gua en América (Espasa-Calpe, Madrid, 1935), p. 89; A. Capdevila, Despeñaderos del habla, pp. 27 y ss., etc. etc.

gusto⁸¹. Esto era una de las causas principales para que Nervo rechazase la existencia de la Academia de la Lengua. Si como institución no quería o no podía hacer nada para impedir la escisión del castellano, había fracasado en su primordial cometido, y por lo tanto su supervivencia no tenía explicación. Así Nervo se mostró totalmente de acuerdo con los franceses cuando dijeron de sus academias: "en materia de lenguaje y de gusto, es nula la influencia académica". Para él, eran instituciones que no podían progresar ni evolucionar al unísono con el mundo, y por lo tanto carecían de efectividad. En lo referente a la intransigencia española para admitir las particularidades del habla americana, que tan nociva podría ser para la futura unidad del español, la Academia de la Lengua no adoptaba una actitud conciliadora, sino todo lo contrario: se ponía del lado de los más acérrimos defensores del español peninsular como único modelo al que todos los restantes países se deberían someter. Naturalmente que ésta era sólo la actitud general, pues es bien cierto que había también españoles de criterio más amplio⁸², cuya opinión co-

81 "Hay países en América donde la han puesto de tal suerte, a fuerza de desfiguros, que no la conoce nadie, y cualquier día va a acontecernos, que, al revés de Paganelli, hablamos el mexicano, o el argentino, o el chileno, creyendo hablar el castellano". "La lengua y la literatura", Obras completas II, p. 92-93.

82 Cristóbal de Castro: "El lenguaje, con el espíritu, necesita comercio y renovación. Incorporando al casticismo hispano las voces juveniles de pueblos jóvenes, se ensanchará el idioma, como el mar con la ofrenda de los ríos, y quedará inmutable en sus esencias,

nocía y elogiaba el propio Nervo. Precisamente era en esa actitud generosa de los filólogos, fuesen o no académicos, en la que Cuervo confiaba como un medio adecuado para combatir los graves peligros que amenazaban a la integridad del castellano: "Se trata de una contribución unánime de la raza, que ahora no existe; se trata de que presida a la fijación del léxico un criterio más liberal y más amplio que el de ahora; se trata de utilizar la autoridad de los grandes filólogos americanos, que no están todos en la academias correspondientes" (en Obras completas II, p. 273).

Esta actitud rebelde que adoptó Amado Nervo frente a una autoridad académica que ya había dejado de ser válida para los países independientes, no fue la común entre los hombres de letras mexicanos. Hay en general, entre ellos, un gran amor por el castellano, por conservarlo en toda su pureza, y un sentimiento de gratitud hacia el país del cual procedía, que les lleva a ceptar -o tal vez ignorar- sin más discusión, las arbitrariedades académicas con respecto a América. Los mexicanismos que Fernández de Lizardi incluyó en el Periquillo sarniento para mostrar un aspecto del habla popular no suponen el menor intento de crear una lengua diferente, sino que responden a las tendencias costumbristas, acordes con la moda general de la época. Pero la respetuosa preocupación que Lizardi tenía por la lengua se evidencia en el cuidado con que escoge esos mexicanismos, en la discreción con que los utiliza, y en la precau-

como el padre océano, patriarca que, acogiendo de tantos manatiales aguas tan variadas y diferentes, las santifica en su unidad potente, infundiéndolas el respiro de su alma". Nervo, Obras completas II, p. 272.

ción de incluir un breve vocabulario, en el que explica el significado de las voces indígenas que aparecen en la obra.

En el último cuarto del siglo XIX se funda en México la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la española, y desde entonces muchos de los hombres de letras más brillantes pertenecen a ella. Esto explica, en parte al menos, la ausencia de tendencias separatistas y el interés mostrado por conservar la unidad lingüística con el español peninsular. Cuando Juan de Dios Peza dijo: "Entre tus dones heredé la lengua -y nunca la usaré para insultarte", se hacía eco de un sentimiento bastante general.

Este ideal de unidad mostrado por los escritores mexicanos no significa un afán de purismo casticista ni de adhesión servil al castellano peninsular; advertían que la evolución de la lengua, con sus tendencias particulares, es un hecho normal e inevitable, como lo son también las particularidades que caracterizan a cada región o a cada país⁸³. Ellos se dieron cuenta de la gran importancia que

83 "La buena prosa se viste de andaluza como en El sombrero de tres picos; se viste de monja; calza el coturno griego, corretea como retonzona parisiense; declama a veces; hace números otras....Lo interesante es transmitir a otros la sensación nuestra". Manuel Gutiérrez Nájera, "Estética de la prosa" en El ensayo mexicano moderno, México, 1958, pp. 85-89.- "El idioma castellano es la forma única que nos ha dado y nos dará personalidad literaria en el universo de las ideas. De esta suerte es como, en virtud del uso perenne del vocablo, del giro, del modismo, de la formación analógica, de la trabazón sintáctica, de la muletilla y del proloquio, nos acercamos, en

tiene para todos los hispanohablantes la conservación de una lengua común, y precisamente por ello comenzaron a alarmarse ante la excesiva anarquía con que se iba modificando el español, y trataron de prevenir circunstancias que podrían acarrear la fragmentación. Darío Rubio procuró mostrar las diferencias ya iniciadas en las hablas de los países americanos, y, en el prólogo de La anarquía del lenguaje en la América española (México, 1925), decía: "Frente a esta anarquía, impulsado por mi cariño inmenso, infinito, al castellano, concebí la idea de formar este libro, vocabulario a través del cual puede ser fácil formarse una idea del estado que guarda el castellano de los países hispanoamericanos" (p. XI).

El temor de que pueda suceder al español lo que aconteció al latín ha seguido latente hasta nuestros días, y ese temor es el

cognaciones incesantes, al espíritu de nuestros progenitores, al mismo tiempo que a nuestros hermanos de América". Luis G. Urbina, "Origen y carácter de la literatura mexicana" en El ensayo mexicano moderno, p. 102.- "Muestra también cómo desde aquellos lejanos días, la Lengua Castellana, para convertirse en el idioma peculiarísimo de nuestra patria, incrustó en su propio ser los vocablos necesarios del hablar vernáculo, de igual modo que el orfebre, para acrecentar el valor del oro, enriquece las joyas hechas de ese metal engarzándolas inestimable y preciosa pedrería. La Lengua Castellana de México, vino de este modo a ser el verdadero distintivo de nuestra nacionalidad". Alberto María Carreño, "La lengua castellana en México" en Memorias de la Academia Mexicana, Tomo X, México, 1954.

que ha impulsado frecuentemente a muchos hombres de letras mexicanos a mostrar lo fundamental que resulta el conservar la pureza de la lengua. Pero esto presenta un nuevo problema: ¿cómo concertar la unidad lingüística con el desarrollo y la evolución -normal y diferenciadoramente- en cada país? Sólo una autoridad en la materia -la Academia- podría resolver la cuestión⁸⁴. Sin embargo, el cuidado de la lengua es labor de todos, por un lado como obra patriótica, por otro como obra artística⁸⁵. Los congresos que han celebrado las Academias de la Lengua americanas junto con la española, han tenido como tema fundamental el de la unidad lingüística. No siempre los académicos han estado de acuerdo, pero en general se muestran optimistas sobre sus posibles éxitos. En el Primer Congreso de Academias celebrado en México en 1951, revelaba tal optimismo José Vasconcelos, al pronunciar el discurso de clausura: "La noble idea concebida por el señor Presidente de México, al convocar este Congreso, ha resultado fecunda. El peligro de escisiones que hubiesen deshonrado nuestra acción, quedó vencido fácilmente gracias al arraigado sentimiento hispánico de esta asamblea. Así era de esperarse....Aquí fuimos llamados para fortificar el baluarte de la lengua, para añadir torres y cúpulas a la catedral de su grandeza, no para dispersarla en capillas de reducido nacionalismo. Después de la prueba nos hallamos contentos. El hombre español, a través de su historia, ha demostrado que no es un cismático. Se opone a ello

84 Cfr. Enrique Martínez Sobral, "Contestación al anterior discurso", en Memorias de la Academia, pp. 189-190.

85 Cfr. A. M. Carreño, en Memorias, p. 82.

su lealtad como de roca. Hombre español es todo el que piensa en castellano. El hombre español ama la unidad que nace de la confianza y se asienta en la majestad" (en Memoria del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, México, 1952, p. 429)⁸⁶.

Un ligero movimiento a favor del criollismo lingüístico se registró en la República Dominicana. La lengua española siempre ha vivido rodeada de lenguas "rivales" en la isla. Desde los primeros tiempos de la conquista, las lenguas de los negros de África; al perderse la unidad de la isla, el francés. Esto hizo, por un lado, que el castellano se convirtiera en un símbolo de libertad e independencia, sobre todo en la época de la dominación francesa. Cuando ésta terminó en una parte de la isla, los nativos pidieron que de nuevo se usase "su propio idioma", el español, en la redacción de todos los actos oficiales. Y en 1844, en la Manifestación de los pueblos de la parte del Este de la Isla sobre las causas de su separación de Haití, se presentó una acusación contra los dominadores, como responsables de haber "puesto el sello de la ignominia, privándonos contra el derecho natural de lo único que nos quedaba de espa-

⁸⁶ Por carecer de todo rigor científico no podemos tomar en cuenta el Movimiento Confederado Restaurador de Anauak, grupo de personas que se reúnen periódicamente y organizan actos públicos, con el fin de restaurar las lenguas indígenas mexicanas en los lugares en que todavía se hablan, o se hablaron, sustituyendo el castellano por ellas. (Cfr. Novedades, 15 de agosto de 1966).

ñoses.... del idioma nativo"⁸⁷. Para evitar el inminente peligro haitiano, Pedro Santana convirtió durante unos años el país en una provincia española, y esto fue lo que hizo surgir el nacionalismo lingüístico. Después de la Restauración, los dominicanos se unieron al sentimiento de independencia general en toda América, y, de acuerdo con él, mostraron el deseo de poseer una lengua propia y libre, de igual manera que poseían un país libre y propio. Querían que el español de Santo Domingo fuese diferente del castellano. Así nació el criollismo como un elemento diferenciador. Los dominicanos tratan entonces de escribir una literatura independiente, con caracteres propios, autóctonos, donde se exalte sin cesar el habla criolla. Distinguen entre españoles (cacharros) y dominicanos (manigueros); el habla de los manigueros aparece siempre reflejada en las novelas y el teatro de la época. Hay un sentimiento opuesto a todo lo español; así podía escucharse en una obra teatral:

"España otra ve no güeiva
a pisai nuestro derecho...."

Este movimiento de independencia lingüística tuvo una breve existencia, y poco después, con la fundación de la Academia Dominicana de la Lengua, volvieron los dominicanos al cuidadoso cultivo del español, que les permitía compartir el idioma con tantos millo-

87 Apud Emilio Rodríguez Demorizi, Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo, Ciudad Trujillo, República Dominicana, 1944.

nes de seres⁸⁸.

Resulta verdaderamente interesante la posición adoptada, en el Ecuador, por Juan Montalvo ante el problema de la lengua. Este país se había mantenido muy aislado siempre, aunque los conquistadores y primeros colonizadores españoles, antes de llegar a él, habían permanecido durante años en otras regiones de América, de modo que, al llegar al Ecuador, llevaban ya una lengua castellana influida en su léxico por algunas lenguas indígenas, especialmente antillanas y mexicanas. Por su situación geográfica, el Ecuador apenas recibió inmigrantes. Volvió a tomar contacto directo con los demás países de América a raíz de la Independencia; a causa de ella se radicaron en el Ecuador muchos venezolanos y hombres de otras nacionalidades, que habían sido llevados allá por las luchas de la época; el primer presidente del país fue venezolano. Esto explica, en parte, el hecho de que no se registrara un fuerte nacionalismo en ningún aspecto. En este medio peculiar surge la gran personalidad de Montalvo. Perteneció a la primera generación revolucionaria, y luchó contra los opresores de su país con un afán infinito de libertad. Al igual que todos los americanos contemporáneos suyos, profesaba como ideal político el liberalismo romántico. Este ideal de libertad lo trasplantó al terreno de la lengua. Pero a diferencia de Sarmiento -con el cual presenta ciertos puntos de contacto- y de otros grandes románticos americanos, no hay

88 "Somos españoles y lo seremos siempre por la sangre, por el espíritu, por la religión y por la lengua"...."los que hablan la misma lengua son dos veces hermanos". Emilio Rodríguez Demorizi, Vicisitudes de la lengua, p. 22.

en Montalvo ningún rechazo por el castellano, ni ningún deseo de poseer una "lengua nacional". Por el contrario, hay en él un enorme amor hacia la lengua española y una gran admiración por España misma, que frecuentemente aparece en sus escritos⁸⁹. Pero este amor no es sumisión. Montalvo no toma como modelo a los escritores españoles de su tiempo, sino que utiliza una prosa plena de libertad, marcada por su fuerte personalidad, que la distingue de todas sus contemporáneas. Rechaza toda traba académica y rechaza también la servil aceptación del Diccionario. Admite en cambio las innovaciones, que cree necesarias para conseguir el remozamiento del idioma, así como los galicismos, que frecuentemente justificó, y que usó de una manera consciente y deliberada. Su liberalismo y su progresismo le llevan también a ser liberal en todo lo que se relaciona con la prosa. Pero -eso sí- exige, dentro de esta libertad, el cultivo de la belleza literaria, y se indigna con los malos escritores y, sobre todo, con los malos traductores de su tiempo. Admitir galicismos no era para él lo mismo que traducir de mala manera el francés. Condenó con frecuencia lo que consideraba una vergüenza para América y para España. "El castellano de hoy no es sino el francés corrompi-

89"La lengua de Castilla, ésa en que Carlos Quinto daba sus órdenes al mundo; la lengua de Castilla, ésa de que traducían Corneille y Molière; la lengua de Castilla, ésa en que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra.... La lengua en que debemos hablar con Dios ¿a cual será inferior?" en A. Rosenblat, "Montalvo y los <<Capítulos que se le olvidaron a Cervantes>>", en La primera visión de América y otros estudios, Caracas, 1965, pp. 267-269.

do", dijo en una ocasión, refiriéndose a la prosa defectuosa que no era raro encontrar entonces.

No es extraño hallar en el Ecuador las denominaciones de "idioma patrio" e, inclusive, de "idioma nativo", sobre todo en formularios oficiales y, a veces, en los textos de las escuelas. Pero el hecho de que sea más frecuente el uso del término "castellano" muestra que no hay en esas definiciones ningún prurito de nacionalismo lingüístico.

La presencia de Andrés Bello en Chile, en un momento que era decisivo para las tendencias lingüísticas, encauzó el idioma, de una manera definitiva, hacia un purismo tolerante, que se ha conservado en el país hasta nuestros días. Las deformaciones que habían aparecido en el habla de la Argentina, no alcanzaron al español de Chile, gracias a la influencia de Bello. Según Bertil Malmberg, ésta fue la obra capital del venezolano⁹⁰.

90 "C'est la grand oeuvre de Bello d'avoir réussi á diriger l'évolution spirituelle en général et l'évolution linguistique en particulier dans un sens "espagnol" et d'avoir adouci la force des tendances "autonomes" en matière de langue et de civilisation, caractéristiques des pays sudaméricains a partir de l'époque de la libération politique. La conséquence de cette évolution, dont l'honneur revient en premier lieu à Andres Bello, est un espagnol relativement plus chatié dans les classes supérieures au Chili que dans les milieux correspondants en Argentine". B. Malmberg, "L'Espagnol dans le nouveau monde", en Studia linguistica I, 1947; II, 1948, p. 51.

Tampoco en Venezuela apareció ningún indicio de separatismo, sino, por lo contrario, una gran preocupación por cultivar un castellano apegado a la tradición hispánica. Prueba de ello son los brillantes gramáticos que a partir del primer cuarto del siglo XIX, escribieron y publicaron allí sus obras. En 1841, seis años antes de que Bello publicara su Gramática, un joven filólogo venezolano, Juan Vicente González, sacó a la luz en Caracas su Compendio de gramática castellana según Salvá y otros autores, y arreglado al método de la Academia, que se leyó y estudió muchísimo, tanto que sólo en el siglo XIX hubo once ediciones. Cuando apareció la Gramática de Bello, González corrigió la suya con arreglo a ella, y muchas de sus últimas ediciones aparecieron enmendadas en esa forma.

La creación de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española, favoreció el desarrollo de las tendencias lingüísticas tradicionales. A ello hay que añadir la influencia de Baralt, quien se apegó siempre -como académico- a las exigencias de la Academia Española⁹¹.

Aun hoy en Venezuela es frecuente escuchar voces que se enorgullecen de no haber formado parte del movimiento dirigido contra España, que -tanto en el lenguaje como en otros aspectos- se había

91 "La sensata tradición que nada legítimo excluye, la tradición liberal y generosa que únicamente rechaza lo que perturba y desconcierta, la tradición que liga con cadenas de oro y flores lo pasado a lo presente y lo presente al porvenir; en suma, la tradición civilizadora y expansiva: la sola que la Academia Española está encargada de conservar". Apud Quesada, La evolución de la lengua, p. 9.

manifestado en algunos países americanos a raíz de la Independencia⁹².

Las mismas tendencias tradicionales prevalecieron en Cuba. Es interesante observar que hasta las figuras de la Independencia mostrasen su apego al español castizo y trataran de seguirlo cultivando sin separarse en nada de los moldes hispanos⁹³. El hecho de haber sido una "España insular" favoreció estas tendencias y determinó que en la Isla siempre se considerara con orgullo el parentesco y semejanza existente con una provincia española: Las Canarias.

La influencia de los grandes filólogos de Colombia hizo que fueran definitivamente tradicionales las tendencias lingüísticas del país. Claro es que nunca se pretendió imponer la imitación servil del español peninsular, sino que se procuró mantener una relación armoniosa, que permitiera cierta holgura en la evolución de la lengua, aunque sin separarse nunca de los moldes comunes. En Colombia se fraguó, en gran medida, la idea de crear academias americanas correspondientes de la española. José María Vergara y Vergara, primer historiador de la literatura colombiana, fue uno de los eruditos que más impulso dio a esta idea, hasta llegar a verla realiza-

92 "A los inicios de la vida independiente de nuestras repúblicas empezaba ya a correr muy válido el estribillo de la inquina contra España....Por lo que hace al idioma, se pretendió al punto desligarse, renegar de él (afortunadamente no en Venezuela)". J. M. Núñez Ponte, "Andrés Bello, gran maestro del idioma" [Caracas 1953] en Homenaje a Bello, Caro y Cuervo, Madrid, 1956, p. 222.

93 Cfr. Gabriela Mistral, "La lengua de Martí" en Revista de Occiden-

da : él fue el fundador de la Academia Colombiana.

El peligro de una fragmentación del español era un temor general en Colombia. No sólo Cuervo advirtió el peligro, sino también otros muchos filólogos. Ezequiel Uricoechea, naturalista y lingüista, y gran amigo de Cuervo, estaba también muy interesado en la creación de Academias americanas que guardasen estrecha relación con la española. Él intervino en el nombramiento de Juan María Gutiérrez como académico, y aun le escribió una carta, antes de conocer su rechazo, en la que le explicaba la necesidad de que se fundasen esas academias americanas⁹⁴.

La preocupación por la pureza del lenguaje, como medio, sobre todo, de evitar escisiones, llega hasta nuestros días, aunque los vaticinios lingüísticos de Cuervo hayan dejado de considerarse inminentes. Baldomero Sanín Cano⁹⁵ decía que la tendencia a la fragmentación es constante en América y que, pese a todos los esfuerzos, resulta irremediable. Pero tal cosa no supone amenaza inmediata para la unidad de la lengua. En su opinión, ésta depende sólo de

te, año IV, 2ª época, nº 38.

94 "Las sucursales, pues, de América, no creo ni pienso que deban estar uncidas al carro antediluviano, no señor; libertad e independencia sobre todo es mi lema. Estas deben trabajar por su cuenta y tanto como les agrade sin aguardar ni recibir órdenes, pero deben estar, sí, en amistosa correspondencia, unas entre otras y con la Española; sólo así se conservará la unidad y pureza del lenguaje". Cfr. Guitarte, "Cartas de Caro, Gutiérrez y Uricoechea", p. 303

95 Divagaciones filológicas y análogos literarios. Manizales, 1934.

la consciencia de los hablantes con respecto a la transcendencia de su futuro común, y de su interés por solucionar los problemas lingüísticos. "Pureza" no significa para Sanín Cano "purismo". El defendía la libertad de la lengua, e inclusive la introducción de galicismos y de palabras de otro origen, útiles para designar realidades americanas innominadas. Defendía también la lengua popular, que enriquece el idioma, sin deformarlo esencialmente. "En estas modificaciones queda siempre inalterado un fondo elemental, una base glotológica indefinible, popularmente conocida con el nombre de genio del idioma" (p. 87). Este espíritu conciliatorio y tolerante de Sanín Cano puede considerarse como la representación de los sentimientos colombianos con respecto al castellano.

La situación del Paraguay es diferente a la de las demás repúblicas americanas. Se trata del único país completamente bilingüe, debido a la enorme fuerza que tuvo el guaraní, desde la época de la conquista, sobre la población mestiza e incluso sobre los criollos. Todavía hoy existen muchas tribus de indios que, impulsados por sus necesidades de comunicación, sustituyen sus dialectos por el guaraní, que es una lengua inteligible en todo el país. Esto lo interpreta Malmberg⁹⁶ como un avance del guaraní en las zonas rurales, pero como a su vez el español avanza en las ciudades, el progreso de ambas lenguas sigue paralelamente su historia. Malmberg señala también cómo en Asunción es el castellano la única lengua que se oye en las tiendas e instituciones oficiales. Pero los niños en la calle, los vendedores en los mercados, los trabajadores, usan normal-

96 "L'Espagnol dans le nouveau monde", p. 52 nota.

mente el guaraní, que a su vez se utiliza en la propaganda política y religiosa. "El español es la lengua oficial, pero el guaraní es la lengua nacional. No hay barreras lingüísticas que separen a los dirigentes de los indios"⁹⁷. De ninguna manera es el guaraní la lengua de las clases bajas; todos los intelectuales son bilingües, y se puede advertir una tendencia en los escritores actuales a usar la lengua indígena con preferencia a la española⁹⁸. El hecho es que el Paraguay resulta ser el único país de América que posee una Academia de lengua indígena, la Academia de la Lengua y Cultura Guaraní, cuya influencia se extiende por todo el territorio. A pesar de esta estrecha convivencia de los dos idiomas, y de las mutuas influencias que ambos sufren, (Morínigo catalogó 1188 hispanismos en el guaraní y el Diccionario de la Academia recoge muchísimos guaranismos en el castellano), siguen su camino paralelamente, sin

97 Marcos A. Morínigo, "El español en América", en Programa de filología hispánica, Buenos Aires, 1959, p. 141.

98 "The use of Guarani is by no means limited to rural regions or to uneducated classes. In Paraguay, journalists, school teachers, lawyers, doctors, professors, and cabinet ministers all speak Guarani just as fluently as Spanish: Here the rarity would be the person who could not speak the indigenous language". "The language that Paraguayans feel is peculiarly their own. The average person prefers it to Spanish, and no one may even hear well educated people assert that Guarani is a more expressive language than Spanish". Donald F. Fogelquist, "The bilingualism of Paraguay", Hispania, 1950, XXXIII, nº 1, pp. 25-27.

juntarse por completo. Esto supone dos tendencias lingüísticas: la de los nacionalistas, que quisieran ver la lengua indígena totalmente generalizada, y la de los puristas, que ven los inconvenientes de una lengua aislada en un mundo de habla española, y que pretenden hacer triunfar al castellano por métodos artificiales: la inmigración de colonos procedentes de España, la creación de centros culturales con profesores de la Península, etc.⁹⁹.

Para iluminar contrastivamente un tipo de nacionalismo lingüístico extremado, no estaría de más mencionar los ejemplos del Brasil y de los Estados Unidos. "Los casos más instructivos los dan el Brasil y Norteamérica, donde las tendencias nacionalistas que asoman en Hispanoamérica han sido llevadas a extremos chauvinistas" (A. Alonso, Castellano, español, idioma nacional, p. 143). La idea de poseer una lengua nacional propia, diferente de la portuguesa, surge en el Brasil hacia 1825. En 1826, se publicó en París la Introduction à l'atlas Ethnographique du globe, donde colaboró Domingo Borges de Barros en nombre del Brasil; en esta obra se procura ya delimitar las diferencias existentes entre el brasileño y el portugués, casi como si se tratara de lenguas diferentes. Desde entonces se empiezan a usar normalmente en el Brasil los términos "idioma brasileiro", "língua nacional", que perviven hasta nuestros días: En 1921 publica João Ribeiro A língua nacional; en 1926 y en 1935, Antenor Nascentes O idioma nacional; en 1936, Renato Mendonça O Por-

99 Cfr. Luis de Gásperi, "Presente y futuro de la lengua española en el Paraguay", en Presente y futuro de la lengua española, I, Madrid, 1964, pp. 127-133.

tuzúés do Brasil. Todo esto no hace sino responder al ideal nacional de poseer una lengua propia. Los políticos brasileños encontraron que este tipo de nacionalismo lingüístico favorecía sus proyectos, y formaron parte de sus más encarnizados defensores. Ellos fueron los que más insistieron en la idea de llevar la "lingua brasileira" a todos los campos, comenzando por ser la que se enseñara en las escuelas para inculcar este concepto de nacionalidad desde las edades más tempranas.

Mucho más fuerte -y anterior a la de todos los países americanos- fue la lucha por poseer una lengua nacional en los Estados Unidos. Durante las luchas de la Independencia, algunos miembros del Congreso propusieron dejar de usar el inglés y sustituirlo por otra lengua, aunque no pudo llegarse a un total acuerdo sobre cuál podría ser: unos propusieron el hebreo; otros el griego. Pero el intento fracasó, y el inglés se impuso naturalmente, aunque apenas lograda su hegemonía, surgió el nacionalismo y la resistencia a hablar de "lengua inglesa". Cuando, en 1778, llegó a América el primer embajador francés, se le advirtió que tendría que hablar "in the language of the United States". En 1789, Noah Webster, que predicaba la independencia y la libertad de pensamiento, menciona ya la "American tongue". Afirmaba: "Una lengua nacional es un vínculo nacional. ¿Y que país lo desea más que América?"¹⁰⁰.

Otro nacionalista americano, William Thorton, escribía durante la época de la Independencia: "Habeis corregido las peligrosas doctrinas de las potencias europeas; corregid ahora la lengua importa-

100 Cfr. PMLA, LI, 1936, p. 1146.

da, pues los oprimidos de las naciones llaman a vuestras puertas... El lenguaje americano ha de ser tan distinto como el gobierno, libre de todas las locuras de cariz antifilosófico y fiel a la verdad como su único regualdor"¹⁰¹.

Pero esto no fueron opiniones nacidas sólo al calor del entusiasmo durante las luchas por la independencia. Una vez consumada, subsistió el afán de poseer una lengua también independiente. El resentimiento contra Inglaterra fue uno de los móviles que fomentó estas aspiraciones; las opiniones en este sentido eran frecuentes: "Nosotros tenemos la desgracia de hablar la misma lengua de una nación que entre todos los pueblos de Europa nos ha dado y continúa dando mínimas pruebas de afecto" (PMLA, LI, p. 1147). Todas estas ideas se concretaron con la formación de una Philological Society, en 1788, que tenía como bases fundamentales el estudio y todo lo que se relacionara con la extensión del "idioma americano". Fue la primera institución que apoyó la existencia de una "federal tongue", cuando la constitución federal fue aprobada. Desde entonces es común en los Estados Unidos la denominación de "American tongue" o "National language", no sólo en la conversación, sino en el terreno científico, como demuestran los nombres de las revistas The American National Language Magazine, o American Language Legion. Esta denominación se acepta también en Europa, y no es extraño ver al pie de obras traducidas la especificación "traduit de l'américain" o "tra-

¹⁰¹ Apud Allan Walker Read, "American Projects for an Academy to Regulate Speech", en PMLA, LI, 1936, p. 1142.

ducido del americano¹⁰². El término de "lengua americana" se usa con frecuencia, desde luego, con móviles de tipo político, y no presupone, naturalmente, que la denominación de "inglés" haya dejado de emplearse. Amado Alonso (Castellano, español, p. 150) afirma que muchos americanos se refieren a su lengua como "inglés" y que los profesores universitarios suelen usar "the English of America", lo cual supone que no existe una amenaza de ruptura entre la lengua de Inglaterra y Estados Unidos. La revista de la Universidad de Columbia, The American Speech, se ocupa fundamentalmente de todos estos aspectos.

Amado Alonso señala la tendencia a buscar una "lengua nacional" como un fenómeno general de América. Hasta Haití, con su elevado porcentaje de franceses, refleja esta tendencia. Allí se habla de nôtre créole nationale, y hay quienes sostienen que "les créoles" deben usar la lengua "créole", tanto hablada como escrita, en lugar del francés (Castellano, español, p. 141).

102 Ante este nacionalismo exagerado de Norteamérica, más fuerte y más encauzado que el de ningún otro país, resulta sorprendente la actitud de Américo Castro, que hace un parangón entre dicho país y Argentina señalando la falta de de nacionalismo lingüístico en Estados Unidos comparado con la Argentina, donde llega a afirmar que "el inglés no se llama <<lengua nacional>>". (La peculiaridad, pp. 96-97).

El porvenir de la lengua

Desde que Cuervo predijo la terrible disgregación futura del idioma español -a raíz del iniciamiento de la filología románica- hasta nuestros días, han menudeado los estudios y las opiniones relacionados con el tema, La formación de lenguas diferentes a partir del castellano no es un problema inminente, sino una amenaza que puede realizarse en un plazo más o menos largo. Los nacionalismos lingüísticos, que sí podrían haber sido un peligro inmediato, parecen actualmente en retroceso. Pero la evolución de la lengua continúa. La interpretación de esta evolución ha dado lugar a dos corrientes que responden a dos tipos de pensamiento: el de los que, aún hoy, ven la ruptura del español como algo -en mayor o menor plazo- irremediable, y el de los que piensan que no existe peligro alguno de que nuestra lengua llegue a perder su unidad. Naturalmente esto no representa dos corrientes totalmente divorciadas. No es extraño que un autor muestre su optimismo sobre el futuro lingüístico en determinadas ocasiones, y aparezca pesimista en otras, o que ciertos fenómenos le hagan prever un brillante porvenir, mientras que, casi al mismo tiempo, otros le hagan dudar de la futura unidad. Existe, evidentemente, alarma en torno al problema, como lo demuestra la actividad de las Academias de la Lengua, la preocupación por conservar la unidad de la lengua escrita, la creación, en Madrid, de una Oficina Internacional de Información y Observación del Español, con la colaboración de los países americanos, etc. Pero esta alarma, que para unos es solamente alarma, para otros es la visión de un español fragmentado en tiempos venideros.

La tan discutida afirmación hecha por Cuervo, de que el español se dividiría en la misma forma que el latín lo hizo, ha hallado eco aún en nuestros días. Hoy todavía se establece el paralelo entre la historia del Imperio Romano y la del Imperio Español, y si ambas historias son paralelas, también se podría imaginar un fin paralelo en el caso de la lengua. Jungeman, en La teoría del sustrato (p. 24) afirmaba: "El caso de la América española requiere examen más demorado. Aquí tenemos una situación comparable a la del Imperio Romano. Extendido el dialecto castellano viejo a la lengua general de la mayor parte de la península hispánica, fue importado por la conquista y la colonización a vastas áreas con muy variadas lenguas indígenas".

De la misma forma, Antonio Tovar¹⁰³ dice: "Y hoy es tópico admitido el del perangón entre la difusión del Español a este lado del Atlántico con la del Latín en la conquista de Occidente". Pero estas afirmaciones no presuponen un fin irremediable: hay una evolución evidentemente paralela, aunque tal vez remediable antes de que llegue a su fin.

Es interesante observar cómo varían, según la opinión de los escritores, las causas que producirán la división de la lengua española. Mientras que para unos, en general puristas, la diferenciación del habla americana con la norma castellana será el factor que conduzca a la lengua al fatal desenlace, para otros es la pretensión de Castilla de dominar con férrea mano cualquier brote disidente lo que conducirá al final temido. Unamuno, y con él brillantes inves-

103 Catálogo de las lenguas de América del Sur. Buenos Aires, 1961, p. 186.

tigadores, insistieron en mostrar lo absurdo de que un continente, con muchos millones de habitantes, tuviera que doblegarse ante un puñado de castellanos, y aceptar ciegamente todos sus giros e innovaciones. La pretensión de esta total imposición puede ser muy peligrosa, porque una tiranía excesiva puede causar rebelión (como sucedió, en parte, en el caso del nacionalismo lingüístico americano del siglo XIX); y esta rebelión sí que puede ocasionar serias rupturas, que redunden en perjuicios para la unidad de la lengua. "Desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras", decía Unamuno, "tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca o en Corrientes, o en Chihuahua, o en Vizcaya o en Valencia. La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuastión de lengua y literatura podría hacernos perder, -si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos- la hermandad espiritual"¹⁰⁴.

Según Unamuno, una vez privada Castilla de su cetro imperial, no debería haber ningún centro rector de los destinos de la lengua castellana, sino un intercambio de ideas e influencias entre todos los países hispanohablantes, el cual no reportaría sino ventajas para todos. Lo mismo que los americanos habían recibido una serie

104 "Sobre la literatura hispanoamericana", en Ensayos I, p. 885-886.

de ideas e influjos de los autores españoles, los españoles habían recibido también ideas de los americanos, como lo demuestra la influencia de Rubén Darío y los modernistas en los poetas hispanos. ¿Por qué negarse a la beneficiosa existencia de este intercambio espiritual, pretendiendo imposiciones y tiranías? Una hermandad armónica sería el arma más fuerte para combatir la previsible fragmentación. Unamuno pensaba que la expansión del castellano y su imposición en América, no sería el futuro ideal para la lengua, "sino una integración de hablas diferenciadas sobre su base, respetando su índole, o sin respetarla, si hace al caso". Ningún país puede progresar viviendo aislado, y ningún idioma puede ser realmente culto sin un intercambio espiritual con otros. El "proteccionismo lingüístico" que pretende Castilla es "a la larga, tan empobrecedor como todo proteccionismo; tan empobrecedor y tan embrutecedor" ("Contra el purismo", p. 410). Unamuno veía los peligros a que una lengua está sometida al hablarse en tan vastos territorios y por gentes tan diversas, pero no creía que la imposición de la modalidad peninsular fuese la solución que pudiese evitar el peligro de la fragmentación. Reconocía, naturalmente, que el ideal sería que todos hablásemos la misma lengua, pero prefería que el idioma siguiese sus propias tendencias. No podía admitir que Castilla, sin razón alguna, se erigiese en rectora lingüística. Si se pudiera delimitar qué territorio es el que mejor maneja la lengua, podría aceptársele como modelo de todos los demás. Pero como tal cosa es imposible, ningún país debe tratar de imponerse a los otros. Por consiguiente hay que admitir las alteraciones, sean cuales fueren sus consecuencias.

Por razones semejantes a las aducidas por Unamuno, Amado Alonso

se oponía a que Castilla fuera el modelo que todos los americanos deberían seguir: "Hoy tiene la América española, aún semidespoblada, unos cien millones de habitantes; España, veinticinco; dentro de unos años quizá tenga cien millones la Argentina sola. ¿Es posible imaginar que los castellanos sean por siempre los encargados de ir imprimiendo en la lengua literaria sus transformaciones, y que los americanos, generación tras generación, esperen a ver qué conservaciones y que innovaciones han hecho los castellanos para adoptarlas ellos obedientemente?"¹⁰⁵.

Por el contrario, otros escritores pensaban que era necesario que se hablase en América el castellano "castizo". El español americano va cada vez distanciándose más de él, y el día en que ya no se le pueda llamar castellano, la fragmentación está consumada. "Todos los hispanoamericanos creemos y afirmamos, con la mayor naturalidad del mundo, que hablamos castellano; y sin embargo, paso a paso, cada día nos apartamos más y más de este lenguaje" decía Darío Rubio¹⁰⁶. Condenaba todas las palabras extranjeras que se iban introduciendo en el castellano, los barbarismos, los vulgarismos, que lo apartaban cada vez más de la lengua peninsular, y que ni siquiera eran los mismos en cada país americano. Todo esto sembraba una anarquía que conducía, a pasos agigantados, a la desunión; y todo ello no era sino fruto amargo de la desobediencia de los cánones castellanos.

105 A. Alonso, reseña a A. Alonso, La Argentina y la nivelación del idioma. Revista de Filología Hispánica, VI, 1944, p. 408.

106 La anarquía del lenguaje en la América española, México, 1925, p. XI

Ciro Bayo apoyaba el pronóstico de Andrés Bello "con el tiempo se hablará en América una jerga desconocida" como una cosa a punto de realizarse en sus días. Se oponía a lo que llamaba el "lenguaje criollo" por los vocablos indios que contenía, o los términos italianos, sobre todo en la Argentina, y afirmaba la próxima "babelización" del español. Pero en medio de este terrible panorama, veía un hecho que arrojaba cierta luz de esperanza, y que tal vez podría detener las fuerzas disgregadoras: "la actual producción literaria de los americanos españoles es el retorno a la propiedad del lenguaje, al castellano castizo"¹⁰⁷.

Otros lingüistas consideraban la introducción de modismos nuevos como algo terrible para la unidad, pero irremediable, estrechamente enlazado con la evolución natural de las gentes y sus nuevas necesidades. De la rapidez más o menos violenta de esta evolución dependerá la conservación, más o menos duradera, de la lengua como habla común¹⁰⁸.

107 Manual del lenguaje criollo de Centro y Sudamérica, Madrid, 1931 p. 14

108 "¿Concluirá el castellano por ser del todo desplazado? Sin duda, con el andar de los años y de las generaciones, morirá; desaparecerá, como desaparecieron tantas lenguas que tuvieron otrora vida próspera. Y aun sin esas influencias poderosas y directas, concluirá por desaparecer por propia evolución; es decir, por no responder exactamente a las ideas de las generaciones venideras, que tendrán que traducir impresiones, afectos, emociones, sentimientos y pensamientos de gente psicológicamente muy diferente a la de ahora, y que,

Existen escritores que toman una posición intermedia entre ambas tendencias: ni la obediencia ciega a la Península, ni el libertinaje lingüístico al estilo del lunfardo argentino. Sin esta posición de equilibrio, el castellano morirá. Jerónimo Mallo, situado en esta posición ecléctica, veía como único recurso capaz de asegurar el futuro común de la lengua, la intervención drástica y tajante de las autoridades, el gobierno, las instituciones culturales etc., para conservar la única postura salvadora. De no hacerse así, la lengua estaría condenada a fragmentarse, ya que sólo cabe, en efecto, imaginar otras dos posibilidades: dejar que el estado de cosas actual siga su curso -con lo cual se llegaría inexorablemente a la fragmentación del idioma-, o permitir que resurjan y se desaten libremente los más estrechos nacionalismos, con lo cual se desembocaría en la misma fatal fragmentación lingüística. Y como la obligación moral de todos los hispanohablantes es -o debe ser- la de mantener la unidad de la lengua, es imprescindible someterse a la primera solución, si no se quiere perder todas las ventajas que supone el poseer un idioma común¹⁰⁹.

Uno de los escritores que más desesperanzado se ha mostrado sobre el futuro de la lengua ha sido Dámaso Alonso. Para él no hay salvación posible; todo lo que podemos hacer es unir nuestras fuerzas para que esa fragmentación inevitable sea lo más lejana posible.

por tanto, no tendrán por qué ser los mismos de los sujetos que formaron el castellano actual". Rodolfo Senet, "El falseamiento del castellano en la Argentina", en BAAL, VI, 1938, nos. 21-22, pp.121-144.

109 "La defensa de la unidad del lenguaje común de Hispanoamérica"

Cuervo había acertado con su vaticinio: "Naturalmente que a la larga la profecía de Cuervo es valedera: no hay lengua en el mundo que no haya de fragmentarse o extinguirse un día", recuerda Dámaso Alonso. "No nos importa esto, sino nuestro porvenir inmediato, de una inmediatez que podemos llamar el futuro histórico adivinable. Sobre este futuro histórico humano podemos obrar. La rotura última de la comunidad idiomática castellana, puede ser retardada bastantes siglos si actuamos con decisión y con sensata energía"¹¹⁰.

Dámaso Alonso ha mostrado verdadera alarma ante la ineficacia de los remedios propuestos para evitar la fragmentación, y la falta de empuje y actividad que muestran las instituciones oficiales para comenzar esta lucha imprescindible. "El problema que tenemos delante no es el de dar <<esplendor>>, sino el de impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos", decía en 1956; por eso, el lema de la Academia le parecía ya insuficiente para evitar el desastre: "El problema nuestro es otro: que no se nos hunda la casa. Por eso decía yo antes que el lema de nuestras medallas está completamente anticuado: por lo que tenemos que luchar es por la unidad fundamental de nuestra lengua" ("Unidad y defensa", p. 36).

El gran peligro de fragmentación era más pavoroso porque ni siquiera se formarían dos lenguas, una en España y otra en América, sino que el español de América se dividiría a su vez en otras muchas lenguas, hasta desembocar en un fraccionamiento total del cas-

en Revista Iberoamericana, XIII (1947) pp. 117-122.

¹¹⁰ "Unidad y defensa del idioma" en Memoria del II Congreso de Academias de la Lengua española. Madrid, 1956, pp. 33-48.

tellano. Las fuerzas fonéticas de tipo destructivo que acabarán con la unidad del español existen ya latentes en cada rincón de habla hispánica; "basta que se produzcan circunstancias favorables para que se desarrollen rápidamente hasta su última consecuencia".

Dámaso Alonso señala como los factores más peligrosos para la unidad las diferencias fonéticas, que están refrenadas únicamente por ciertas normas unitivas. En el momento en que éstas fallen, la lengua se derrumbará. Algunos fenómenos sintácticos pueden ser también factores de disgregación muy enérgicos, mucho más diferenciadores que el léxico, a pesar de la aparente diversidad de este último. Las necesidades que impone la cultura moderna pueden también afectar al vocabulario, porque cada país adopta las palabras técnicas que necesita de lenguas diferentes (francés o inglés, por lo general) o adapta arcaísmos del español, de manera que cada una de las naciones americanas va formando un nuevo léxico diferente del de las demás. También señala Alonso que las distintas culturas de las diversas regiones forman "una koiné cultural, de acción disgregadora con respecto a la Koiné general". Dentro de esta Koiné cultural se podría situar el proceso de lo que D. Alonso llama sexualización o desexualización de las palabras; es decir, el caso de voces que, careciendo de todo valor obsceno en unos lugares, tienen en otros un profundo contenido sexual, casos estos que, para él, suponen barreras lingüísticas muy fuertes, y un elemento disgregador de consideración. "En resumen: por todas partes dentro del organismo idiomático hispánico se están produciendo resquebrajaduras: éstas afectan tanto a lo fonético como a lo sintáctico, a lo morfológico o al léxico. Todos estos distintos tipos llevan en sí el germen de males muy gra-

ves. La dirección de esas resquebrajaduras es asimismo variadísima: unas veces divide el terreno hispanoamericano en dos zonas, y España va con una de las dos; otras veces, algo peculiar aísla a una determinada nación con relación a las demás. El edificio de nuestra comunidad idiomática está cuarteado" ("Unidad y defensa", p. 43).

Varios filólogos han insistido en la necesidad de que exista esa koiné hispánica como condición primordial para evitar la fragmentación. No sólo sería una koiné lingüística, sino también cultural y general en todo el sentido de la palabra. Sin ella sería muy difícil conservar la unidad de la lengua. "Esa koiné garantizaría por unos siglos más -quién sabe si muchos- la pervivencia de un español sin fracturas", ha dicho Rafael Lapesa¹¹¹, quien no se ha mostrado, en general, pesimista sobre el futuro de la lengua.

"El castellano está condenado irremisiblemente a fragmentarse con el correr del tiempo. Lo que nos importa es contener lo más posible esa catástrofe", afirmaba Félix Restrepo¹¹², cuya única esperanza era que no sólo en esta centuria, sino dentro de varios siglos, podamos entendernos todavía los hispanohablantes. Si las lenguas populares tienen una fuerza incontenible que camina hacia la divergencia, hay que reforzar las literarias por medio de la cultu-

111 "América y la unidad de la lengua española" en Revista de Occidente, IV, 2ª época (1966) nº 38, pp. 300-310.

112 "Alarma en el mundo hispánico", en BAV, 26 (1958), nos. 99/100 pp. 14-25.

ra, para que actúen como freno que detenga, al menos en parte, la amenaza que se cierne sobre nosotros.

Así como, aún hoy, existen algunos filólogos que siguen señalando la semejanza entre la evolución del latín y la del español, hay otros, que, basándose casi siempre en Cuervo, niegan toda relación entre ambos procesos. Naturalmente, éstos son los que piensan que la unidad del español subsistirá a pesar de todo, y que el español, al no estar sometido a las mismas condiciones vitales que el latín, no tiene por qué padecer sus mismo destino. Entre las condiciones de vida de los albores de la Edad Media y las actuales hay grandes diferencias, que son las que originarán procesos de desarrollo distintos.

A la cabeza de los lingüistas que niegan la semejanza entre la la evolución del latín y del español, está Menéndez Pidal. Basándose en la diferencia de condiciones en que se desarrollaron ambas evoluciones afirmaba: "Pero este ejemplo tan sugestivo, a la vez que tan alarmante, de la disgregación del latín en varias lenguas románicas no puede pretender paridad ninguna respecto a la lengua moderna. El latín se fraccionó en varias lenguas porque los pueblos que lo hablaban cayeron, con la invasión de los pueblos germánicos, en un aislamiento extremo"¹¹³. Este aislamiento de los pueblos medievales fue casi total; las gentes carecían todavía de una cultura só-

113 "Nuevo valor de la palabra hablada y la unidad del idioma" en Memorias del II Congreso de Academias de la Lengua, pp. 487-488.

lida y, sin contar apenas con la ayuda de los demás, tuvieron que comenzar, casi completamente, partiendo de cero, a forjar naciones, culturas, literaturas, tradiciones. En estos hechos se basa Menéndez Pidal para afirmar que en América no sucederá lo mismo. Los pueblos americanos tienen ya sólidas culturas, tradiciones fuertes y una personalidad bien delineada. Para que sucediera lo mismo que en Europa, tendría que desaparecer todo el acervo cultural que poseen, olvidar el pasado, y comenzar desde la nada como comenzaron los países románicos: "Si en los países americanos sobreviniese una época de disgregación, aislamiento y barbarie semejante a la que pasó sobre los pueblos europeos en los primeros siglos de la Edad Media, evidentemente la escisión se produciría, y cuando esos países, después de varios siglos, rehiciesen su cultura y elevaran de nuevo sus hablas populares a lenguas literarias, éstas no se entenderían la una a la otra"¹¹⁴. Todo esto es hoy inconcebible. El aislamiento americano, aun el del siglo pasado, ha terminado merced a los viajes aéreos. La relación a través de los libros, radio, televisión y todos los medios de difusión cultural es cada vez más estrecha. No hay peligro de que se repita la situación medieval. De todo esto saca conclusiones optimistas Menéndez Pidal. Mientras que para Cuervo y otros muchos, la comparación de los dos procesos producía terribles conclusiones sobre el fin de la lengua española, para el filólogo español esta comparación aporta soluciones optimistas: "La comparación con el latín es muy al contrario que pesimista: cuando se fragmenta el imperio romano, los pueblos latino-hablan-

114 "La lengua española", en La lengua de Cristóbal Colón, Madrid, 1942, p. 132.

tes caen en un aislamiento y en un colapso de vida intelectual de que no hay semejante en toda su historia, mientras que después de fragmentado el imperio español, los pueblos de habla española se comunican hoy y mantienen una vida literaria con actividad infinitamente mayor que antes. No se hable más de esta famosa comparación". ("Nuevo valor de la palabra hablada", pp. 487-488). Para Menéndez Pidal los únicos elementos que pueden representar una amenaza para la futura unidad son los cambios lingüísticos locales, como la desaparición de -d- en la terminación -ado, el seseo, y lo que él llama "vulgarismos" americanos (el uso de vos, el yeísmo, etc.). Al pertenecer éstos ahora exclusivamente a la lengua hablada, no representan un peligro inminente para la unidad, pero sí lo serían al introducirse en la lengua escrita, pues crearían discrepancias que dificultarían la comprensibilidad, y esto llevaría a la escisión.

Semejantes ideas expresaba Unamuno. A pesar de su violento rechazo del purismo, de su deseo de una lengua panhispánica en la que nadie implantase sus leyes particulares, y de su apoyo espiritual a los "separatistas" americanos, no pensaba que se llegarán a formar en América lenguas distintas, como sucedió en la Rumania: "Y el temor, o la esperanza, de que con el tiempo lleguen a formarse en la América española lenguas distintas, brotadas del español como los romances del latín, es un temor o esperanza contradicho por lo que implica en la evolución lingüística la difusión de la Imprenta, que hace del proceso de una lengua un proceso de movimiento uniformemente retardado. Sería menester para ello, como dice muy bien el autor de la tesis [Riva Agüero] que pasaran aquellos pueblos por un período de barbarie como aquel por que se pasó a la caída del impe-

rio romano" ("Sobre la literatura hispanoamericana", p. 879).

Amado Alonso tampoco advertía similitud profunda entre el proceso del latín y el del español. Para él, todo eso no eran sino ideas falsas, ya que las lenguas no tienen vida propia ni un camino previo señalado. Todo lo que a las lenguas sucede depende exclusivamente de los hablantes; de lo que suceda con el castellano nadie será responsable sino nosotros mismos, los hispanohablantes, que somos los que podemos determinar, con nuestra voluntad -o nuestra falta de ella- el destino futuro del español¹¹⁵.

El latín vulgar alcanzó mayor difusión en las provincias del Imperio que el latín culto, y esta fue una de las causas de fragmentación. Hoy sucede todo lo contrario con el español: la lengua que más se difunde es la escrita, y por lo tanto, es la que se va imponiendo en todas partes. Como ella es mucho más uniforme que la vulgar, impide que las diferenciaciones rurales o jergales se impongan. Basándose en esto, piensa García de Diego que el español no seguirá el mismo derrotero del latín¹¹⁶. "El latín no se derrumbó

115 Cfr. El problema de la lengua en América. Madrid, 1935, pp. 110-111.

116 "Por fortuna esos temores de disgregación del castellano no pueden fundarse en el recuerdo de la diferenciación del latín, porque entonces en la cultura popular el latín culto de la unidad iba vencido por el latín vulgar, y ahora, por el contrario, la difusión de la cultura en los estudios bajos y rurales, con la instrucción escolar para todos, hace que la lengua culta, y es la de la unidad, reduzca al mínimo las variedades locales, que podrían ser el ger-

propiamente por el derrumbamiento del Imperio, sino que venía derrumbándose por su intrínseca dificultad. Como hoy los estudiantes aprenden a declinar con sudores, así el pueblo de la misma Roma aprendía malamente sus cinco declinaciones y los seis casos de cada una"¹¹⁷. Y como éste no es precisamente el caso del español, descarta García de Diego la posibilidad de comparación entre ambos procesos. Por otro lado, señala como posible amenaza para la unidad del idioma la imposición de las lenguas indígenas o la de una lengua extranjera que llegara a dominar al castellano. Pero como ambas posibilidades resultan poco menos que absurdas, "los peligros de una disgregación son remotos e imprevisibles para América". Y llega a la conclusión de que "sin prejuzgar los futuros destinos remotos del castellano, repartido entre tantas nacionalidades, cabe admitir que su imperio se mantendrá por siglos compacto si el buen sentido técnico y práctico de los patriarcas de la filología americana se sabe mantener y si entre España y los pueblos americanos se sostiene vivo el espíritu de solidaridad que merece esta gloriosa institución del más claro, bello y varonil de los idiomas" ("El sentimiento americano", p. 438).

La situación de Hispanoamérica no tiene paralelo alguno con la de ninguna otra zona geográfica, ni el mundo antiguo puede compararse con el mundo actual. "Como consecuencia, no podría repetirse el

men de la disgregación". V. García de Diego, "El sentimiento americano del castellano" en Homenaje a Bello, Caro y Cuervo, Madrid, 1956, pp. 437-438.

117 V. García de Diego, "Los malos y los buenos conceptos de la unidad del castellano" en Presente y futuro de la lengua española II, pp. 13-14.

caso de transformación del latín vulgar en lenguas romances; ni podría nacer del español una lengua nueva en este lado del Atlántico, ni tampoco podría permanecer el español en Hispanoamérica como la expresión lingüística local semejante a una de las provincias o regiones de la Península Ibérica"¹¹⁸. Los progresos científicos de este siglo impiden aceptar como posibles hoy las condiciones de vida de la Edad Media. Una vez asentada la idea de unidad lingüística, es necesario implantar una nomenclatura. Ni castellano ni español son nombres apropiados para América, porque, ni desde el punto de vista histórico ni desde el geográfico, ha sido nunca el Nuevo Mundo parte integrante de España. De igual forma, tampoco la lengua de América ha sido nunca el castellano. Por lo tanto, Raimundo Lazo propone usar el término hispanico, justamente aplicable a una comunidad completa de pueblos, armonizados bajo el signo de la unidad lingüística y cultural.

En opinión de Sanchís Guarner, el movimiento lingüístico actual no es de disgregación, sino de convergencia. El mantenimiento de la unidad idiomática es algo de interés primordial para todos los hispanohablantes, y la disgregación no sería más que un grave mal para todos ellos. Como Amado Alonso, piensa S. Guarner que la unidad o fragmentación de una lengua depende solamente de los que la hablan, de manera que si una comunidad quiere conservar su unidad, "la vitalidad de ésta es perdurable". Inclusive puede lograrse -mediante un esfuerzo colectivo- que la lengua escrita y la lengua hablada no

¹¹⁸ Raimundo Lazo, América y la lengua española, La Habana, 1960, p. 4.

tiendan a distanciarse. Por todo ello, "el paralelismo entre el ocaso del Imperio Romano y el fin de la dominación española en América, es sólo aparente. Entre el latín y las lenguas románicas hubo una solución de continuidad. Se produjo el letargo de la civilización antigua y su caída, en un período en que la escritura se hizo escasísima. Causa importante de la desmembración románica fue la parálisis de las comunicaciones entre las antiguas provincias imperiales y el profundo aislamiento de los nuevos reinos germánicos. Durante dos siglos faltó la norma cohesora del latín escrito. Ningún síntoma de tan penosa regresión se vislumbra en el horizonte hispanoamericano"¹¹⁹.

Herrero Mayor y muchos otros lingüistas han demostrado de diferentes maneras que no existe verdadero paralelismo entre la evolución del latín y la del español. En la última parte de este trabajo, haré un estudio algo más detenido de la cuestión.

Dentro del gran número de escritores que niegan la posibilidad de una fragmentación del español, hay tendencias muy diversas. Hay verdaderos lingüistas que tratan de demostrar por procedimientos científicos -hasta donde es posible- que se conservará la unidad. Otros escritores lo afirman de una manera emocional, llevados sólo de su amor a la lengua. Otros, a veces historiadores, literatos o filólogos, basan sus asertos en consideraciones históricas o culturales, que permiten determinar las condiciones en que un idioma vive y se desarrolla.

119 "Sobre los problemas de la lengua castellana en América" en Papeles de Son Armadans, año V, T. XIX, nº LVI, pp. 138-168.

Max Leopold Wagner en sus importantes estudios sobre la lengua de América observó el distanciamiento que se iba estableciendo entre el habla peninsular y la americana. Para él, los indigenismos que esmaltaban el habla americana suponían una gran fuerza diferenciadora. Pero observó también que casi ninguna de estas diferencias penetraba en la lengua escrita, y que, por lo tanto, su efecto era mínimo¹²⁰. Esto le llevó a pensar, que, puesto que la lengua literaria es la que rige los destinos futuros, la fragmentación no tenía por qué producirse. Naturalmente que no es objeto de la ciencia prever el futuro, pero sí calcular las consecuencias posibles que los hechos visibles aportarán: "Non può essere compito della scienza il voler pronosticare l'avvenire di una lingua, che dipende dalle vicende politiche e dai rapporti culturali. Ma, nelle condizioni attuali, crediamo di poter asserire che le forze centripete sono più forti di quelle centrifughe, e ciò si riferisce specialmente alla lingua colta e letteraria, la quale, per la vita spirituale di una nazione, ha un'importanza di gran lunga superiore a quella della lingua volgare" (Lingua e dialetti, p. 147).

Meillet, atendiendo a consideraciones de carácter general, advertía que existe una fuerza universal que impulsa a la superación:

120 "Nel caso della molteplicità lessicale e fraseologica, è indubitato che essa si limita essenzialmente alla lingua familiare, mentre nella lingua scritta ogni scrittore americano che si rispetti cerca di adoperare uno spagnolo corretto". M. L. Wagner, Lingua e dialetti dell'America Spagnola, Firenze, 1949, p. 145.

"Toutes les langues connues, populaires ou savantes, trahissent la préoccupation d'un mieux dire qui partout conduit les sujets parlants à emprunter le langage de ceux qui sont censés parler mieux. Chaque différenciation est tôt ou tard, et parfois immédiatement, suivie d'une réaction qui tend à rétablir ou à instaurer l'unité de langue là où il y a unité de civilisation¹²¹. Partiendo de esta afirmación general, se pueden eliminar los temores -tantas veces expresados- de que la lengua vulgar de América se imponga a la culta y a la literaria. Como en la lengua escrita del mundo hispánico las diferencias son mínimas, este proceso de elevación de la lengua vulgar hará que el peligro de desunión se esfume cada vez más, de acuerdo con la teoría de Meillet.

El amor a la lengua y el ideal de unidad idiomática han sido muchas veces los móviles que han impulsado a muchos escritores a confiar -más afectiva que racionalmente- en el futuro de la lengua. Cuando Castelar decía del español que es "verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas gentes, sino allende los mares territorios vastísimos y pueblos libres e independientes, unidos con nosotros....", no se había detenido a considerar las amenazas que podían cernirse en el futuro sobre la lengua, sino que expresaba el deseo de que sus afirmaciones se realizasen.

Muchos escritores americanos del siglo pasado -Rodó entre ellos-

121 A. Meillet, "Différenciation et unification dans les langues" en Linguistique historique et linguistique générale, Paris, 1948, p. 129.

insistieron en afirmar que la emancipación de América no significaba el repudio del idioma, y expresaron la confianza de que el nexo lingüístico les uniría por siempre con España, como uniría entre sí a todos los países hispanoamericanos. También en España algunos oradores (como Francisco Grandmontagne, en 1912) observaron que las deferencias existentes entre las diversas pronunciaciones americanas eran menores que las que mostraban las distintas regiones de la Península, y esa evidencia propiciaba el optimismo sobre la futura unidad de la lengua. Otros escritores¹²² han observado, en cambio, que las diferencias de léxico y prosodia existentes entre el habla de algunos países americanos y la de España son en verdad grandes, pero tampoco ello debe originar seria inquietud por el futuro, puesto que también dentro del francés o del italiano hay dialectos con muy distintas peculiaridades, y sin embargo es un hecho que no produce inquietud alguna por una posible fragmentación. "Los países americanos poseemos la hegemonía lingüística más grande que existe en la unidad indivisible de un solo idioma: el castellano. Plasma maravilloso nunca igualado en la historia del mundo" ha dicho Casartelli, y propone glosar, como Felipe II que "en los dominios lingüísticos del castellano jamás se pone el sol".

También García de Diego se basa en la circunstancia de que sean las diferencias regionales americanas más débiles que las españolas, para expresar su optimismo ante el futuro. Si en España, con contrastes más fuertes, no se duda de que existe una sola lengua, no hay por

122 Manuel M. Casartelli, "Españolismo y realidad del lenguaje rioplatense" en Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid) 22, 1955, nº 61; 8p.

qué temer una diversificación en América. Además, afirma que, "los 130 millones de americanos no romperán con los treinta de españoles, por la tradición gloriosa que es orgullo común" ("Los malos y los buenos conceptos de la unidad del castellano", p. 15).

Gastón Carrillo Herrera expone, como hipótesis, la tendencia a la unificación del idioma, en sus factores externos¹²³, esto es, culturales e históricos, además de los internos o lingüísticos.

Juan B. Selva, en su Evolución del habla (p. 35), afirmaba que "mirando el pasado y el presente de nuestro bello y sin par idioma, es hacia la unificación [su tendencia] y en manera alguna disolvente".

Julio Casares, en el discurso sobre La unidad de la lengua en los pueblos hispanos, sostiene: "Unidad que, según se ha visto, no es en modo alguno ilusoria, sino muy cierta y siempre demostrable, y en la cual se asienta y pervive esa otra unidad de pensamiento, de sensibilidad y de cultura".

José León Pagano¹²⁴: "No cabe hablar de posibles escisiones entre España y Sudamérica". "No existe tal posibilidad ni tal peligro".

José G. Antuña¹²⁵: "El castellano se transformará o desaparecerá

123 En "Tendencias a la unificación idiomática hispanoamericana e hispana. Factores externos". En PFLE II, p. 18.

124 En "El idioma español en la Argentina". BAAL, 21 (1956), pp. 67-73.

125 En "La unidad del idioma y la necesaria colaboración de América" en Revista Nacional (Montevideo) 5, (1960), pp. 335-342.

entre nosotros, cuando se transforme o desaparezca en España".

Es cierto que los elementos extraños que se introducen en las lenguas (ruralismos, anglicismos, indigenismos, etc.), suelen ser diferentes en América y en España. Esto produjo el temor de que fueran a ser elementos disgregadores, sobre todo desde que Juan Ignacio de Armas lanzó la voz de alarma en 1882. Hoy eminentes lingüistas rechazan esa posibilidad. Ángel Rosenblat muestra cómo los anglicismos no llegan casi nunca a la literatura, y cómo, a pesar de penetrar frecuentemente en la lengua, existe una violenta repulsa ante ellos. Debido a estas causas, su influencia no resulta alarmante¹²⁶, y así puede afirmarse que la lengua tiende cada vez más hacia la unidad. Rodolfo Oroz señala que el elemento indígena, a pesar de ser un factor importante, no conserva su vitalidad primitiva, y está en retroceso frente al español. (Los indios que aprenden el castellano son poco tiempo bilingües, pues pronto olvidan, por lo general, su primera lengua). Los extranjerismos tampoco son un elemento distanciador, por la falta de estabilidad que tienen y porque ni siquiera pertenecen a todas las clases sociales. Los arcaísmos son voces castizas que proceden de la propia España, aunque hoy la Academia los tilde de anticuados. En consecuencia, el filólogo chileno afirma que: "el español de Hispanoamérica no ha llegado a fraccionarse ni llegará a formar nuevas lenguas regionales, pues ha evolucionado y seguramente seguirá evolucionando con tendencias paralelas a las del español peninsular, porque la estructura interior de la lengua es la

126 Cfr. Lengua y cultura de Hispanoamérica, Caracas, 1962, p. 35.

misma"¹²⁷.

Semejante idea es el juicio de G. Carrillo Herrera en torno a las hablas rurales, que no suponen, para él, el menor peligro fragmentador, por el hecho de no afectar a la estructura interna de la lengua ("Tendencias a la unificación", p. 24).

La existencia de un ideal de cultura común (que respondería a una lengua común) de todos los hispanohablantes, es uno de los argumentos más fuertes que esgrimen los filólogos para sostener que el español nunca se fraccionará. Es cada vez más evidente en el mundo hispánico, gracias a la superación cultural manifiesta en este siglo, el deseo de estrechar lazos culturales entre países que poseen una herencia común. El nexo más necesario para la realización de ello es la lengua, y así ningún hispanohablante querrá renunciar a ella con todas las ventajas que el poseerla le proporciona. El hecho de poder moverse dentro del gran mundo hispánico sin problemas de lengua y sintiéndose -gracias a ella- en un mundo común es un privilegio, que al ser posesión de todos, ninguno querrá perder. Y este deseo general llevará a la unificación futura. Porque no es necesario afirmar que, a pesar de las pequeñas diferencias, la unidad es un hecho actual¹²⁸.

127 "El español de Chile" en PFLE I, p. 93.

128 "Separada de su cuna por un vasto océano, dispersada en un continente inmenso, esta lengua no se ha roto en trozos dispares: ha conservado su unidad....Un extranjero que haya aprendido la lengua en el Ecuador o en Bolivia, no ha de hacer prácticamente el menor esfuerzo de adaptación cuando desembarca en Canarias, en Cádiz o en

El enorme crecimiento de las ciudades, a pesar de los temores que ha despertado, resulta también un elemento unificador, porque la cultura es más asequible en los medios urbanos que en los rurales (la alfabetización equivale a nivelación), y el ambiente citadino va absorbiendo paulatinamente las diferentes variedades dialectales. Zamora Vicente señala cómo a principios del siglo XX acudían a Madrid provincianos de todas las regiones, que poco a poco iban siendo unidos por un ideal de lengua superior. Hoy es mucho más intensa la afluencia a las ciudades de hablantes procedentes no sólo de zonas rurales de cada país, sino también de territorios muy diversos. Libros, radio, cine y televisión tienden a desnudarse de localismos para dar universalidad a una lengua que se difunde por todas partes. "Estamos asistiendo hace ya más de veinte años a una americanización del español de España y a una rehispanización del español americano"¹²⁹. También advierte Zamora cómo el español, merced a su larga tradición, es una lengua de cultura, portadora de valores excelsos, y cómo, por su gran expansión, puede llegar a tener un puesto de primer orden en el mundo. "El español es, en este aspecto, la lengua de la esperanza" (p. 41). Piensa que bastaría el hecho de que un par de generaciones se propusiera mantener la unidad lingüís-

La Coruña; de igual modo que si, viniendo de España, desembarca en Veracruz o en Montevideo. Se halla en la misma situación que el parisiense llegado a Marsella, a Ginebra o a Lieja". Robert Ricard, Destin et problèmes de la langue espagnole, Paris, Annales, nº 4, 1948, p. 3.

129 A. Zamora Vicente, "Sobre la nivelación artística del idioma", en PFLE II, p. 46.

tica, para que ésta quedara firmemente asegurada.

"El mundo moderno marcha hacia la universalidad, y para nuestras veinte naciones americanas la universalidad consiste en formar parte activa de una comunidad de lengua que tiene hoy ciento sesenta millones de hablantes y que es numéricamente la cuarta del mundo"¹³⁰. En efecto, nos dice Rosenblat, el español se impone vertiginosamente en América. Cada vez quedan menos islotes, sin hispanizar, de lenguas indígenas. Además, como esos reducidos islotes están en franco retroceso, no significan ya peligro grave para la unidad del español. Su existencia es similar, equivalente, a la del vasco en España. Los numerosos inmigrantes que América recibe constantemente adquieren la lengua española, incluso los peninsulares (catalanes, gallegos, vascos), que llegan al Nuevo Mundo hablando sus lenguas regionales. Esto convierte a América en el campo de hispanización más poderoso del mundo.

"La lengua es compañera del Imperio" había dicho Nebrija. Hoy no existe ese imperio en el sentido recto de la palabra, pero sí existe -afirma Rosenblat¹³¹- el imperio de la cultura, que tal vez tenga, en el mundo actual, fuerzas más poderosas. "El destino de la lengua responde -salvo contingencias catastróficas- al ideal de sus hablantes" (p. 52). Y el ideal general es la universalidad, es decir, la lengua culta, nunca las hablas locales; y la lengua culta, como ya hemos señalado, pasa por encima de las variedades particu-

130 Ángel Rosenblat, "La hispanización de América" en PFLE II, p. 215.

131 Lengua y cultura de Hispanoamérica, Caracas, 1962, pp. 48-49

lares y es mucho más homogénea que la lengua vulgar. "La unidad de la lengua española sólo puede ser obra de la cultura común. Y entiendo por cultura común, más que la adoración del tesoro acumulado por los siglos, la acción viva, permanentemente creadora, de la ciencia, el pensamiento, las letras. La República del castellano está gobernada, no por los más, sino por los mejores escritores y pensadores de la lengua"¹³².

Amado Alonso siempre había dicho que el fraccionamiento de las lenguas no es inevitable; lo que sí es inevitable es la evolución. Pero la evolución no tiene por qué suponer una disgregación; lo que es necesario es que la evolución sea paralela en América y en España, y también dentro de los diferentes países que forman América. Alonso hablaba de una "acomodación" recíproca entre España y América, en el estilo, en la gramaticalización. Y hasta albergaba la esperanza de que el Diccionario de la Lengua, en un futuro no lejano, suprimiera la limitación del término "americanismo" para considerar esas palabras simplemente como términos de la lengua española. También señalaba la importancia que tiene el hecho de que poseamos una lengua escrita que mantiene su unidad en todo el campo hispánico y que influye notablemente sobre la hablada. "Mientras subsista o se mejore este tipo de cultura, las hablas de todas nuestras naciones evolucionarán en convergencia hacia un ideal de unidad"¹³³. Natural-

132 A. Rosenblat, El castellano de España y el castellano de América. Caracas, 1962, pp. 57-58.

133 A. Alonso, El problema de la lengua en América. Madrid, 1935, p. 115.

mente que esa unidad puede romperse, pero nunca mientras la cultura se conserve formando un único bloque común. Es además esperanzador el hecho evidente de que el habla oral de las ciudades americanas tiende a seguir el modelo del habla literaria, lo que es un camino que conduce necesariamente hacia la unificación.

Pedro Henríquez Ureña consideraba también definitivamente superado el temor de que se formaran lenguas diferentes en América. Y la razón principal que disipaba el peligro era la relación cada vez más estrecha que los países americanos mantienen entre sí, reanudando lazos culturales y espirituales¹³⁴.

La esperanza de que la lengua inglesa no llegue a diferenciarse mucho en América o en Australia llevó a Meillet a expresar los mismos augurios para el español. Es cierto que consideraba ya importantes las diferencias lingüísticas actuales existentes entre España y América, pero dentro todavía de la unidad. Era pues necesario mantener y fortalecer esa unidad, para que las diferencias no se acentuaran. Y señalaba también el papel fundamental que la cultura podía ejercer a este respecto¹³⁵.

134 "La nube se ha disipado bajo la presión unificadora de las relaciones constantes entre los pueblos hispánicos", Pedro Henríquez Ureña, Obra crítica, México, 1960, p. 245.

135 "Les divergences déjà sensibles que l'indépendance politique, la différence de situation et les origines variées des sujets parlants ont introduites entre le castillan et la langue de Chili ou de la République Argentine ne s'accroissent pas de manière à produire des idiomes nouveaux. C'est le rôle de l'école et de la li-

El aislamiento de los países hispánicos durante el siglo XIX había sido empobrecedor. Herrero Mayor piensa que la decadencia de la literatura española de fines del siglo pasado, que respondía a una lengua pobre también, no era sino consecuencia de ese aislamiento. Las relaciones y no sólo el conocimiento, sino el entendimiento mutuo panhispánico, es lo que llevará a un enriquecimiento lingüístico y literario, y, a la vez, a una unidad de cultura que será consecuencia de ellos. Esto evitará todo el peligro de una posible escisión. Si Hispanoamérica, como unidad espiritual, se incorpora a la historia de la cultura universal, su futuro estará asegurado. "Así el futuro del idioma, en vez de amenazado por la negra nube de la fragmentación, lo prevemos llegar a una más perfecta unificación que la que ahora logra"¹³⁶.

Medidas recomendadas para conservar la unidad del español

"El peligro[de ruptura] es real, pero eso quiere decir que la cultura tiene hoy imperativos más perentorios, más dramáticos. La unidad de la lengua española sólo puede ser obra de la cultura común" ha dicho A. Rosenblat. En efecto, aun dentro de la visión optimista

ttérature de maintenir les unités linguistiques une fois créés"

A. Meillet, "Differentiation et unification dans les langues", p. 121.

¹³⁶ R. Menéndez Pidal, Castilla. La tradición. El idioma. Madrid, 1945 p. 205.

del futuro de la lengua, existe siempre la amenaza de una posible fragmentación. La preocupación por esta posibilidad es lo que ha llevado a los filólogos -desde el siglo pasado- a analizar cuáles serían las causas de esta fragmentación y cuáles los remedios para atacarlas. El distanciamiento entre la lengua de América y la de España es un hecho evidente, y las soluciones para evitar que ese distanciamiento vaya progresando hasta dar origen a una catástrofe, han menudeado desde hace varias décadas. Pero es tal vez hoy cuando más seriamente se han considerado las medidas que serían necesarias para que el español -lejos de distanciarse en los diferentes territorios- tienda a unirse cada vez más, logrando el ideal de lengua panhispánica deseado por todos. Inclusive la creación en España de un órgano oficial, con colaboración de todos los lingüistas americanos, revela la preocupación de carácter más constructivo por encauzar todos los esfuerzos hacia fines concretos y evidentes.

La mayoría de los filólogos ha estado de acuerdo en señalar que una actividad de la Academia de la Lengua bien encauzada hacia los fines que se persiguen, sería un hecho de fundamental importancia. Ya a fines del siglo pasado, los amargos reproches que Ricardo Palma hacía a dicho organismo no eran en el fondo sino un deseo de que América no fuera ignorada por ella, de que su radio de acción no abarcase solamente la Península, sino, con el mismo interés, a todos los dominios del español. El hecho de que el Diccionario de la Lengua admitiese arbitrariamente -o rechazase- términos americanos, no servía más que para sembrar discordias, establecer la separación, distanciar a los países americanos de España¹³⁷. Esto es lo

137 "Este exclusivismo de la mayoría académica importa tanto

que impulsó a Palma a publicar su vocabulario sobre Algunas voces del lenguaje americano que no se encuentran en el Diccionario de la Academia.

En la actualidad se procura, precisamente, evitar que pueda suceder tal cosa; se procura conseguir que la Academia sea cada vez más un vínculo fuerte entre todas las naciones hispánicas, y que el Diccionario refleje, no la lengua española, sino la lengua hispánica. Hoy se tiende a pensar que es necesario un organismo que ejerza una especie de tutoría sobre la lengua, que controle el léxico cuando empieza a crecer de una manera desmesurada, que prevenga las palabras nuevas que los nuevos inventos exigen, que contenga la diversificación. Puesto que ya existe una Academia de la Lengua Española con sus correspondientes en todos los países americanos, es ella la que debe ejercer estas funciones. Los últimos congresos de academias se han ocupado primordialmente de esto. En el II Congreso, Dámaso Alonso dijo que las academias pueden ejercer, aunque sólo en parte, estos cometidos, pero que son necesarios además Institutos anejos, que se dediquen a estudiar más profundamente todo lo relacionado con las diferentes hablas hispánicas. Recomendaba la renovación, el rejuvenecimiento de las instituciones, y el rechazo del término "purismo" como algo que pudo ser válido sólo en los siglos pasados. Hoy el lema debe ser "unidad idiomática"¹³⁸.

decirnos: -Señores americanos, el Diccionario no es para ustedes. El Diccionario es un cordón sanitario entre España y América. No queremos contagio americano". R. Palma, Neologismos y americanismos, p. 16.

138 Cfr. "Unidad y defensa del idioma" en Memoria del II congreso

Los principales centros de cultura, universidades, colegios, institutos, escuelas, deben colaborar con las Academias y, naturalmente, los gobiernos de cada país deben prestar toda clase de ayuda a esos centros¹³⁹. Los filólogos coinciden en considerar que el desarrollo de la cultura ha de ser uno de los grandes pilares que eviten la fragmentación; por lo tanto es necesario extender la cultura ya desde los niveles más elementales, es decir, desde la escuela primaria. Luis Alfonso, secretario de la comisión permanente de Academias de la Lengua, propuso en el II Congreso que no sólo se enseñase bien el español en la escuela, sino que se enseñase también el latín. Unido a todo esto, se ha indicado la necesidad de cuidar la propiedad idiomática en los medios de difusión generales, (prensa, radio, televisión, cine), que llegan a todas partes y que ejercen enorme influencia en muchísimas personas de cultura media y baja¹⁴⁰. Este cuidado debe alcanzar también a los documentos oficiales y a la propaganda comercial.

Después del Congreso de Academias, las americanas propusieron una serie de medidas, destinadas todas ellas a defender el español, las cuales -en palabras de Félix Restrepo- pueden resumirse así:
Academia Salvadoreña: "formación de organismos colaboradores de las

de Academias de la Lengua Española, Madrid, 1956, pp. 47-48.

139 Cfr. Luis Alfonso, "La enseñanza de la lengua y la corrección idiomática" en BAAL, 21 (1956), 155-156.

140 Cfr. Luis Alfonso, "La enseñanza de la lengua y la corrección idiomática"; G. Carrillo Herrera, "Tendencias a la unificación idiomática hispanoamericana e hispana. Factores externos"; Jerónimo Mallo,

filiales"; Academia Chilena: "la ayuda de poderes públicos y la cooperación de la prensa y de la radio"; don Adrián Recinos, director de la Academia Guatemalteca propuso la elevación cultural de "todos los centros e individuos que por su relación frecuente con los habitantes pueden influir en su manera de expresarse"; la Academia Colombiana, "la organización de cursos de capacitación lingüística para quienes vayan a desempeñar labores vinculadas al idioma en el periodismo, en la radiodifusión y en la televisión, y la creación en todos los países hispanos de organismos de vigilancia de la pureza del idioma"; Berro García sugirió crear en Bogotá "como centro lingüístico de las distintas hablas o zonas idiomáticas de la América hispana una junta hispanoamericana de compilación lexicológica con el propósito de preparar, registrar y redactar el gran Diccionario Hispanoamericano de la Lengua Española"¹⁴¹.

La idea de crear un Diccionario de la lengua "capaz de satisfacer las necesidades lexicográficas de los que en este continente presumimos de hablar español" también fue propugnada por Baldomero Sanín Cano¹⁴² como remedio para suplir las deficiencias que, respecto de América, presenta el Diccionario de la Lengua Española.

Muy diferente a esto era la idea que Unamuno tenía sobre el problema de la salvación de la lengua. Para él era absolutamente necesaria una reforma que partiera de España y que convirtiera al

"La defensa de la unidad del lenguaje común de Hispanoamérica", etc.

141 Félix Restrepo, "Alarma en el mundo hispánico", pp. 19-22.

142 Divagaciones filológicas y apólogos literarios, p. 32.

castellano en una lengua "digna de los varios y dilatados países en que se ha de hablar, y capaz de traducir las diversas impresiones e ideas de tan diversas naciones". Siendo así, un idioma basado en el castellano, pero ampliado lo suficientemente para llenar las necesidades de todos los hispanohablantes, no habría el menor peligro de ruptura, puesto que sería la lengua de todos¹⁴³. Más, para Unamuno, la tutela de la Academia de la Lengua, lejos de ser beneficiosa, resultaba ser la traba principal que coartaba la posible existencia de esa lengua ideal panhispánica. La lengua -decía- debe tener plena libertad; y aunque no defendía los galicismos, afirmaba que no representaban el menor peligro, porque muchas de las palabras que hoy admiten hasta los puristas, fueron algún día galicismos, italianismos, o latinismos. "Roto el respeto a la autoridad de una gramática autoritaria y casuística a la vez, cada cual verterá sus ideas a la buena de Dios, según la gramática natural, en el lenguaje que más a boca se le venga, y todas las diferencias que de aquí surjan entrarán en lucha, serán eliminadas o seleccionadas éstas o las otras, se adaptarán al organismo total del idioma a la vez que lo modifiquen aquellas, e irá así haciéndose la lengua por dinámica vital y no por mecánica literaria" ("La reforma del castellano", p. 317).

143 "Hay que hacer el español, la lengua hispanoamericana, sobre el castellano, su núcleo germinal, aunque sea menester para conseguirlo retorcer y desarticular al castellano; hay que ensancharlo si ha de llenar los vastos dominios del pueblo que habla español". "La reforma del castellano" en Ensayos I, p. 317.

Muchos escritores han visto a la literatura como el mejor medio de acercamiento espiritual entre españoles e hispanoamericanos. Y este tipo de acercamiento, que es el más profundo, el más completo, sería el que evitaría divisiones externas. A fines del siglo pasado, Ricardo Palma hizo ver con tristeza la indiferencia que entre sí mostraban los pueblos situados a ambos lados del Atlántico, y repitió, como ejemplo, las palabras pronunciadas en un congreso celebrado en España: "Tengamos en cuenta que el pueblo americano se ocupa de nosotros, pero que, desgraciadamente, nosotros no nos ocupamos de él; que no nos conocemos, y es necesario que nos conozcamos" (en Neologismos y americanismos, p. 8). Hoy el problema ya no es el mismo; y el intercambio literario es mucho mayor, aunque no todavía lo suficientemente intenso. Es por eso por lo que se sigue insistiendo en la necesidad de difundir la literatura, como uno de los medios más eficaces para unificar el idioma. Naturalmente que la manera más conveniente de hacer llegar a todos las obras maestras de nuestra literatura, es editándolas a precios asequibles y difundiéndolas por todos los rincones. Amado Nervo fue, con sus ensayos, uno de los primeros en proclamar la necesidad de hacer libros fácilmente asequibles: "¿Cual es el remedio para tamaño mal? [la fragmentación] Los hombres ilustrados de España y de América piensan que una más íntima unión mental entre todos los que hablamos español, un intercambio más nutrido de libros, la edición a precios verdaderamente mínimos de las obras maestras del lenguaje y del estilo, sobre todo de las modernas, pues las clásicas suelen ser ya ilegibles para el pueblo, y sobre todo la instrucción del repórter, que, desgraciadamente, en América es el que se hace leer del pueblo, sin sa-

ber -por su crasa ignorancia- ni en qué idioma escribe, retardaría, si no conjuraría del todo, el peligro". ("La lengua y la literatura", p. 93).

"Menéndez Pidal -y yo con él- (decía Amado Alonso) confía, para el mantenimiento de la unidad de nuestro idioma, en la acción niveladora de la lengua literaria, ideal hacia el cual orientan su hablar cotidiano las personas cultas de todas partes"¹⁴⁴.

La misma confianza en la efectividad de la literatura como defensora de la lengua mostraba el académico mexicano Enrique Martínez Sobral; pero de la literatura regida por un criterio académico, cuya consecución sería uno de los más valiosos cometidos de las Academias¹⁴⁵. La divulgación de las obras literarias es una necesidad que muchos filólogos han subrayado y que hoy se convierte en uno de los medios fundamentales para mantener la unidad lingüística. El conocimiento de la literatura lleva a la familiarización con los giros del habla característicos de cada región, y esta familiarización originará la "acomodación recíproca de los hablantes" que Amado Alonso señalaba como tan necesaria para la unidad.

El ideal de una koiné lingüística podría concebirse con la voluntad decidida de los hablantes: "Cada hispanohablante culto debe hacer suya por el conocimiento y el amor toda creación valedera nacida en nuestra lengua, donde quiera que haya surgido. Con este "intelletto d'amore" se provocarán influencias mutuas que conduzcan a la formación de una koiné. Es lo que se nos impone en tiempos de

144 Reseña a A. Alonso, RPH, VI, 1944, p. 407.

145 Cfr. Memorias de la Academia Mexicana. Tomo X, pp. 189-190.

progresiva uniformidad en todos los órdenes de la vida. Esa koiné garantizaría por unos siglos más -quién sabe si muchos- la pervivencia de un español sin fracturas"¹⁴⁶.

Sólo de los hablantes depende la lengua, decía Menéndez Pidal; y de la lengua depende la fraternidad de millones de seres. El hombre es quien tiene en sus manos el dominio del futuro lingüístico y, por lo tanto, de la unión espiritual de muchos pueblos. "La evolución del lenguaje está en manos de sus hablantes y depende de la atención o del descuido negligente con que miren la constitución y desarrollo del idioma que manejan. Todo es que los hablantes sientan la necesidad de emplear trabajo y esfuerzo en guiar la evolución del idioma, en favorecer una u otra tendencia, en contener la propensión vulgar simplificadora, como se está conteniendo, muy débilmente por cierto, en la pérdida de la d entre vocales. El resultado correctivo será completo"¹⁴⁷.

Zamora Vicente decía que hay que empezar a emplear siempre el término lengua hispánica, mucho más amplio que el de española, término que, partiendo de la base de una unidad indivisible, albergue todas las variedades dignas de tenerse en cuenta. Es decir, ése sería el término que definiría la lengua de la ideal koiné formada por los pueblos de habla española.

"El alma de los idiomas está en su sintaxis" decía Ricardo Palma; no perjudica a su estructura si el léxico se amplía infinitamen-

146 R. Lapesa, "América y la unidad de la lengua española", p. 310.

147 E. Menéndez Pidal, "Nuevo valor de la palabra hablada y la unidad del idioma" en BAAL, 21 (1956) pp. 429-443. Cfr. también Castilla. La tradición. El idioma. Madrid, 1945, p. 185.

te. Lo que es necesario es que su corazón, es decir, la sintaxis, permanezca intocada. La autoridad que frene el crecimiento del vocabulario no es, pues, en absoluto beneficiosa, y por el contrario, la intransigencia puede ser perjudicial.

Con un criterio más actual, Ángel Rosenblat se ha preocupado de un aspecto del vocabulario que es de suma importancia en nuestros días: los tecnicismos. Al nacer vertiginosamente nuevas industrias, nueva maquinaria, nuevas ciencias, es necesario disponer de un vocabulario inexistente que se va creando con gran velocidad. Pero, por diferentes motivos, este vocabulario no es el mismo en todos los países, y esa diversidad puede ser un elemento disgregador en el futuro. Rosenblat sugiere como solución a este evidente peligro, que se establezca una regulación internacional, obra de especialistas procedentes de diversos países hispánicos, por la que se rijan todos los pueblos de habla castellana¹⁴⁸.

Estado actual del problema

En las últimas décadas de este siglo, todos los intereses filológicos hispánicos parecían encaminados a encauzar la lengua de una manera común, sin prejuicios de índole nacionalista que pudieran afectar a la futura unidad. A la vez, los diferentes países estaban de acuerdo en organizar congresos y reuniones académicas, que ayudasen a crear sistemas y normas comunes para que la lengua evolu-

148 Cfr. A. Rosenblat, El castellano de España y el castellano de América, p. 47-48.

cionase de una manera semejante, de modo que se refrenase la excesiva diversificación.

A este fin se convocó el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española en la ciudad de México, el año 1952. El hecho de celebrar una reunión de mutuo acuerdo entre los países hispánicos, y de que a ella asistiesen los principales académicos y filólogos de la lengua española, era ya un indicio de bonanza en los destinos futuros del idioma. Fue por ello en extremo sorprendente que surgiera en aquel momento, y en el seno mismo del Congreso, una moción separatista, y que esta moción fuera defendida por los representantes de varias academias americanas correspondientes. La propuesta de ruptura decía así: "Es de recomendar, y se recomienda, que las Academias Americanas y Filipina Correspondientes de la RAE, renuncien a su asociación con ésta última y asuman así de lleno la autonomía de que no deben abdicar y la personalidad íntegra que les es alienable"¹⁴⁹. La moción fue apoyada por una serie de académicos; el Sr. Arciniegas, de la Academia Colombiana "se mostró partidario de la independencia de las Academias americanas, por cuanto, sostuvo, que en América había personas de la más alta capacidad que podían resolver los problemas técnicos que presenta el idioma español" (p. 382). El representante de la Academia Dominicana "declara que siente mucho pensar que todavía quedan en América sedimentos de coloniaje cultural" y "termina diciendo que una persona que esté al margen del Congreso, pensará que el coloniaje no ha cesado" (p. 410). El represen-

¹⁴⁹ Memorias del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, México, 1952, p. 419.

tante de la Academia Peruana, Dr. Hoyos Ozores "opina que se ha dicho a los congresistas, en sustancia, que están llenos de un servil espíritu de subordinación a la Academia Española, y que si no aprueban la ruptura con ella, cometerían una indignidad" (p. 413).

También hubo disidencias con la Real Academia de la Lengua a causa del Diccionario; se afirmó que era insuficiente, y se propuso crear otro mucho más amplio, que consignara todas las palabras americanas en igualdad de condiciones con las españolas. El académico guatemalteco David Vela dijo que "el Diccionario de la RAE no corresponde a las actuales formas de vida en América ni a las necesidades múltiples, populares y eruditas del idioma. Apoya la decisión de componer un Diccionario General de la lengua, obra grande que respondería a la noble ambición de superación que el Congreso representa" (p. 393). Alberto María Carreño, de la Academia Mexicana, afirmó que "es más práctico acudir al diccionario inglés de Webster que al de la RAE cuando hay duda acerca del significado de ciertas palabras" (p. 392).

Pero la creación de un nuevo diccionario fue rechazada por el académico peruano Hoyos Ozores: "la principal finalidad del Congreso es la conservación de la unidad fundamental del idioma. Si aparte del Diccionario de la Real Academia Española se hiciese otro, se daría un paso decisivo hacia la desintegración del idioma" (p. 395).

La consideración de que el objeto del Congreso era proteger la unidad de la lengua triunfó sobre todas las disidencias, y al fin de las sesiones todos los académicos estuvieron de acuerdo. El discurso de clausura, que pronunció el académico mexicano José Vasconcelos, mostraba la satisfacción general por los frutos obtenidos:

"El peligro de escisiones que hubiesen deshonrado nuestra acción, quedó vencido fácilmente, gracias al arraigado sentimiento hispánico de esta asamblea". "Aquí fuimos llamados para fortificar el baluarte de la la lengua.... no para dispersarla en capillas de reducido nacionalismo. Después de la prueba nos hallamos contentos" (p. 429).

No obstante, la preocupación por la lengua sigue siendo hoy un asunto que se tiene muy presente; a partir de ese Primer Congreso de Academias se han venido celebrando otros congresos ininterrumpidamente: En Madrid, en 1956, el Segundo Congreso; en Bogotá, en 1960 el Tercero; y en Buenos Aires, en 1964, el Cuarto.

En Madrid se fundó la Oficina Internacional de Información y Observación del Español, que en 1963 convocó el I Congreso de Instituciones Hispánicas, donde se reunieron los principales especialistas en lengua y literatura de cada país hispánico, para estudiar todo lo relativo a los problemas actuales de la lengua.

El estado actual de la situación en cada país hispánico ha sido expuesto en diversas ocasiones. Las opiniones emitidas no siempre han coincidido, pero quizá de esas opiniones contradictorias pueda surgir también alguna solución positiva.

Uno de los problemas más debatidos aún hoy es el del nacionalismo; se discute si el nacionalismo originado en la Argentina en el siglo XIX perdura todavía o si es ya algo que pertenece exclusivamente al pasado. Aunque Menéndez Pidal había afirmado que "la idea del idioma nacional está muerta y enterrada siete estados bajo tierra" y hoy se tiende a pensar que -si no totalmente- es así en la mayor parte de los países americanos, hay todavía quienes sostienen

lo contrario. "No estamos, pues, con el criterio del eminente historiador don Ramón Menéndez Pidal, de que la escisión intentada en la Argentina, respecto de nuestra lengua, <<está muerta y sepultada bajo siete estados de tierra>>. Esas fuerzas de disgregación han estado siempre, y siguen estando en actividad, como ciertos volcanes que tienen períodos determinados de aparente calma. No por la acción preponderante de los hombres, que son meros accidentes en la vida de los pueblos, sino por la fuerza irresistible de la evolución, de la que no se escapa ningún idioma culto de los que actualmente viven"¹⁵⁰. También Malmberg en "L'espagnol dans le nouveau monde" piensa que el nacionalismo argentino no es algo totalmente muerto: "A l'époque actuelle, il est possible de distinguer deux tendances opposées dans l'évolution linguistique en Argentine. L'une, c'est le courant nationaliste qui se réclame de Sarmiento et qui, avec des termes comme "idioma nacional" ou même "idioma argentino" veut se débarrasser de la tutelle espagnolle" (p. 62).

No obstante, los más de los escritores piensan que esta corriente nacionalista ya es sólo algo del pasado: "Entre los argentinos no se plantea ya, como antaño, -en la época de la Independencia y en el declive de los siglos XIX y XX- el entonces debatido problema del llamado "idioma nacional". De cuando en cuando, con todo, no faltan quienes aun sin actualizar la absurda denominación se muestran incómodos cada vez que ocurre emplear el término "caste-

150 Manuel A. Casartelli, "Espejismo y realidad del lenguaje rioplatense" en Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid), 1955, nº 61, (pp. verdes sin numerar).

llano" o "español" como designativo del habla general que nos hermana espiritualmente"¹⁵¹.

Por otra parte, Ángel Rosenblat piensa que en la designación argentina de "lengua nacional" no había en realidad ningún prurito de independencia lingüística, sino que era un término que respondía a la nueva nomenclatura creada por la Revolución. De igual manera que en Francia se usa Langue nationale para distinguir la lengua oficial de los dialectos, en la Argentina el uso del término no encerraba tampoco un verdadero afán separatista¹⁵².

Hoy, en general, los filólogos argentinos coinciden en afirmar que la poca o mucha influencia que tuvieran las hablas jergales (cocoliche y lunfardo) sobre el español argentino ha desaparecido por completo, y que la tendencia general se dirige hacia la búsqueda de una mayor corrección en el lenguaje. Hay, sin embargo, quienes no se muestran de acuerdo¹⁵³ y señalan las diferencias lingüísticas que pueden advertirse en las distintas clases sociales. De

151 Ángel J. Battistessa, "El argentino y sus principales interrogantes frente a los problemas de la unidad de la lengua" en PFLE I p. 200.

152 Cfr. "Las generaciones argentinas", p. 577.

153 Manuel A. Casartelli en su artículo "Espejismo y realidad del lenguaje rioplatense" habla de la "perniciosa influencia del lunfardismo porteño". También Rodolfo A. Borello, "Actitud del argentino medio frente a la lengua" en PFLE I, pp. 193-198, habla de una clase social argentina que hoy todavía usa una serie de "lunfardismos".

cualquier modo, puede reconocerse hoy una tendencia general hacia la corrección: "Les efforts qui se font sentir partout en Argentine a l'époque actuelle pour enseigner à tous une langue ((correct)) prouvent qu'on commence à sentir la nécessité d'une véritable norme linguistique: On se rend compte, semble-t-il, plus qu'aupravant, de l'importance de l'unité linguistique du monde espagnol". "D'une façon générale, la tendance va vers une plus grande "hispanisation" de l'espagnol argentin. Si le siècle passé fut pour l'Amérique espagnole un période de divergence, il me semble évident que l'époque actuelle est plutôt caractérisée par une évolution convergente" Malmberg, *L'espagnol dans le nouveau monde*, pp. 62-63).

En esta tendencia correctiva participan también las instituciones oficiales: "En nuestro país se intensifica en estos momentos la tarea correctiva en el orden técnico y moral del idioma. Hay tres grandes corrientes de perfección: la obra de la Academia Argentina de Letras; la prédica de la prensa mayor con sus secciones de lenguaje y el impulso presente del ministerio del ramo educativo"¹⁵⁴. La clase argentina más depurada -ha observado A. Battistessa- es la que más se esfuerza en hablar y escribir una lengua correcta, porque es la que más clara cuenta se da de los beneficios que supone el hecho de hablar la misma lengua de otras veinte naciones. Y esta lengua de la clase culta es la que marca la pauta que todos los hablantes tratan de imitar. "El atenemos a los modos de hablar de los más cultos y a la lengua escrita de los buenos escritores conso-

¹⁵⁴ Avelino Herrero Mayor, "Presente y futuro de la lengua española en América" en *PFLE II*, p. 122.

lida la unidad histórica del español general"¹⁵⁵.

Luis Alfonso muestra las deficiencias de la enseñanza primaria como uno de los factores de corrupción idiomática, y a la radio y la televisión argentinas como dos grandes fuerzas, que, junto con la propaganda comercial, contribuyen al empobrecimiento y a la vulgarización del lenguaje¹⁵⁶. Los indigenismos están en la Argentina en franco retroceso, por el escaso número de indios que aún hablan sus lenguas autóctonas(150 000). El guaraní sigue ejerciendo alguna influencia en el habla de la provincia de Corrientes, pero el yopará es ya una lengua mezclada. Los anglicismos se están extendiendo más en la actualidad -señala Battistessa- aunque no de una manera alarmante.

También se puede considerar hoy que la tendencia purista extremada, que predicaba la servil imitación de la lengua de Castilla, tiende a desaparecer. "No se trata, pues, de subordinarse servilmente a España, sino sólo de que las normas de la lengua en la Argentina coincidan con las normas cultas generales de un idioma en cuyo dominio nunca se pone el sol" (L. Alfonso, op. cit. p. 181). Esto permite, naturalmente, que cada territorio tenga sus particularidades. "El estilo, el acento nacional, se mantendrá en el español de cada uno de los países independientes, pero las normas tradicionales y el sistema general deben mantenerse si no se quiere menoscabar la herencia común, el hablar de todos. La variedad no significa descenso ni empobrecimiento, sino expresión del espíritu de cada pueblo"

155 Berta Elena Vidal de Battini, "El español de la Argentina" en PFLE I, p. 189.

156 Luis Alfonso, "Tendencias actuales del español en la Argentina"

(B.E. Vidal de Battini, op. cit., p. 189). Así, señala Rodolfo A. Borello¹⁵⁷, hoy los jóvenes en la Argentina emplean el vos y el che normalmente, como peculiaridades personalísimas del país, que ya no se consideran "corrupciones", tal como pretendió Menéndez Pidal¹⁵⁸ y como también Américo Castro había definido.

Los escritores argentinos tienden, incluso, a reflejar este tipo natural de habla en sus obras, y existe cierta censura para los escritores que, como Mallea y Pagano, hacen hablar a sus personajes una lengua totalmente ficticia y falta de naturalidad, que los convierte en seres engolados y poco representativos de su país o región de procedencia.

Aunque, en líneas generales, las opiniones más autorizadas coinciden en sus impresiones sobre el estado actual de la lengua en la Argentina, es difícil llegar a conclusiones definitivas, si tenemos en cuenta la diversidad de criterios muchas veces expresados. Mientras que Luis C. Pinto cree que "hoy podemos afirmar, sin hesitaciones, que hablamos una lengua distinta a la española, sin que sea preciso para comprobarlo que dejemos de entendernos completamente peninsulares y argentinos"¹⁵⁹, Jorge Luis Borges sostiene lo con-

en PFLE I, pp. 165-176.

157 "Actitud del argentino medio frente a la lengua" en PFLE I, pp. 193-198.

158 "El Consejo Nacional cursó enseguida las oportunas advertencias al personal docente, y es de esperar que la presión escolar se mantenga, pues la más elevada opinión literaria no ha cesado de ocuparse en el degradado y degradante voseo". R. Menéndez Pidal, Castilla. La tradición. El idioma, pp. 202-203.

trario: ¿Qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación argentina? Yo les respondo que ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir. Un matiz de diferenciación sí lo hay: matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria"¹⁶⁰.

Un hecho interesante que ha sido señalado por Rafael Lapesa, es que en el mundo hispánico, constituido por veinte países independientes, ninguno de ellos ha tratado de erigirse en cabeza de los demás. Esta circunstancia ha favorecido la posición de España, y le ha permitido conservar la decisión normativa cuando se ha tratado de cuestiones referentes al idioma. Esto se debe, afirma Lapesa, a que el español de América no es uniforme, como muchas veces se piensa. En su opinión, esta situación lingüística es muy importante, y España debe tratar de conservar esta primacía, que mucho podrá contribuir a mantener la unidad. "Para que el timón siga en sus manos, será necesario que navegue con rumbo satisfactorio para todos, sin exclusivismos, con la mira puesta en el futuro más que en el pasado"¹⁶¹.

A pesar de esta falta de uniformidad del español americano señalada por Lapesa, otros lingüistas aluden al proceso nivelador que

159 La lengua nativa y el Plan Quinquenal. Buenos Aires, 1953, p. 6.

160 Jorge Luis Borges, El idioma de los argentinos, Buenos Aires, 1965, p. 30-31.

161 R. Lapesa, "América y la unidad de la lengua española", pp. 300-310.

se desarrolla en América desde el primer momento de la conquista, en una forma ininterrumpida hasta ahora. Ángel Rosenblat cita, como ejemplo de esta realidad, un hecho general en toda América: la pérdida de la segunda persona del plural en todo el sistema verbal y en las formas pronominales (vosotros, os, vuestro), fenómeno tardío, de los siglos XVII ó XVIII. "Yo creo que ese proceso nivelador que se manifiesta desde la primera hora en La Española, no se ha interrumpido hasta hoy"¹⁶². También ha observado Rosenblat que la mayoría de lo que hoy se consideran elementos fraccionadores del castellano de América, no lo son en realidad, sino que tienen su origen en España, y responden a una prolongación de las peculiaridades del español peninsular. "El estudio de las hablas peninsulares revela a cada paso que muchos de los argentinismos o mejicanismos que parecen más típicos, son arcaísmos españoles o provincialismos españoles" (p. 38). Esto mismo afirmaba García de Diego¹⁶³, al señalar que lo que muchas veces parecen ser voces discordantes del léxico americano tienen su explicación en las hablas rurales y regionales de España, muy frecuentemente en Andalucía y Extremadura. Y llega a la conclusión de que la diferencia de conjunto entre el español americano y el peninsular es relativamente pequeña, y tal vez menor que la que existe entre las diferentes regiones de habla castellana.

162 A. Rosenblat, El castellano de España y el castellano de América, pp. 39-40.

163 "Los malos y los buenos conceptos de la unidad del castellano", p. 9.

En América Latina hay unidad cultural, espiritual e histórica, ha dicho G. Carrillo Herrera¹⁶⁴ y esta cohesión es la que labra la unidad idiomática y actúa con fuerza suficiente para mantenerla por mucho tiempo. Para Herrero Mayor las pequeñas desavenencias lingüísticas entre los países americanos, no son sino consecuencias inofensivas debidas al crecimiento, que no impiden que el imperio de la lengua siga firme en América.

También Bertil Malmberg¹⁶⁵ piensa que todas las particularidades que se consideran como americanismos son fenómenos que existen en la Península (el seseo, la reducción de los grupos vocálicos disilábicos a diptongos, el yeísmo -que no es general-, la aspiración de s, la articulación velar de rr y tr). Esto permite reconocer una firme unidad, no sólo en las hablas americanas, sino entre éstas y el castellano peninsular. Incluso en la diferenciación regional y local advierte Rosenblat una tendencia hacia la unificación, que le permite afirmar que "la diversidad regional es inevitable y no afecta a la unidad, si se mantiene, como hasta ahora, la mutua comprensión. En cuatro siglos y medio de vida, el español hispanoamericano tiene, desde Río Grande hasta Tierra de Fuego, una portentosa unidad, mayor que la que hay desde el norte al sur de la Península Ibérica. Esta unidad está dada,.... por lo que Hispanoamérica

164 "Tendencias a la unificación idiomática hispanoamericana e hispánica", p. 28.

165 "Tradición hispánica e influencia indígena en la fonética hispanoamericana" en PFLE II, pp. 235-237.

tiene de común con el castellano general: la unidad del sistema fonémico, morfológico y sintáctico" (El castellano de España, pp. 42-43).

Navarro Tomás ha advertido cómo hay más semejanza entre la fonética extremeño-andaluza y la americana, que entre la asturiana, castellana y aragonesa: "El oído español puede confundir a un mejicano o antillano y hasta a un argentino o chileno con un extremeño o andaluz". Pero todas las discrepancias que puedan existir en el español son sólo familiares. Herrero Mayor señala cómo los cancilleres en las conferencias se entienden perfectamente, y las particularidades dialectales que puedan tener son sólo prueba de la flexibilidad de la lengua y expresión del genio particular de cada pueblo. Estos matices, no disgregadores sino caracterizadores, son los que para Rosenblat simbolizan la diferente personalidad americana y española: "El mejicano, el argentino, el colombiano podrán hablar la lengua culta de Castilla....pero al modular en las formas de expresión de su lengua la concepción o la emoción más íntimas, le infundirán su propia alma, su propio estilo. En ello consistirá siempre la diferencia fundamental entre el habla peninsular y la de las distintas repúblicas hispanohablantes. El alma del indio, del negro, del inmigrante, la historia de la conquista, de la colonización, de la independencia y de la guerra civil agregan una nueva nota, ponen un nuevo matiz emocional en el habla de las naciones hispanoamericanas, matiz que tienen también, por sus condiciones materiales y por su historia, las distintas regiones de la Península"¹⁶⁶.

166 "Lengua y cultura de Hispanoamérica" en La primera visión de

El crecimiento actual de las ciudades americanas y el hecho de que sus habitantes constituyan la mayor parte de la población de los países es una circunstancia importante para la nivelación, porque, como ya hemos dicho, las ciudades son factores igualatorios al ir absorbiendo los localismos y ruralismos de los que a ellas llegan. Además, como nos muestra Rosenblat en "Lengua y cultura de Hispanoamérica", se pueden considerar hoy borrados los resentimientos originados por las guerras pasadas. Las clases sociales que se formaron a raíz de la Independencia han dejado su lugar a otras clases dirigentes, y "aún a través de las vicisitudes y crisis de la autoridad política, la escuela ha ido desarrollando al menos el sentido de la autoridad idiomática" (p. 138). Actualmente se puede afirmar que "hay una unidad de español americano porque ese español americano reposa en una comunidad de lengua española. Claro que esa comunidad es sobre todo la de la lengua culta....Frente a la diversidad inevitable del habla popular y familiar, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España, una unidad que parece mayor que la del inglés de los Estados Unidos o el portugués del Brasil con respecto a la antigua metrópoli: unidad de estructura gramatical, unidad de medios expresivos"¹⁶⁷. Todas las opiniones coinciden hoy en esta conclusión; puede haber diversidad en las hablas locales, pero no la hay en la lengua literaria¹⁶⁸.

América y otros estudios, p. 38-40.

167 A. Rosenblat, El castellano de España y el castellano de América, pp. 44-46.

168 "Es necesario afirmar categóricamente este principio: la literatura que se produce en lengua castellana en los distintos países

La lengua culta, pues, en lo que es reflejo de la lengua literaria, tiene más unidad que la lengua popular. El gran poder actual de las ciudades, sobre todo de las grandes ciudades americanas, con sus centros intelectuales y culturales y con la creciente industria del libro, se refleja de una manera cada vez más patente en el habla general. Las dos ciudades mayores y de más rápido crecimiento en Hispanoamérica, Buenos Aires y México, con su irradiación de la palabra escrita y hablada a todo el continente, inclusive a España, son dos centros de gran fuerza niveladora. "D'autre part, le rôle dominant, même au point de vue intellectuel, qui joue maintenant la capitale argentine dans le monde hispanique ne peut ne pas avoir de conséquences linguistiques". "Cet état de choses influe lentement mais décidément sur l'espagnol écrit. Les grands journaux argentins sont lus dans tous les pays de langue espagnole, des auteurs et des savants espagnols, mexicains et autres, écrivent de plus en plus souvent pour un public argentin, ce qui amène l'adoption de mots argentins dans l'espagnol littéraire. Au koiné espagnol qui sera peut-être un jour le résultat de la lutte entre ces différentes tendances, l'argentin aura probablement donné una contribution importante"¹⁶⁹.

Hace más de veinte años, había señalado ya Amado Alonso las acomodaciones que se empezaban a establecer en la literatura; cómo, en un principio, nadie osaba escribir más que para un público español,

hispanicos es una y la misma". José León Pagano, "El idioma español en la Argentina" en Memorias del II Congreso de Academias de la Lengua, p. 52.

¹⁶⁹ Malmberg, "L'espagnol dans le nouveau monde" p. 63.

y cómo, pronto, se empezaron ya a tener en cuenta los gustos americanos. Los traductores rechazaban giros totalmente españoles o totalmente americanos, y preferían usar formas que no disonaran a los oídos de nadie. Esta tendencia se ha reforzado hoy, y ha contribuido a establecer la nivelación de la lengua literaria. Las diferencias fonéticas, que son -nos dice Lapesa- lo más evidente en la lengua hablada, no han llegado, afortunadamente, a la lengua escrita (la diferente pronunciación americana y española de s y z, de y y ll, etc.) y eso ayuda a su visible unidad. Si todos los oídos se acostumbraran a oír cualquiera de las grandes peculiaridades fonéticas hispanoamericanas, se daría un gran paso a favor de la nivelación en la lengua hablada ("América y la unidad del español", pp. 309-310). Hoy la radio y la televisión toman parte activa en esta difusión de las peculiaridades fonéticas. Como Rosenblat muestra, si alguien manejase el castellano sólo a través de gramática y diccionarios, podría llevarse grandes sorpresas. "Pero el que conozca el habla familiar y popular de otras partes de América, o el castellano hablado en Madrid o en Sevilla, se sentirá en casa propia"¹⁷⁰.

Los indigenismos americanos habían sido considerados con frecuencia como elementos diferenciadores, puesto que afectaban seriamente al habla de América, mientras que permanecían ajenos al habla de España. El español se había impuesto fácilmente en América, porque tenía unidad, y las lenguas indígenas eran muy diversas; pronto se convirtió en la lengua general, que era más cómoda para la fácil inter-

170 A. Rosenblat, Buenas y malas palabras. Caracas-Madrid, 1960, p. 21.

comunicación de muchos pueblos con idiomas diferentes. Donde había una sola lengua indígena, fue más difícil la implantación del español, y los problemas lingüísticos y culturales resultaron mayores¹⁷¹. Hoy la influencia de las lenguas indígenas se considera, en general, en retroceso, de modo que no suponen ya amenaza alguna para el español. Pero todavía hoy, Antonio Tovar, que ha hecho importantes estudios sobre este tema, afirma que "la supervivencia de nuestra lengua está ligada también a la de las grandes lenguas indígenas. Estas, o al menos ciertas de entre ellas, determinarán la evolución del español local, y si, como deseamos, se mantiene la unidad del idioma y éste sigue mutuamente inteligible a ambos lados del Atlántico, esas aportaciones indígenas seguirán teniendo al español común, de otra manera, pero como ya influyen en él con las palabras importadas de América que se han hecho de uso general desde los primeros tiempos"¹⁷². En la primera época de penetración del español en América, se formaron lenguas mixtas (español-quecha, español-nahuatl, español-guaraní), cosa que equivaldría a la lucha que el latín mantuvo en los rincones de la Rumania con el celta o con el vasco. Y Tovar piensa que lo mismo que de aquella lucha surgieron lenguas nuevas, como el francés o el español, de la lucha del español con las lenguas indias pueden también surgir lenguas nuevas en el futuro. Las lenguas indias que, como el guaraní, conservan toda su vitalidad, son de transcen-

171 Cfr. A. Rosenblat, "La hispanización de América" en PFLE II, pp. 194-195.

172 "Español y lenguas indígenas. Algunos ejemplos" en PFLE II, p. 251.

dental importancia para el español que vive en contacto con ellas.

Otras lenguas indígenas, como el quichua, van en cambio debilitándose. En el Ecuador no es ya una lengua uniforme, y esa falta de uniformidad es lo que le resta fuerza frente al castellano. En épocas pasadas hubo otras lenguas indígenas, pero todas perecieron ante el empuje del quichua, la más fuerte de todas ellas. Hoy son los indígenas de la costa los más conservadores. Los que viven en las montañas son bilingües, pero hablan un quichua malo, plagado de hispanismos. El único asidero cultural del indio es el español; en quichua no existen libros ni periódicos, ni es una lengua inteligible en la ciudad. Estas son las causas por las que el indio necesita del español y tiende a olvidar su lengua nativa, por ello en retroceso¹⁷³.

También se ha observado en México este retroceso del sustrato indígena. Su influencia es casi sólo apreciable en el léxico y en algunas articulaciones fónicas (v, tl). Pero en la fonología, como sucede en otros países, es muy hipotética¹⁷⁴. Lo mismo puede decirse de las posibles semejanzas entre el mapuche y el español de Chile, que se deben, más bien, a que éste posee el mismo fonetismo" que existe en mapuche como en tantas lenguas americanas y que resulta de la generalización de las tendencias simplificadoras que dirigen el desarrollo del castellano popular"¹⁷⁵.

173 Cfr. Humberto Toscano, "El español hablado en el Ecuador" en PFLE I, pp. 111-116.

174 Cfr. Juan M. Lope Blanch, "Estado actual del español en México" en PFLE I, pp. 80-91.

175 Bertil Malmberg, "Tradición hispánica e influencia indígena en

La penetración de los anglicismos en el español americano (más frecuente que en España) no parece ser un hecho alarmante, y resulta aproximadamente igual en casi todos los países de América. Es interesante el caso de Puerto Rico, por su especial situación política como colonia de los Estados Unidos. A pesar de que la mayor parte de la población es bilingüe, la influencia del inglés es menor de lo que suele creerse. Los anglicismos -no son muy frecuentes- se aplican casi exclusivamente a palabras nuevas, que no tienen equivalente castellano. El inglés no ha ejercido verdadera influencia en la lengua de la isla, que continúa formando una modalidad común con Cuba y Santo Domingo¹⁷⁶.

La caracterización que hace Luis Flórez¹⁷⁷ del español de Colombia -"variedad y unidad, tradición y renovación, arcaísmo y neologismo, vulgarismo y cultismo, indigenismo y extranjerismo, peculiaridades de elaboración propia y fenómenos generales, pobreza y riqueza, dogmatismo y libertad"- podría aplicarse a todos los países americanos.

la fonética hispanoamericana" en PFLE II, p. 240

176 Cfr. Rubén del Rosario, "Estado actual del español en Puerto Rico" en PFLE I, pp. 153-160.

177 "El español hablado en Colombia y su atlas lingüístico" en PFLE I, pp. 5-27.

T E R C E R A P A R T E

En esta últimas páginas de mi estudio sólo pretendo ordenar y sintetizar las opiniones más autorizadas que se han expresado en torno al problema del destino del castellano, y analizarlas a la luz de la lingüística de nuestra época. Mis conclusiones no pretenden ser originales, ya que se basan siempre en consideraciones de lingüistas contemporáneos que juzgo enteramente acertadas y aceptables. En su mayor parte, estas opiniones han sido ya citadas en los capítulos anteriores, lo cual me permitirá hacer uso de ellas sin necesidad de volver a citarlas textualmente.

Me parece oportuno revisar críticamente el parangón que durante tanto tiempo se ha establecido entre la historia de la lengua latina y la de la española. Parangón que fue, precisamente, el que hizo creer a Cuervo en la inevitable fragmentación del castellano, y el que aún siguen estableciendo no pocos filólogos de mérito.

Las coincidencias existentes entre las dos historias lingüísticas -romana y castellana- son obvias y han sido explicadas suficientemente por muchos de los autores antes citados. No vale, pues, la pena que insistamos en ellas. Considero, en cambio, que puede ser

fructífero preguntarse si tales coincidencias no serán más aparentes que reales. Tratemos de dilucidarlo¹⁷⁸.

Evidentemente que el parangón establecido entre la historia del latín y la del castellano abarca aspectos lingüísticos, históricos o culturales muy diversos, que conviene ir analizando particular e independientemente.

1).- La lengua del Lacio, el habla de aquel reducido territorio de la Península Itálica, se extendió y acabó por imponerse no sólo en toda la península en que había nacido, sino en territorios mucho más extensos y muy alejados de ella. De igual manera, la lengua de Castilla, el habla de aquel pequeño rincón de la Península Ibérica¹⁷⁹ se extendió y acabó por imponerse, no sólo en la Península, fragmentada ya lingüísticamente por pueblos poseedores de diversas lenguas y dialectos (vasco, árabe, catalán, gallego, etc.), sino también en territorios infinitamente más extensos y muy alejados de su centro matriz. Ciertamente también que, de la misma manera que la propagación

178 Por supuesto que creo que el positivismo lingüístico del siglo XIX -la consideración de las lenguas como organismos vivos, sujetos a un ciclo "biológico" inexorable de nacimiento, desarrollo, madurez, decadencia y muerte-, positivismo en el que vivía inmerso Rufino José Cuervo, debe ser hoy enteramente rechazado. Inclusive los últimos positivistas -como Schuchardt y Bréal- renegaron de sus ideas juveniles, para pasar a concebir la lengua como un hecho social o como una actividad espiritual, ajena a todo destino biológico o mecánico (cfr. entre otros, Menéndez Pidal, Castilla, pp. 184-185).

179 "Estonçe era Castyella vn pequenno rryncón, / era de castellanos Montes d'Oca mojón" (Poema de Fernán González, 170 a-b).

del latín fue consecuencia directa de la expansión política de Roma¹⁸⁰, la difusión del castellano fue el resultado del incontenible impulso imperial de Castilla, como bien intuía Antonio de Nebrija en la famosa dedicatoria a la Reina Isabel de su Gramática castellana. Pero tal vez a esto se reduzcan las coincidencias plenas entre la evolución de ambos idiomas.

2).- En efecto, mientras que la conquista de los diversos territorios que habían de pasar a formar parte del Imperio Romano fue obra de varios siglos (cfr. p. 32), la conquista del Nuevo Mundo fue empresa que se consumó, básicamente, en unas cuantas décadas. Consecuencia directa de ello es el hecho de que el latín recibido por cada uno de esos territorios del Imperio Romano era ya distinto del de las demás provincias: arcaico en Hispania, clásico -en un sentido temporal- en las Galias, y "moderno" o avanzado en la Dacia. En cambio América recibió un español básicamente uniforme, al menos desde el punto de vista histórico¹⁸¹. Esa diferenciación debida a razones cronológicas que caracteriza el habla de las distintas partes del imperio romano era, ya en sí, un poderoso germen de diversificación y fragmentación idiomática, como todos los romanistas han observado¹⁸². En cambio, la uniformidad histórica del español trasplantado a

180 Cfr. Tagliavini, Le origini, p. 61.

181 De su posible variedad dialectal o geográfica trataremos muy pronto (cfr. p.196 ss).

182 Cfr. la Primera Parte de este trabajo, pp. 32-34. El propugnador principal de esta tesis, una de las más antiguas en el campo de la romanística, fue Gustav Gröber en su estudio "Vulgärlateinische

las tierras de América no favorece, obviamente, la hipótesis de una posible fragmentación. Atendiendo a esta circunstancia -entre otras muchas, que también consideraremos-, pudo Rodolfo Lenz expresar su optimismo sobre el porvenir del idioma, años antes de que Cuervo incurriera en su atormentante escepticismo¹⁸³.

3).- La situación interna de los dos antiguos imperios, romano y español, no fue tampoco idéntica en lo que se refiere a sus sistemas de comunicaciones respectivos. Como ya hemos visto en la Primera Parte del estudio (pp.12-13), para los romanos era sumamente difícil mantener una vinculación estrecha entre las diversas provincias de su imperio, por más que se esforzaron en construir calzadas extraordinarias y por abrir vías marítimas no siempre fáciles. El aislamiento -relativo, pero no despreciable- en que habían de mantenerse las distintas regiones de la Romania, favorecía el desarrollo de las fuerzas divergentes implícitas en la inevitable evolución de las lenguas. Ya hemos visto cómo muchas de las innovaciones lingüísticas que se originaban en la metrópoli, no llegaban nunca a las zonas periféricas del imperio, o -si llegaban- lo hacían en forma ya tan debilitada, que no alcanzaban a echar raíces en esos territorios (cfr. pp. 12-14). Esa dificultad en las comunicaciones, esa falta de contacto íntimo entre las diversas provincias del mundo romano, se hizo casi absoluta tras la época de las invasiones germá-

Substrate romanischer Wörter", en Archiv für lateinische Lexicographie und Grammatik, I-IV (1883 y ss).- Cfr. Rohlf's, Diferenciación léxica, p. 21.

183 Rodolfo Lenz, "Para el conocimiento del español en América" en

nicas. Propiamente no fueron las lenguas germánicas en sí las causantes de la ruina de la latinidad lingüística, sino la situación histórico-social resultante de la invasión de los pueblos germánicos. Se produce entonces el aislamiento casi absoluto entre los territorios que habían formado parte hasta entonces del imperio. Los viajes entre unos países y otros resultaban poco menos que imposible, debido, entre otras cosas, a los riesgos que entrañaban. Inclusive para los poderosos: "El gran peligro de los viajes se hace sentir hasta para la hija del rey de Francia, que va a casarse con Recaredo en 584, y tiene que renunciar y volverse desde Tolosa dado el bandidaje en los caminos. Es muy significativa también la imposibilidad en que se halla el mismo Recaredo de comunicar al Papa la conversión del pueblo godo hasta un año después de la abjuración, y el retraso de otro año con que el Papa contesta expresando su inmensa alegría"¹⁸⁴.

Las comunicaciones entre los diversos virreinos de la Corona española nunca presentaron dificultades tan insalvables. En especial, a partir del momento de la independencia, cuando cada región se orienta hacia su propio centro político.

En tanto que durante los cuatro o cinco siglos siguientes al desmoronamiento del Imperio Romano, las comunicaciones entre sus antiguas provincias son cada vez más difíciles, hasta convertirse en nulas prácticamente, las comunicaciones del mundo moderno se han ido

BDH, VI, Buenos Aires, 1940, p.217-220.

184 Menéndez Pidal, Castilla, p. 190.

facilitando de manera prodigiosa desde el momento de la emancipación de América hasta nuestros días. Y todo hace suponer que cada vez se facilitarán más y más. Las largas travesías transatlánticas son hoy cuestión de horas. Los heroicos y singulares "viajeros" de hace poco más de un siglo han sido sustituidos por despreocupados "turistas", que pasan de un país a otro de América con más facilidad con que antes se viajaba de una capital de provincia a otra dentro del mismo país. Igual -si no es que mayor- desarrollo han experimentado los otros medios de comunicación indirecta: el libro, el periódico, las revistas, el cine, la televisión, instrumentos de comunicación constante y rápida con que no pudieron ni soñar los habitantes de la antigua Romanía.

Las diferencias existentes -en lo que a comunicación directa, "física", se refiere- entre la situación de la Europa medieval y la del mundo moderno, son tantas y tan evidentes, que no parece justificado detenerse aquí a enumerarlas.

Algo similar sucede en todo lo relativo a la comunicación cultural mantenida entre las partes de los dos imperios. El total aislamiento geográfico originó en la Romanía un aislamiento cultural casi tan profundo, que sólo en la segunda parte de la Edad Media pudo superarse. El acusado declive cultural del mundo latino fue seguido de un encasillamiento localista empobrecedor. La situación llega a ser, en el siglo VI, increíblemente desastrosa: "Sobreviene un agotamiento mental de las antiguas provincias. El apocamiento de la producción literaria de los romanos provinciales, que aunque comienza a notarse temprano es aún poco en el siglo V, llega a ser completa en el siglo VI. El África Proconsular, que del siglo III al V había

ofrecido una floreciente producción, tanto por parte de autores paganos como cristianos, desde Apuleyo y Tertuliano hasta San Agustín, Marciano Capella y Draconio, acaba su brillante historia literaria con el seco cronicón del obispo Víctor Tonense (ha. 570). La Galia de Ausonio, de Rutilio Namaciano, de Sidonio Apolinar y tantos otros, ve cortarse su antigua tradición literaria con la obra de Gregorio de Tours (m. 594). La Italia de San Ambrosio, de Rufino, de Boecio, de Casiodoro, ve extinguirse su larga serie de escritores con San Gregorio Magno (m. 604). La Hispania, que en la era de las invasiones produce a Prudencio, a Orosio, a Hidacio, en el siglo VI ya no se distingue más que por un escritor, y ése venido de Panonia, San Martín de Braga (m. 580). Un silencio de muerte se esparce sobre toda la *Romania*¹⁸⁵.

Y, como el mismo Menéndez Pidal observa, esos esporádicos brotes de cultura no consiguen extenderse, no alcanzan a rebasar las fronteras de la cultura local, ya que no disponen de los medios de comunicación, de difusión, indispensables para hacerse oír en el resto de la *Romania*: "La escritura se hizo escasísima. Tenemos datos para mostrar que el paso de un libro desde una comarca a otra vino a tener los caracteres de un acontecimiento señalado. La importación a España de los Morales de San Gregorio en 649 fue un verdadero negocio de Estado. Por otra parte, hasta los escritos breves y volantes escasean mucho en tiempos visigóticos: no se podía emplear el pergamino por ser muy caro; el ladrillo escrito antes de cocerlo, así como la pizarra, eran dos medios difíciles de ejecutar, y la ma-

185 Menéndez Pidal, Castilla, p. 191.

teria más adecuada, el papiro, llega a faltar por completo cuando los árabes conquistan Egipto (639), y con la conquista de todo el norte de África, convierten el tranquilo <<Mare nostrum>> en un mar ajeno, enemigo y de navegación peligrosa. En suma, la lengua escrita se hace casi imposible; la lengua común se ve privada de este modelo, que siempre fue el más alto y eficiente modelo de uniformidad" (id. p. 190).

A este derrumbamiento de la cultura romana y al aislamiento cultural subsiguiente entre las antiguas provincias debe achacarse, en gran medida, la fragmentación de la lengua latina, y no al simple hecho político de la destrucción del imperio. Tal es la opinión de Lenz, Wagner, A. Alonso¹⁸⁶ y de la mayoría de los lingüistas que se han ocupado del problema. Y lo cierto es que nada similar a eso ha ocurrido en los territorios del antiguo imperio español. Ni la des-

186 "Le lingue romanze non sono sorte perché l'impero romano unitario si smembrò in vari stati, ma per la frattura materiale e spirituale prodotta dal collasso dell'Impero e dalle invasioni barbariche" (Wagner, Lingua e dialetti, p. 147).- "Las lenguas romances no nacieron porque el Imperio Romano, unidad estatal, se fraccionara en varios estados, como ha sucedido recientemente al Imperio colonial español, sino porque la cultura de que la lengua era instrumento y expresión se fraccionó en la barbarie del exclusivismo y de la vista corta, de la carencia de normas y de la carencia de verdaderos estados. Fue necesario un colapso de la cultura material y espiritual" (A. Alonso, El problema de la lengua, p. 115).- Cfr. también Herrero Mayor, Presente y futuro de la lengua, p. 44.

trucción del imperio fue consecuencia de ninguna invasión extranjera, ni la fragmentación política fue seguida de una paralela fragmentación cultural, ni a la decadencia política siguió una tan acusada decadencia espiritual. "Nell'America Spagnola avviene la frattura politica, ma mai quella culturale. Il fondo della lingua è sempre lo spagnolo popolare, e la lingua della cultura è lo spagnolo letterario" (Wagner, Lingua e dialetti, p. 147).

Cierto que, como ya hemos indicado en páginas anteriores, no han faltado quienes pensaran que, a la caída del imperio español, correspondió un fraccionamiento de la unidad cultural entre los recién nacidos países de América. Es innegable que, -carentes de la acción uniformadora de la metrópoli- las jóvenes repúblicas de América se aislaron, en algunos casos, unas de otras. Pero también es evidente que su aislamiento no alcanzó nunca, ni se aproximó siquiera, al grado de hermetismo en que cayeron las provincias del imperio romano. Siempre hubo personas, desde el momento mismo de las luchas de independencia, como Bolívar, o poco después, como Bello, o también como Caro y Gutiérrez, que mantuvieron siempre un horizonte de pensamiento que abarcaba a toda Hispanoamérica¹⁸⁷. "Por supuesto, el aislamiento de los países americanos era sólo relativo. A las redacciones, si no al público, llegaban diarios y revistas de otros países, y algunos hombres selectos dispersos por todo el continente seguían con cordial atención la vida literaria en todas partes. Una poesía que gustaba -me comenta Pedro Henríquez Ureña-, un artículo, un cua-

187 Cfr. G.L. Guitarte, "Cartas desconocidas", p. 252.

dro de costumbres se reproducía en muchos diarios y revistas de diferentes países (La tijera era el más frecuente secretario de redacción). Así puede formarse al final del siglo pasado un movimiento literario continental y sin intervención de España, con un nuevo estilo de poesía y prosa, el modernista, que poco después la extraordinaria personalidad artística de Rubén Darío hizo triunfar también en España"¹⁸⁸. Nada como esto, ni remotamente parecido, podría haber sucedido en la fragmentada Rumania de la primera Edad Media. Por eso, inclusive Unamuno, tras predicar la libertad, y aun "el libertinaje" lingüístico, podía expresar su confianza en la unidad futura de la lengua: "El rápido intercambio que a la vida moderna distingue impedirá la partición del castellano en distintas lenguas, pues [a través de esos medios de intercomunicación] habrán de influirse mutuamente las distintas maneras nacionales"¹⁸⁹.

En resumen, las condiciones culturales en que se hallaban las diversas partes del imperio romano poco después de su derrumbe son tan diferentes de las condiciones culturales y de comunicación que han mantenido los países desmembrados del imperio español, que su confrontación no puede conducir a conclusiones homogéneas.

4).- La supervivencia de la cultura hispánica, o de la cultura occidental en general, dentro de los varios países iberoamericanos, va íntima e indisolublemente relacionada con el mantenimiento de una lengua literaria en cada uno de ellos. Pues bien, la existencia de una lengua culta escrita, de una norma literaria -de que bá-

188 A. Alonso, en RFLH, VI (1944) p. 406, nota.

189 Cfr. "Sobre la lengua" en Ensayos, I, p. 326.

sicamente carecieron los países románicos durante buena parte de la Edad Media- es otro hecho que favorece el mantenimiento de la uniformidad lingüística hispánica. La lengua literaria ha sido y será siempre un modelo expresivo que sirve para frenar -si no para detener completamente- las tendencias evolutivas de todo sistema lingüístico. Cuando los más exaltados escritores argentinos predicaban apasionadamente la emancipación -la fragmentación- lingüística, laboraban más, aunque sin saberlo, por la unidad que por la diversificación, puesto que escribían, y al escribir se apegaban y divulgaban una norma expresiva culta, una lengua hispánica uniforme y niveladora. También sin proponérselo, Dante y Petrarca determinaron que el toscano -dialecto por ellos cultivado- se convirtiera en el vehículo literario general dentro del mosaico dialectal de la antigua Italia.

Pues bien: la influencia de la lengua literaria, de la norma escrita -de que carecieron los pueblos neolatinos durante siglos- aumenta hoy cada día más y más, ya que el número de los analfabetos disminuye constantemente en los pueblos de la América hispánica, de modo que las consecuencias niveladoras, lingüísticamente uniformadoras, de esa lengua literaria se hacen extensivas cada día a un número mayor de hispanohablantes.

No olvido que Juan Ignacio de Armas temía que el desarrollo de la literatura costumbrista (a que tan aficionado fue todo el siglo XIX) pudiera servir para fomentar el nacimiento de diversas lenguas regionales. En efecto -pensaba él- los escritores costumbristas ponen en circulación muchos vocablos de origen popular, dialectal, distintos muchas veces en cada uno de los países de América. Esta

divulgación de regionalismos, de localismos, contribuiría -sospecha- a precipitar la formación de diversos "dialectos" hispanoamericanos. Pues bien; creo que ni siquiera este temor está justificado. Aunque la lengua literaria sea regionalista, no por ello contribuirá a formar diversas lenguas nacionales. Al contrario: también la literatura costumbrista -inclusive la dialectal- es, por cuanto lengua escrita, uno de los más poderosos medios de difusión, de intercomunicación. Y -como más adelante veremos- la difusión internacional, el conocimiento mutuo de las peculiaridades lingüísticas nacionales o regionales, es uno de los caminos más seguros para mantener la unidad esencial de la lengua, la comprensión recíproca. Que no en otra cosa, sino en la "intercomprensión", radica la esencia de la unidad idiomática (cfr. p. 128 y ss.).

5).-Íntimamente vinculado con lo expuesto en el punto anterior están las consideraciones que pueden hacerse en torno al problema del analfabetismo. También a este respecto son obviamente distintas las condiciones prevalecientes en el mundo románico y en el hispánico. El número de analfabetos es cada vez menor en Hispanoamérica, contrariamente a lo que sucedió en la Rumania durante la época de fragmentación del Imperio. Evidentemente que los analfabetos, libres de toda reacción y uniformación por parte de la lengua escrita, propician la diversificación lingüística dialectal, en tanto que el habla de las personas alfabetizadas se hace más conservadora y uniforme bajo los efectos de la influencia de la lengua literaria, más respetuosa para con la norma establecida. La reacción culta -y la nivelación lingüística consiguiente- ha sido siempre un dique que ha detenido o ha retrasado los fenómenos evolutivos originados en el

habla coloquial. Las tendencias evolutivas, que tan libremente pudieron desarrollarse durante la Edad Media, están hoy refrenadas por el avance de la alfabetización. La situación, pues, vuelve a ser muy distinta también en este caso.

6).- También hemos aludido en la primera parte de este trabajo a otra circunstancia que suele propiciar la fragmentación lingüística: el hecho de que una lengua se hable en territorios muy extensos. Circunstancia ésta que comparten las lenguas latina y castellana. Se ha señalado reiteradamente que la enorme extensión territorial del Imperio Romano fue una de las causas que intervinieron en la fragmentación del latín¹⁹⁰. Ahora bien, es preciso matizar un poco esta afirmación. Parece admisible, en principio, afirmar que una lengua que se habla en un territorio muy reducido tenga más probabilidades de mantenerse uniforme que otra hablada en dominios muy extensos. Pero las mayores probabilidades de evolución y fragmentación de esta última no dependen -o, por lo menos, no dependen básicamente- de esa circunstancia geográfica en sí, sino de otras particularidades de ella derivadas. En un territorio muy extenso es posible que surjan diversos centros metropolitanos que puedan llegar a convertirse en otros tantos focos de irradiación lingüística diferente y diferenciadora. En un dominio territorial extenso es posible que las

190 Cfr. por ejemplo, W. von Wartburg, La fragmentación, p. 187: "La disgregación territorial condiciona también la variedad de la evolución lingüística".- Aunque en forma algo esquemática y unilateral, quien más decididamente ha sostenido esta tesis ha sido Matteo Bartoli, Introduzione alla Neolinguistica, Genève, 1925.

diversas zonas integrantes se hallen separadas unas de otras por barreras naturales -cadenas montañosas, selvas infranqueables, desiertos, etc.- que impidan o dificulten la comunicación entre unas y otras. En un imperio territorialmente amplio es probable que la influencia niveladora de la metrópoli no llegue a ejercerse -o no se ejerza por igual- en todas las regiones, especialmente en las más alejadas y periféricas. Pero es evidente que, en todos estos casos, las tendencias disgregadoras obedecerán, no propiamente a la amplitud territorial en sí, sino a circunstancias derivadas de ella: a la debilidad con que llega la rección de la norma metropolitana a las regiones más alejadas, a la dificultad o carencia de comunicaciones, al fraccionamiento cultural originado por la aparición de diversos centros de influencia. Pues bien, en todos estos casos, la situación del latín y la del español son por completo diferentes, por más que la enorme extensión territorial de ambos imperios pudiera hacer pensar en una similitud esencial.

Es cierto que la aparición de diversos centros culturales (focos de irradiación lingüística) se ha dado también en los dominios del antiguo imperio español. Cierto que la nivelación originada por una metrópoli única dejó de existir desde el momento mismo en que, en el Nuevo Mundo, fueron surgiendo centros urbanos hispanohablantes de primera magnitud, y que tal circunstancia se agudizó con el nacimiento de las repúblicas americanas independientes. Cierto, pues, que la norma dada durante tres siglos por Madrid, ha sido sustituida por la pluralidad de normas originadas en México, La Habana, Buenos Aires, Lima o Bogotá. Ahora bien: esta pluralidad de centros idiomáticos, que tan desastrosa fue para la unidad de la lengua lati-

na, no tendrá las mismas catastróficas consecuencias en el caso de la lengua española. ¿Por qué? Pues simplemente porque la pluralidad de metrópolis románicas suponía, al mismo tiempo y en cada caso, una centralización y un aislamiento total para con el resto de las ciudades románicas, en tanto que la pluralidad urbana de Hispanoamérica no supone desvinculación de cada centro metropolitano con los demás. En tanto que la norma lingüística de l'Ile de France", por ejemplo, resultaba, durante siglos, desconocida y enteramente ajena a la norma idiomática de Burgos o de Roma, la norma lingüística de Madrid no es extraña -gracias especialmente a la transmisión de la lengua escrita- a la norma de México o de Buenos Aires. Es decir que, una vez más, la fundamental diferencia existente entre los medios de comunicación grecolatinos y modernos, altera por completo la situación aparentemente similar en que se hallan los territorios integrantes de los dos imperios. La rapidez y facilidad de las comunicaciones actuales compensa sobradamente los inconvenientes originados en teoría por la multiplicación de los centros urbanos que pueden considerarse focos de irradiación lingüística. México, Buenos Aires, Madrid, Lima, irradian, sí, hechos lingüísticos sobre sus respectivas zonas de influencia; pero esos hechos idiomáticos son -merced a la bondad de las comunicaciones modernas- esencialmente similares y coincidentes. De manera que la irradiación lingüística metropolitana no es, en nuestro tiempo, fundamentalmente diversificadora, como lo fue en la Edad Media, sino niveladora, unificadora. Cosa lógica, ya que es mucho mayor el contacto que mantienen entre sí las diversas capitales del mundo hispánico (a través del libro, el periódico, la diplomacia, los negocios, etc.) que el mantenido entre las

zonas rurales de cada país hispanoamericano.

En resumen: si las relaciones culturales, si las comunicaciones en general son intensas y constantes, la circunstancia de la amplitud territorial en que se hable una lengua no tiene por qué suponer peligro grave alguno para su unidad.

7).- La invasión del Imperio Romano por parte de los distintos pueblos germánicos es otra de las causas que suelen aducirse para explicar la fragmentación de la lengua latina. Las diversas lenguas "bárbaras" fueron otros tantos fermentos -distintos y diferenciados- que favorecieron la descomposición del latín y su transformación en lenguas nacionales.

De más está advertir que resulta inconcebible suponer que esta circunstancia, ni ninguna otra semejante, pueda repetirse en el mundo moderno. Salvo en el caso aislado de las Islas Filipinas, no parece hoy posible prever ninguna invasión de pueblos "bárbaros" en los países hispanoamericanos. La ocupación territorial de las repúblicas americanas por parte de invasores extranjeros -inconcebible ya en sí misma- no desembocaría, por otro lado, en la formación de hablas criollas, cada vez más diferenciadas unas de otras. Si acaso -y esto dejando correr mucho la fantasía- cabría imaginar una suplantación lingüística en determinados territorios. Aunque muy improbable, no sería enteramente imposible suponer que en algún territorio hispánico -de habla española en la actualidad- llegara algún día a hablarse inglés o francés; pero lo que no es hoy concebible es que, en tal territorio, llegara a hablarse un idioma nuevo, una lengua derivada del castellano "corrompida" enteramente por la influencia del inglés o del francés.

El efecto, pues, que las invasiones germánicas pudieron tener en el latín del Imperio Romano no es concebible hoy en el caso de los países de habla española.

8).-Vimos también en el capítulo primero cómo el distinto origen regional de los colonizadores romanos es otra circunstancia que suele tomarse en consideración cuando se trata de explicar la fragmentación de la Romania. La lengua latina que los soldados romanos y los colonos llevaban a las tierras sometidas no era ya uniforme, puesto que a cada zona se transplantaban los dialectalismos propios del habla particular de los colonizadores. Así, Menéndez Pidal mantiene la tesis de que el latín de la zona norte y oriental de la Península Ibérica se caracterizaba ya, entre otras cosas, por las particularidades suditálicas que habían llevado los colonizadores de aquella amplia región, oriundos en su mayoría de territorios osco-úmbricos. En resumen: los particulares dialectalismos transplantados a cada una de las regiones del imperio por los distintos grupos colonizadores son otro fermento de diversificación en el latín románico.

Consideremos ahora en qué condiciones se produjo, a este respecto, la colonización de América. Tras las pesquisas hechas ultimamente sobre el origen regional de los colonizadores españoles -en especial tras la investigación llevada a cabo por P. Boyd-Bowman- puede afirmarse sin temor a error grave que en la conquista y colonización de América intervinieron nacionales de todos los antiguos reinos peninsulares, si bien parece evidente que siempre hubo un claro predominio de andaluces y extremeños. Pero es indiscutible que tanto éstos como los castellanos, vascos, gallegos e inclusive aragoneses,

participaron conjuntamente en la colosal empresa. Variedad, pues, en la procedencia dialectal de los colonizadores del Nuevo Mundo. Ahora bien; parece probado que las conquistas hechas por Roma solían ser obra, en cada caso, de grupos dialectales relativamente homogéneos; es decir, de ejércitos constituidos básicamente por soldados de origen osco-úmbrico en unos casos, o de estirpe etrusca en otros, o de ascendencia véneta en otros más. En cambio la colonización de América fue obra de grupos heterogéneos siempre, y no de ejércitos de carácter homogéneamente andaluz o castellano o extremeño¹⁹¹. Y esta heterogeneidad regional de los colonizadores del Nuevo Mundo ¿no podrá ser causa de diferenciación lingüística, de fragmentación dialectal? Evidentemente que no: Es cosa ya bien sabida que la diversidad de hablas en contacto origina una nivelación simplificadora, pero no una

191 Cfr. A. Alonso, Estudios lingüísticos, Madrid, 1953, pp. 46-47: "La conquista y colonización de América se hizo con los pueblos de todas las regiones españolas. Mientras vivió la reina Isabel, hasta 1504, eran sólo admitidos a la gran empresa los vasallos de la corona de Castilla [más de la mitad de España], con exclusión de los de Aragón; desde 1504, todos los españoles.... Los portugueses fueron también en buen número, y unos pocos europeos. Gonzalo Fernández de Oviedo explícitamente destaca la concurrencia de españoles de todas las regiones". P. Henríquez Ureña (Sobre el problema del andalucismo dialectal de América, Buenos Aires, 1932) ha reunido muchas citas de historiadores de Indias en las que se hace alusión a esa heterogeneidad regional de los conquistadores.

diversificación lingüística. Al ponerse en contacto hablantes de distintos dialectos, la finalidad intercomunicativa del lenguaje les impulsa a abandonar las particulares peculiaridades dialectales -causa de incompreensión- y a usar sólo los elementos lingüísticos comunes a todos¹⁹². Así, los colonizadores de América -aunque de muy distintas procedencias- procurarían ir olvidando sus peculiaridades dialectales para nivelar su habla con la de los demás, acomodándola a ella. Se iría formando así un habla "hispanoamericana", una modalidad lingüística común y relativamente uniforme, fruto de la nivelación impuesta precisamente por la heterogeneidad dialectal de los conquista-

192 Cfr. Serafim da Silva Neto, "Problèmes linguistiques" pp. 265: "Tout contact produit, inévitablement, une interaction, c'est-à-dire que chaque individu apprend et modifie sa langue dans le processus de la cohabitation avec d'autres individus. L'imitation -dit Jespersen- a toujours été l'alfa et l'omega de la vie linguistique. Lorsqu'un processus de cohabitation s'établit entre deux individus, qui -tout en faisant partie du même domaine linguistique- proviennent de différentes régions de ce domaine, il intervient toujours comme une espèce d'accord tacite qui élimine les particularités les plus frappantes de chacune des deux prononciations. De cette manière les aspérités s'atténuent et l'on obtient un instrument ductile, malléable et harmonieux, capable de satisfaire pleinement aux besoins de la communication. On élimine ainsi les éléments locaux en faveur du général".

dores¹⁹³. De manera que el español transplantado a América tendría ya, desde los primeros años de la conquista, cierta homogeneidad, cierta unidad básica. Y esto, evidentemente, no puede ser circunstancia que tienda hacia la fragmentación. Grave habría sido que los colonizadores castellanos, por ejemplo, unidos en bloque homogéneo, se hubiesen asentado en una región determinada de América, en tanto que los andaluces -también tribalmente agrupados- se hubiesen establecido en otra región determinada, y los gallegos, conjuntamente en otra, y los vascos en otra. Así, las peculiaridades dialectales distintivas de cada uno de estos grupos, podrían haberse desarrollado en los diversos territorios por ellos ocupados, incubando con el correr de los siglos fuertes tendencias evolutivas diferenciadoras. Pero no fue éste el caso, ni mucho menos: todos los territorios americanos sometidos a la corona española recibieron inmigrantes de todas sus regiones peninsulares. Veamos algunos ejemplos:

En la conquista de Puerto Rico intervinieron soldados proceden-

193 A esta misma conclusión llegaba A. Alonso tras analizar la variada procedencia de los colonizadores de América, al preguntarse: "¿Cuál es la base lingüística del español de América? Contesto resueltamente: la verdadera base fue la nivelación realizada por todos los expedicionarios en sus oleadas sucesivas durante todo el siglo XVI. Ahí empieza lo americano" (Estudios lingüísticos, pp. 53-54). El único error -aunque grave- de Alonso fue considerar que, en esa nivelación, marcó la pauta el dialecto castellano, y no el andaluz. De ello trataremos muy pronto (Cfr. pp.200 s.).

tes de Andalucía, Castilla la Vieja, el País Vasco, Extremadura, Castilla la Nueva, León, Galicia, Asturias, Valencia y Aragón. En la de México, conquistadores procedentes de Andalucía, las dos Castillas, Extremadura, León, Galicia, Asturias y las Vascongadas, así como súbditos de Portugal e Italia. Y lo mismo puede descubrirse al investigar la procedencia de los colonizadores de cualquier otro país hispanoamericano¹⁹⁴.

Decía antes (nota p. 199) que, según A. Alonso, en esa nivelación lingüística hispanoamericana, la "base" había sido castellana; esto es, que la nivelación había consistido en el abandono de las peculiaridades dialectales propias de cada región peninsular y en la adopción de la base común castellana. En pocas palabras: que la nivelación se había producido por castellanización y no por andaluzamiento¹⁹⁵. Para pensar así, Alonso se basaba en la tesis antiandalucista de P. Henríquez Ureña, y en algunos razonamientos un tanto caprichosos, como los siguientes:

194 Cfr. P. Boyd-Bowman, Indice, pp. XIII-XIV: De 743 compañeros de Cortés y Narváez identificados con precisión, 227 eran andaluces (30 %); otros 150, castellanos viejos; 97 extremeños; 77 leoneses; 58 gallego-portugueses y asturianos; 36 vascos; 23 italianos y 14 de otras nacionalidades.

195 "De las diferentes hablas peninsulares que cooperaron en la nivelación americana ¿cuál es la que hizo la más cuantiosa e importante contribución de materiales para esa base? La andaluza, dicen algunos, con espejismo ya criticado. La castellana, rectifico, y ésa en una proporción abrumadora" (A. Alonso, Estudios lingüísticos, p. 54).

a) Los colonizadores de origen andaluz fueron -según cifras reunidas por Henríquez Ureña- menos que los de origen castellano¹⁹⁶.

b) Los conquistadores de América, ante las dificultades de comunicación con que tropezarían por causa de la diversidad de sus dialectos, tuvieron que reaccionar con la misma mente que reflejan estas palabras del gramático Gonzalo Correas: "Por lengua española entiendo aquella lengua que solemos hablar todos los españoles cuando

196. He aquí algunas de las cifras que manejó Amado Alonso. De los cronistas de Indias: castellanos, 879; andaluces, 688; leoneses, 245; extremeños, 388; vascos, 199; gallego-portugueses, 216; canarios, 38, etc. Del Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España de F.A. de Icaza: andaluces, 379; castellanos, 341; leoneses, 119; extremeños, 210; vascos, 31; de otras regiones, 122.- Del primer tomo del Catálogo de pasajeros a Indias publicado por el Archivo de Indias en 1930: castellanos, 1 263; leoneses, 537; andaluces, 1 437; aragoneses, 40; extremeños, 653; murcianos, 28. (Cfr. A. Alonso, Estudios lingüísticos, p. 48, nota).- El total de las cifras aquí consideradas por Alonso sería: andaluces, 2 504; castellanos, 2 483; extremeños, 1 251; leoneses, 901; otros, 803. Es decir, que los andaluces sólo representarían el 31 por ciento de los colonizadores (2 504 andaluces en un total de 7 942), lo cual no es poco, precisamente. Pero Alonso lo minimiza suponiendo que tanto los andaluces como los naturales de otras zonas dialectales abandonarían sus propios dialectos para adoptar el común castellano (razonamientos b y c).

queremos ser entendidos perfectamente unos de otros"¹⁹⁷

c) La nivelación tuvo que hacerse, en forma casi matemática, partiendo de la siguiente situación: lo que hablaban los futuros pobladores de América sería:

Aragoneses: aragonés + español

Leoneses : leonés + español

Extremeños: extremeño + español

Andaluces: andaluz + español

Castellanos: castellano + español

De donde fácilmente se deduce que la proporción de habla castellana = española tenía que ser en cualquier caso muy superior al 50 por ciento del total hablado por cada grupo de inmigrantes, en tanto que al andaluz sólo podría corresponderle una parte proporcional del 40 por ciento o 50 por ciento restante (Cfr. Estudios lingüísticos, p. 52).

Las investigaciones que, en torno a la cuestión del posible andalucismo de América, se han hecho durante los últimos años, contradicen las conclusiones a que había llegado Amado Alonso. Boyd-Bowman

197 Correas se refiere, evidentemente, a la actitud de hablantes cultos, conocedores del habla cortesana oficial, que sí era básicamente el castellano. Pero ¿que nos permite suponer que el labriego gallego o el marinero vasco abandonaran sus dialectos para adoptar el habla de una minoría castellana -tan dialectal a sus oídos como la suya propia y tan ajena a la empresa de América- y no la mayoría de los andaluces, que era además la que coloreaba la gran aventura del Nuevo Mundo?

ha tomado en cuenta la procedencia regional de cuarenta mil pobladores de América, y ha llegado a conclusiones muy significativas: "En la época primitiva o antillana el grupo más numeroso, en cada año y en todas las expediciones, fueron con mucho los andaluces, de los cuales más del 78 por ciento procedían de las dos provincias de Sevilla (58 por ciento) y Huelva (20 por ciento). En efecto, de las 49 provincias [españolas], éstas dos por sí solas proporcionaron el 30.9 por ciento del número total de colonizadores para la época [antillana] entera. Si a ellas agregamos sólo tres provincias occidentales (Badajoz, Cáceres y Salamanca), ya tenemos contados casi la mitad (49 por ciento)"¹⁹⁸. Es decir, que prácticamente la mitad de los colonizadores de las Antillas eran de habla andaluzada. Y aún más: "Si dividimos la época antillana en dos partes casi iguales, desde 1493 a 1508 y desde 1509 a 1519, resulta que en la primera mitad la aportación andaluza fue un 60 por ciento, mientras a Extremadura, las dos Castillas, León y las Vascongadas les tocó a cada una aproximadamente un 6 por ciento y a las demás fuentes juntas el 11 por ciento" (Índice, p. XII). Es decir, diez andaluces por cada castellano viejo. Proporción muy distinta de la que juzgaba Alonso. Y todavía hay más: Si atendemos al origen provincial de los marineros, cuya habla tanto influiría en los emigrantes¹⁹⁹, los datos son verdaderamente

198 P. Boyd-Bowman, Índice, p. XI.

199 Hecho ya plenamente comprobado: Cfr. Berta E. Vidal de Battini, "Voces marineras en el habla rural de San Luis" en Filología, I, pp. 105-149.- Véase también al propio A. Alonso, Estudios lingüísticos, pp. 63-67.- Se trata del fenómeno general, fácilmente comprensible, de la influencia ejercida por la lengua de los veteranos

sorprendentes: el 70 por ciento de la gente marinera era andaluza, en tanto que los navegantes de origen castellano (sumadas las dos Castillas) apenas rebasaba el 4 por ciento.

Y, finalmente, si observamos la procedencia de las mujeres que se trasladaban a América -cuya lengua tanto habría de influir en los hogares hispanoamericanos- las proporciones son muy semejantes a las que acabamos de señalar: el 69 por ciento de las mujeres colonizadoras eran andaluzas (y de ellas, la inmensa mayoría de Sevilla), en tanto que de Castilla la Vieja sólo procedía el 8 por ciento y de la Nueva el 7 por ciento (Boyd-Bowman, pp. XVIII-XIX).

Así pues, numéricamente al menos, el habla de la colonización de América fue, sin duda alguna, fundamentalmente andaluza.

Pero hay que tener en cuenta, además, otras circunstancias, tal vez menos precisas que las numéricas, pero quizá mucho más importantes todavía. En especial, el hecho de que la "gran aventura de América" tenía, a los ojos de los participantes, fuerte colorido andaluz. En efecto, los emigrantes solían concentrarse en Sevilla, en espera de las flotas que habrían de trasplantarlos a América. A veces la espera se prolongaba a lo largo de varios meses, durante los cuales los futuros colonizadores se veían inmersos en un mundo andaluz, especialmente sevillano. La aventura empezaba, pues, con tonalidad andaluza. Luego seguían las largas travesías, en las que se

-recubierta de prestigio- sobre la de los grupos neófitos, prontos a simular veteranía mediante la aceptación y el uso de las peculiaridades distintivas de los veteranos.

continuaba manteniendo -como hemos visto- el predominio numérico de los emigrantes andaluces. A ello habría que añadir el colorido andaluz predominante también entre los marineros de las flotas, cuya jerga andaluzada tanto influyó entre los colonizadores del Nuevo Mundo. Cabe ahora preguntarse: ¿Por qué las minorías leonesa, gallega, vasca o aragonesa habrían de olvidar sus dialectalismos peculiares para adoptar precisamente la norma de la minoría castellana, en vez de aceptar la norma mayoritaria de los andaluces, propia de la zona de concentración y de iniciación de la gran aventura -Sevilla-, y propia también del grupo emigrante mayoritario y del grupo veterano -los marineros- de mayor prestigio? ¿No será más lógico pensar, contra lo que hace Amado Alonso, que esos grupitos dialectales minoritarios procurarían adoptar el habla de la mayoría, el habla que tenía, además, con su colorido propio todas las circunstancias de la gran aventura? Creo que sí. De esta manera, el habla primitiva de Hispanoamérica sería el resultado de una nivelación uniformadora, con predominio o "base" decididamente andaluzada. Esta es la opinión generalmente aceptada por los lingüistas de nuestros días²⁰⁰. Amado Alonso, influido por los datos de que en su tiempo se disponía y por la actitud antiandalucista de Henríquez Ureña, sufrió un espejismo total, que ha sido magistralmente explicado ya por el profesor Guitarte²⁰¹. Mas la cuestión del posible andalucismo de América no es

200 Cfr., por ejemplo, R. Lapesa, "El andaluz y el español de América", PFLE II, pp. 173-182; R. Menéndez Pidal, "Sevilla frente a Madrid" en Homenaje a A. Marín III, pp. 99-165; Diego Catalán, Génesis del español atlántico, La Laguna de Tenerife, 1958; Delos

problema que afecte directamente a nuestro estudio. Baste, pues, con lo dicho, para mostrar cómo el español neo-americano era relativamente uniforme desde sus primeros momentos, como fruto de esa nivelación andaluzada común a casi todos los territorios del Nuevo Mundo. No hay, por lo tanto, en la diversidad de procedencia regional de los conquistadores nada que nos permita suponer gérmenes de diferenciación fragmentadora, ni establecer una comparación directa con la situación lingüística del Imperio Romano. Las diferencias son, una vez más, mayores y más significativas que las aparentes coincidencias.

9).- La evolución incontenible de la lengua española, evidente con solo comparar una obra escrita en el siglo XVI con una novela contemporánea, es otra de las circunstancias que se mencionan para tratar de justificar la hipótesis de la inexorable fragmentación de nuestra lengua. Así Bello era de opinión que las fuerzas neologistas e innovadoras -evolutivas- acabarían por fragmentar el idioma en múltiples dialectos bárbaros²⁰². En esencia ha sido esto el mismo temor que han abrigado Cuervo, Dámaso Alonso y otros muchos filólogos. Como todos, desde Humboldt, saben y reconocen, la lengua no es un producto dado (ergon), un sistema hecho y estable, sino una actividad (energeia), una energía creadora y mutable, que se mantiene

L. Canfield, La pronunciación del español en América, Bogotá, 1962.

201 Cfr. Guillermo L. Guitarte, "Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el anadalucismo de América" BICC, XIV (1959) pp. 20-81.

202 A. Bello, "Prólogo" de su Gramática, p. 12; cfr. también p.44 de este trabajo.

siempre en constante reelaboración. Todas las lenguas -salvo las llamadas "muertas" precisamente- evolucionan y cambian con el correr de los siglos²⁰³. Ciertamente que esta inestabilidad, este carácter innovador y evolutivo de todas las lenguas puede ser un peligro para su unidad. Pero no es menos cierto que esa inestabilidad, aunque puede ser un vigoroso factor de fragmentación, no tiene por qué serlo necesariamente. En efecto, la aparición de neologismos, la inevitable evolución lingüística -que tanto temía Bello- puede ser uniforme en todas las zonas donde se hable una lengua, y en este caso la evolución no desembocará, evidentemente en fraccionamiento. Dicho de otra manera: no hay por qué identificar, necesariamente, evolución con fragmentación. Evolución significa renovamiento, recreación; pero esa renovación puede ser uniforme, de manera que no peligre en nada la unidad interna de la lengua. Todo se reduce, de nuevo, a una cuestión de intercomunicación, de conocimiento recíproco. Si la lengua culta, en especial, puede canalizar esa inevitable evolución de nuestra lengua por derroteros comunes o paralelos, la unidad del idioma estará garantizada. Y a ello contribuyen todos los medios de comunicación e intercambio característicos del mundo moderno.

203 Cfr. E. Coseriu, Diacronía, sincronía e historia, Montevideo, 1958: "Es necesario, en primer lugar, tomar en serio la frase de Humboldt, es decir, tomarla como fundamento, pues no se trata de una paradoja o de una metáfora, sino la desnuda aserción de una verdad. Realmente, y no en algún sentido metafórico, el lenguaje es actividad, y no producto. Más aún: sólo porque es actividad y se conoce como tal, puede abstraerse y estudiarse como producto" (p. 25).

10).- Pasemos ahora a considerar el último de los hechos con que suele explicarse la fragmentación lingüística de la Romania: la diversidad de los sustratos sobre los que se asentó la lengua latina. De ello ya tratamos en la primera parte de este trabajo. Veamos ahora qué se piensa sobre los sustratos del español americano.

Las lenguas indígenas sobre las que se depositó el español clásico formaban un vasto y heterogéneo mosaico dialectal. Parece lógico suponer que esas distintas lenguas americanas influirían también de manera distinta en el español de las diversas regiones de América, de manera que cabría imaginar que en el Nuevo Mundo se hablase un español "coloreado" por las lenguas antillanas (taíno, arahuaco, caribe, etc.); un español "nahuatlizado" en gran parte de México; un español de tonalidad maya; un español quechuizado; un español de base araucana o mapuche; un español guaraní; y así sucesivamente en cada región hispanoamericana. Habría, así, ya en cada una de estas modalidades americanas del español un vigoroso fermento de diversificación dialectal, de fragmentación lingüística.

Y tal fue, en efecto, la interpretación que se dio, durante las primeras décadas de la lingüística americana, a la situación del español en el Nuevo Mundo. Rodolfo Lenz fue el primer filólogo que se ocupó rigurosamente de la cuestión. Para él, todas las peculiaridades del español chileno obedecían a la influencia del sustrato mapuche. En su opinión, y especialmente en lo que al aspecto fonológico se refiere, el español de Chile sería una lengua híbrida hispano-araucana: "Si ahora comparamos la fonética del habla chilena con la araucana, aparecen -estoy personalmente convencido de ello- tantos puntos de contacto entre ambas lenguas, que creo lícito atribuir

la evolución peculiar del español de Chile precisamente a la influencia de este estrato araucano subyacente. Con otras palabras: el español de Chile (es decir, la pronunciación del pueblo bajo) es, principalmente, español con sonidos araucanos"²⁰⁴. Esta interpretación de las peculiaridades americanas de español hizo fortuna durante los últimos años del siglo pasado y las primeras décadas del actual. Todos los fenómenos lingüísticos propios del español hablado en América, todas las peculiaridades americanas que no tuviesen paralelo en el español -castellano- académico, tenían que deberse a la influencia de las lenguas indígenas. De tal hipótesis se hicieron eco los más autorizados lingüistas, y tal aserción se mantuvo en todos los tratados o ensayos sobre el habla hispanoamericana. Baste mencionar, como ejemplo, algunos casos elegidos al azar: Max Leopold Wagner, inspirándose parcialmente en Lenz, reúne un buen número de casos -fonéticos, rítmicos, gramaticales y, sobre todo léxicos- en los que la influencia indígena parece evidente²⁰⁵. Georg Friederici reunió un extenso Amerikanisches Wörterbuch (Hamburg, 1947), y su ejemplo fue seguido por multitud de lexicógrafos: Emiliano Tejera, Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo (Santo Domingo, 1935); Juan A. Perea y S. Perea, Glosario etimológico taíno-español (Mayagüez, 1941); Luis

204 R. Lenz, "Para el conocimiento del español de América", p. 249. El subrayado es del propio Lenz.- Es también fundamental a este respecto el libro del mismo Lenz sobre Los elementos indios del castellano de Chile, Santiago, 1905-1910.

205 Cfr. Lingua e dialetti, pp. 51-77.

Flórez, "Algunas voces indígenas en el Español de Colombia", (Revista Colombiana de Antropología, IV, 1955, 285-310); Augusto Malaret, Diccionario de americanismos (Buenos Aires, 1946); A. Malaret, "Influencia indígena en el idioma español" (Universidad Pontificia Bolivariana, XXIII, 1959, 127-136); Francisco J. Santamaría, Diccionario general de americanismos (3 vols., México, 1942). Y, con referencia particular al español de México, las obras de J. Ignacio Dávila Garibi, P. Henríquez Ureña, Ignacio Alcocer, Eugenio Mendoza, I. Bar-Lewaw, Jesús Sánchez, Antonio Médez Bolio, Alfredo Barrera Vásquez, C. Carrillo Ancona, A. R. Nykl, Pablo González Casanova, Rosario M. Gutiérrez Eskildsen, y Cecilio A. Robelo²⁰⁶.

206 Cito algunos títulos: J. I. Dávila Garibi, Del Náhuatl al español, Tacubaya, 1939; y "Posible influencia del náhuatl en el uso y abuso del diminutivo en el español de México" en Imagen de la cultura náhuatl, México, UNAM, 1959. I. Alcocer, El español que se habla en México. Influencia que en él tuvo el idioma mexicano o náhuatl, México, 1935. E. Mendoza, Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano, Guadalajara, 1922. Médez Bolio, Interinfluencia del maya con el español de Yucatán, Mérida, 1951. A. Barrera Vásquez, "La lengua maya y su influencia en el español de Yucatán", en Orbe, época III, nº 3; y en IL, IV, 1937, pp. 9-35. I. Bar-Lewaw, "Traces of the Nahuatl language in Mexican Castilian", AIOR, V (1963), 183-199. P. González Casanova, "Ensayo etimológico de los mejicanismos de origen azteca", Boletín de la Universidad de México, I (1922) nº 2. R. M. Gutiérrez Eskildsen, Sustrato y superestrato del español de Tabasco, México, 1944. C. A. Robelo, Diccionario de astoquismos, México, s.a.

Mucho es lo que ha cambiado, en los últimos años, la opinión de los principales lingüistas en torno a la verdadera fuerza de los sustratos. Se pone en duda que una lengua sometida a otra y desplazada por ella, pueda, fácilmente, influir en la invasora hasta el grado de alterarla en su estructura fónica o gramatical. Se ha demostrado que muchos de los rasgos caracterizadores de ciertas lenguas, que se tenían hasta ahora como efectos de la influencia del sustrato, no son sino el resultado de la evolución normal de la propia lengua. Inclusive algunos de los fenómenos lingüísticos que parecían deberse, con mayor seguridad, al sustrato, se ponen hoy en tela de juicio, y se procura buscarles una explicación sistemática, interna, que invalide y sustituya a la antigua explicación sustratal²⁰⁷. La mayoría de los filólogos contemporáneos se muestra de acuerdo en recomendar que se actúe con la mayor cautela cuando se trate de determinar posibles influencias de las lenguas de sustrato. Así, por ejemplo, Carlo Tagliavini recomienda la "maggiore prudenza", porque se ha visto recientemente "che fenomeni altra volta attribuiti al sustrato possono verificarsi spontaneamente in regioni assai lontane" (Le lingue, p. 114). Y en todo el libro de Jungemann se aprecia una

207 Inclusive un caso aparentemente tan claro como el de la aspiración castellana de la f- inicial latina -universalmente tenido hasta ahora como resultado de la influencia del sustrato ibérico- se pone en tela de juicio. Y lo mismo sucede en el caso de la g apico-alveolar ibérica, que se tenía por característica del castellano septentrional y central (Cfr. Jungemann, La teoría, pp. 362-416 y 68-100 respectivamente).

fuerte desconfianza ante todas las explicaciones sustratistas antiguas, y un riguroso deseo de hallar explicaciones funcional-estructurales para los fenómenos antes atribuidos a la influencia de los sustratos.

Uno de los lingüistas contemporáneos que más se han ocupado del problema de los sustratos es, sin duda, el filólogo sueco Bertil Malmberg. Para él, la influencia de los sustratos sólo muy rara vez llega a consumarse, ya que precisa, para triunfar, de una serie de condiciones socioculturales que favorezcan su efecto. Y, así, opina que la obligación del lingüista contemporáneo es buscar siempre, como principio, una explicación estructural, interna, a los fenómenos lingüísticos con los que tropiece, y sólo si ésta falla o no resulta suficiente, puede acudir a hipótesis de carácter sustratista. Como resumen de sus numerosos estudios sobre el problema, ha llegado a las siguientes conclusiones, que considera normativas para la lingüística estructural contemporánea:

1. Une explication générale est préférable à une explication spéciale [particular].
2. Une explication interne est préférable à une explication externe (interférence).
3. Si une altération implique une perte de distinctions et d'unités fonctionnelles, il est préférable de l'expliquer comme une réduction à la périphérie, plutôt que de recourir à l'influence d'un substrat possible.
4. Le substrat (l'interférence) ne doit être allégué comme explication que si l'innovation implique une augmentation du nombre d'oppositions ou une réinterprétation des relations

entre celles-ci.

5. Le substrat ne doit être invoqué que dans les cas où la situation sociologique d'une population est telle que l'adoption de faits d'interférence par les couches socialement dirigeantes semble probable"²⁰⁸.

También son bastante estrictos los requisitos que considera indispensables Jungemann para que pueda quedar "justificada la afirmación del posible origen del sustrato". A saber: "1.- Que existiera en la lengua de sustrato cierto rasgo o sistema con el cual el fenómeno en cuestión pueda concebirse en relación directa o indirecta, de acuerdo con principios estructurales. 2.- Que el fenómeno no pueda explicarse únicamente por factores internos. 3.- Que la comunidad a cuya lengua pertenece el fenómeno hubiera sido anteriormente bilingüe durante largo tiempo. 4.- Que esa comunidad, durante el período de bilingüismo, hubiera estado alejada y aislada de la influencia metropolitana, o que hubiera gozado por sí misma de prestigio"²⁰⁹.

Es evidente que, atendiendo a estos requisitos, serían muy pocos, -por no decir que ninguno- los fenómenos lingüísticos propios del español americano (salvo, tal vez, en el caso de Paraguay) que podrían atribuirse a la influencia de los sustratos indígenas.

Y, en efecto, desde hace años se ha venido ya probando que la

208 B. Malmberg, *L'extension du castillan et le problème des substrats*", en Actes du Colloque International de ...Langues Romanes (Bucarest, 1959) p. 258.

209 Cfr. Juangemann, La teoría, p. 418.

mayoría de los hechos lingüísticos hasta ahora atribuidos a tales sustratos, no pueden tener ese origen. Ya Amado Alonso demostró²¹⁰ que "las afirmaciones de Lenz [en torno a la influencia del araucano sobre el español de Chile] no tiene fundamento científico alguno", y que la totalidad de los fenómenos fonéticos que Lenz interpretaba como fruto del sustrato araucano, se repite en otras muchas zonas de habla española, inclusive en la Península Ibérica.

Rectificaciones semejantes a éstas se han venido repitiendo a cada paso en toda América. Bertil Malmberg ha probado también que la casi totalidad de los fenómenos lingüísticos "hispanoamericanos" tiene raigambre española o puede explicarse dentro del sistema propio de la lengua castellana, sin necesidad de pensar en la influencia de sustrato indígena alguno²¹¹. Asimismo Tagliavini, refiriéndose concretamente al español americano, observó que "gli influssi fonetici (per cui è lecito parlare di "reazioni etniche") sono in America considerevolmente rari anche se, com'è naturale, le condizioni storiche e ambientali sono diverse" (Le lingue, p. 114).

Por otra parte, los lingüistas de nuestra época han procurado determinar en qué aspectos del complejo lingüístico se ejerce con mayor facilidad y frecuencia la influencia de los sustratos. Y han llegado a las siguientes conclusiones: A) Rarísima vez se deja sentir la influencia del sustrato en la estructura sintáctica de la

210 Cfr. "Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz", RPH I (1939), pp. 313-350.

211 Cfr. sus estudios sobre L'espagnol dans le Nouveau Monde y "Encore une fois le substrat" en Studia linguistica, XVII (1963) pp.40-46.

lengua invasora. Así, ni una sola de las formas sintácticas del español podrían explicarse por influencia de las lenguas peninsulares prerromanas²¹². B) También es muy escasa la influencia de los sustratos en la estructura morfológica de las lenguas invasoras. De los idiomas primitivos de la Península Ibérica son muy pocos los elementos morfológicos que se propagaron al latín de Hispania²¹³: los sufijos despectivos -arro, -orro y -urro (machorro, baturro); la terminación ligur -asco de peñasco y borrasca; y el sufijo céltico -aecu, bastante productivo en el castellano antiguo (mujeriego, solariego, labriego, etc), pero hoy totalmente fosilizado. C) Algo más frecuente puede ser la influencia sustratal en los dominios fonéticos de la lengua. Así, en el sistema fonológico español pueden descubrirse algunos casos de posible influencia celtibérica: sonorización de las oclusivas sordas latinas p, t, k en posición intervocá-

212 Ni siquiera en el caso del árabe -lengua de adstrato para con el castellano medieval- que estuvo en contacto con la lengua romance durante casi ocho siglos, se aprecia influencia sintáctica sobre el español. A. Galmés ha hecho un amplio estudio de esa posible influencia, y no ha podido descubrir más coincidencias entre la sintaxis castellana y la árabe que las que cabría esperar de traducciones literales de una lengua a la otra. En el español normal no se descubren rastros de la sintaxis semítica (cfr. su libro Influencias sintácticas y estilísticas del árabe en la prosa medieval castellana, Madrid, 1956.).

213 "En la morfología española, los restos prerromanos se reducen a unos cuantos sufijos"; R. Lapesa, Historia de la lengua, p. 31.

lica (lupu)lobo, totu)todo, lacu)lago); la palatalización de las consonantes latinas dobles ll y n (sella)silla, annu)año); la desaparición de la -n- y la -l- intervocálicas en gallego portugués (lūna)lúa, colore)cor); y tal vez la confusión hispano-romance de b-v, y la aspiración y eliminación de f- inicial (ficu)higo). D) Mayor parece ser la influencia del sustrato en la entonación de la frase²¹⁴. E) Donde, sin duda, más fácilmente se ejerce la influencia de la lengua de sustrato es en el aspecto léxico.

En resumen: la morfología, la sintaxis y aun la fonética de una lengua invasora rara vez se alteran por causa de la influencia de los sustratos lingüísticos, en tanto que la alteración es relativamente fácil en el dominio de la prosodia y del léxico. "Ahora bien; que la influencia léxica no sea, propiamente hablando, un fenómeno estricto de sustrato parece ser cosa generalmente admitida; la teoría de los préstamos explica satisfactoriamente las transferencias léxicas que se producen entre dos lenguas en contacto"²¹⁵. Y esos

214 Cfr. A. Rosenblat, "La influencia indígena" en su libro Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela: "La influencia indígena se manifiesta sin duda en la entonación regional. Es un hecho de lingüística general que toda población nueva adquiere la lengua conquistadora con su propia entonación. La población indígena y mestiza del siglo XVI y XVII habló sin duda el español con la tonada peculiar de sus antepasados indios" (p. 391).

215 J. M. Lope Blanch, "Influencias de las lenguas indígenas en el léxico del español hablado en México", en Anuario de Letras, V (1965) p. 33.- Cfr. también Jungemann, La teoría, p. 17.

préstamos léxicos son, precisamente, los menos relevantes y significativos, por cuanto que las palabras constituyen sólo el ropaje externo de las lenguas: "Gli influssi sul lessico, per quanto numerosi, sono prova di una penetrazione sempre minore di quella che intacca l'organismo grammaticale. È appunto su questa constatazione, e cioè della relativa facilità con cui gli elementi lessicali passano da una lingua all'altra, che i glottologi, per determinare le parentele linguistiche, si basano principalmente sulla struttura grammaticale"²¹⁶.

Observemos, atendiendo a estas premisas de la lingüística contemporánea, cuál es la situación actual del español hablado en México: A) En el terreno sintáctico no se ha descubierto huella alguna de influencia indígena. La hipótesis del profesor Dávila Garibi, según la cual podría atribuirse al náhuatl el abuso de las formas diminutivas en México (cfr nota 206) carece de todo fundamento. Tal práctica -no privativa del español mexicano- caracteriza a todas las hablas afectivas o familiares. Así sucedió en el latín vulgar, donde se hacía uso abusivo de los sufijos diminutivos -cellus (domnicellus), -ellus (calamellus), -icca (manica), -inus (domnina), -ittus (bonitus), -ottus (it. casottà y ùlus (ossulum))²¹⁷. Por ello, nada nos impide considerar que el abundante empleo de formas diminutivas en el español mexicano (del tipo ahorita, lueguito, papacito, Diosito, etc.) puede explicarse perfectamente dentro del sistema lingüístico castellano

216 Tagliavini, Le origini, p. 219

217 Cfr. C. H. Grandgent, Introducción al latín vulgar, Madrid, 1928, pp. 41-49.

en su nivel popular o afectivo, ya que el español fue en México, durante centurias, una lengua básicamente coloquial, un instrumento de comunicación oral, familiar, casi exclusivamente²¹⁸. De ahí la proliferación de formas diminutivas de sentido afectivo.

B) En el dominio de la morfología tampoco son muy numerosas, precisamente, las peculiaridades del español mexicano que podrían atribuirse a la influencia indígena. Sólo un elemento gramatical tiene origen prehispánico: el sufijo -eco, tan minuciosamente estudiado por Max Leopold Wagner²¹⁹. Pero este único morfema de origen nahoa tiene un campo de acción sumamente reducido: Usado antiguamente en la formación de gentilicios (chiapaneco, tolteca, guatemalteco, inclusive santaneco), es hoy ya muy poco productivo. Menos lo es aún en la formación de adjetivos despectivos: de las dos decenas escasas de voces en que Wagner lo registra, sólo dos o tres pueden oírse hoy en México. E inclusive esas formas están en evidente retroceso: cacareco cede el paso a las formas cacarizo o cácaro; chapaneco ha desaparecido prácticamente ante chaparro; y las restantes son todavía menos conocidas. Esta es toda la influencia de las lenguas indígenas que -en el dominio gramatical- puede mencionarse atendiendo al español normal de México. Prácticamente nula.

c) Pasemos a los dominios de la fonética. Algo mayor es aquí la huella nahoa. Pero tampoco exageradamente. El sistema fonológico mexica-

218 Cfr. J.M.Lope Blanch, "La reducción del paradigma verbal en el español hablado en México", Actas del XI Congreso de Lingüística Románica (Madrid, 1965).

219 "El sufijo hispanoamericano -eco para denotar defectos físicos y morales", NRFH, IV (1950), pp. 105-114.

no es casi idéntico al español. Las únicas diferencias son:

1) Eliminación de la oposición fonológica s/θ; 2) Articulación dorsal de la s -particularmente tensa en algunas zonas de México- frente a la articulación apical castellana; 3) existencia de un sonido š (prepalatal), desconocido en el castellano actual; 4) Articulación de la t como licuante de la l en el grupo tl; y 5) Existencia de una articulación š (africada alveolar), inusitada en el español moderno. Sin embargo, estas pocas diferencias o no son atribuibles al sustrato indígena, o no producen alteración grave en el sistema fonológico hispánico:

1) La eliminación de la oposición s/θ -que es la diferencia fónica más notable entre el español mexicano y el español castellano- no tiene origen nahoa (no se debe al sustrato). Además no es privativa del español mexicano, sino que se da en todos los territorios de la América española y aun en la mayor parte de la Península Ibérica.

2) La articulación dorsal de la s en México no es fruto, tampoco, de la influencia indígena. Al contrario, es la articulación más frecuente en español de la s, y se da en toda América y en gran parte de la Península, inclusive en Castilla. Por otro lado, la particular tensión con que se articula la s en México tampoco puede ser consecuencia del sustrato nahoa, puesto que parece dudoso que existiera tal sonido en la lengua azteca y, sobre todo, porque esa articulación tensa y violentamente silbante de la s se ha registrado también en otras regiones de América muy distantes entre sí y completamente libres de cualquier influencia nahoa²²⁰.

220 Cfr. J.M.Lope Blanch, "En torno a las vocales caedizas del espa-

3) El sonido prepalatal fricativo sordo ʃ del español mexicano es más interesante. Aunque existía en el español que los conquistadores trajeron a América (dixo, madexa), su conservación en México se ha debido a la influencia del nahuatl, donde tal sonido es común. Prueba de ello es que, inclusive en el español mexicano, sólo subsiste en algunas voces de origen nahoa, como mi ʃ ote, me ʃ ica y Xochimilco. Esto reduce enormemente su vitalidad. Y, además, hay que observar que el sonido ʃ sólo tiene valor fonológico en un caso, dentro de los miles de posibilidades imaginables en cualquier lengua: en la palabra -no muy usada, precisamente- si ʃ si (xixi). No es mucho, en verdad. Sin embargo, no debe dejar de constatarse que esta articulación -aunque tampoco frecuente- si es una particularidad del español mexicano atribuible al sustrato indígena.

4) La articulación explosiva de la t en voces como a-tlas, tlaco, etc., si bien es explicable por la influencia nahoa, no afecta a la estructura del sistema fonológico español.

5) Finalmente, tampoco la articulación africada de ʃ , que aparece exclusivamente en topónimos como Patzcuaro o Janitzio, altera funcionalmente el sistema fonético de nuestra lengua. Sirve, únicamente, para matizar el particular colorido del habla mexicana, pero sin implicar gérmenes de futura fragmentación.

Así pues, salvo la eliminación de la oposición s/ʃ -común a todo el español americano y a parte del peninsular- y el mantenimiento o-

ñol mexicano" en NRRH, XVII (1963-4), pp. 18-19 y nota 24.- Articulaciones semejantes a las de México se registran en Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y aun en alguna zona de la Argentina.

casional de la prepalatal s, el sistema fonológico mexicano es idéntico al del español general. De ambos fenómenos sólo el segundo es fruto del sustrato nahoa. No puede afirmarse, por lo tanto, que la influencia de las lenguas indígenas tenga importancia alguna en el español hablado en México²²¹.

D) En lo que a la entonación se refiere, poco es lo que puede afirmarse con seguridad, dada la escasez de investigaciones serias y precisas sobre este aspecto del habla. Pero no debe incurrirse en apreciaciones gratuitas ni en juicios apriorísticos, si no se quiere correr el riesgo de caer en las mismas exageraciones en que incurrieron los "sustratistas" apresurados, como Lenz y sus seguidores. La opinión de un filólogo tan ilustre como Rosenblat en torno a esta cuestión (cfr. nota 214) no se fundamenta en prueba científica alguna. ¿Cómo puede saberse sin lugar a dudas, que durante los siglos XVI y XVII se hablaba "el español con la tonada peculiar de los antepasados indios"? Como bien ha observado Jungemann, "no debe olvidarse que tanto en los años anteriores como en los años siguientes al momento en que los adultos comienzan a usar la lengua de importación

221 Atendiendo al español provincial de México, habría que añadir el caso de las articulaciones glotalizadas, propias del maya, que caracterizan al español de Yucatán. Articulaciones del tipo k'ab'ayo (caballo) distingue, por sí solas, a los hablantes de aquella región. No cabe duda de que, en las hablas regionales y locales es más fácil encontrar huellas de la influencia indígena, que en el habla normal de la metrópoli. Además, en el caso de Yucatán, debe tomarse en consideración que el maya sigue siendo lengua de adstrato más que de sustrato.

en la intimidad del hogar, los niños, con su tan sabida aptitud lingüística y su propensión a imitar a las gentes prestigiosas, van también aprendiendo la lengua de importación de sus mismos importadores y aprendiéndola a pronunciar bien" (La teoría, p. 21).

Así pues, parece justificada la desconfianza de Lope Blanch ante las explicaciones, basadas en los sustratos, de la diversidad de entonaciones: "Basta con que en una región cualquiera de América, o en una población determinada, se descubra una entonación particular de la frase, distinta de la que se considera ((castellana normal)), para que se aluda de inmediato a la influencia del sustrato. Solución cómoda y fácil, pero ¿acertada? ¿Cómo pensar que el sustrato náhuatl, por ejemplo, pueda explicar las tres -o quizá cuatro- entonaciones particulares del castellano hablado en la sola ciudad de México? ¿No será mejor quizá pensar en evolución divergente dentro de la propia lengua española? Tal vez en las diversas normas sociales -coexistentes en todo gran conglomerado humano- pueda hallarse más acertada explicación"²²². Tal vez; lo único cierto es que, mientras no contemos con estudios prosódicos detallados -tanto de las lenguas indoamericanas como del español hablado en cada región de América-, no podrán hacerse afirmaciones seguras, ni en uno ni en otro sentido.

E) Finalmente, en el dominio donde más clara es la lengua indígena, en el léxico, también es mucho lo que se ha exagerado. Dejando al margen la circunstancia de que la influencia léxica no es ni siquiera un caso estricto de sustrato, sus efectos no son tan acusados co-

222 "Influencia de las lenguas indígenas" en Anuario de Letras, V (1965), p. 34.

mo haría pensar lo dicho por ciertos autores. Hace unos años, Darío Rubio expresaba una opinión que la mayoría de los gramáticos de su tiempo compartían: "Si desaparecieran del lenguaje español que hablamos los mexicanos, todas las voces en dicho lenguaje incluidas y que tienen su origen en el idioma náhuatl (hay que tomar también en consideración las voces con origen en otras lenguas indígenas mexicanas incluidas igualmente en el español que en las regiones respectivas se habla), se produciría un caos verdaderamente horrible por la situación en que tal desaparición hubiera de colocarnos"²²³. Tan inquietante vaticinio parece comprobado por el elevado número de indigenismos que han reunido los lexicógrafos de América en sus diccionarios: Cecilio A. Robelo registra en su Diccionario de aztequismos más de 1 500 voces de origen nahoa; R. Lenz reunió unas 2 500 formas en su diccionario chileno, y Lisandro Alvarado acumuló unas 1 700 en el de venezolanismos. Cifras en verdad nada despreciables. Pero las investigaciones realizadas durante los últimos años en el Seminario de Dialectología del Colegio de México prueban que esas cifras son muy engañosas. En efecto, de las 1 500 formas que reúne Robelo en su diccionario, sólo 300 escasamente tienen vida real en el español de México; y de las 1 700 voces recopiladas por Alvarado en Venezuela, sólo 17 son de uso común en el país²²⁴. Frente a la opinión de Darío Rubio, parece, pues, más acorde con la realidad la que sostiene Marcos A.

223 D. Rubio, Refranes, proverbios y dichos y dicharachos mexicanos, 2ª ed., México, 1940, tomo I, pp. xxii-xxiii.

224 Cfr. A. Rosenblat, El castellano de Venezuela, p. 12.

Morínigo: "Los diccionarios de americanismos actuales rivalizan en incorporar a su léxico el mayor número de indigenismos, se usen o no se usen en el español de América, distorsionando de esta manera la realidad lingüística y confundiendo a los estudiosos. De la lectura de los mismos se tiene, en efecto, la impresión de que la contribución léxica indígena a las hablas regionales es sencillamente enorme. Esta impresión, sin embargo, no corresponde a la realidad. Desde luego la contribución es importante, pero muy por debajo de las dimensiones que en los diccionarios aparecen. Por ejemplo, en los diccionarios aparecen las voces guaraníes tuyuyú, jabirú, iciga, isobó, urubú, urucureá... y cien más que nadie usa y pocos saben lo que son. En un diccionario de mexicanismos aparecen las voces tetlacihue, tecoma-súchil, tetlatía, techcocama, texosóchil que nadie sabe qué son en México, fuera de los nahuatlistas. Muy curiosa es que aparecen en el mismo diccionario como equivalentes de tetlatía, hinchahuevos, jaboncillo o incienso del país, que son los verdaderos nombres populares de esta planta. Entonces ¿por qué aparecen estos nombres indios? Simplemente por razones eruditas. El compilador quiere demostrar con eso su conocimiento de la historia del país o su conocimiento de las lenguas indias, que en algunos casos está aún viva. Hay en nuestros diccionarios una gran masa de voces indígenas que constituyen en ellos un peso muerto en el mejor de los casos"²²⁵.

En efecto, los estudios realizados muestran que la influencia de las lenguas indígenas en el español de la ciudad de México no repre-

225 M. A. Morínigo, "La penetración de los indigenismos americanos en el español" en PFLE II, p. 226.

senta ni siquiera el 0.09 por ciento del léxico usual²²⁶. En resumen, podemos afirmar que la huella del sustrato indígena es muy pequeña, inclusive en el terreno léxico, que es el más expuesto a contagios y alteraciones.

De todo lo dicho hasta aquí se desprende que la capacidad de las lenguas de sustrato como fuerzas diferenciadoras y fragmentadoras del español, no es tan grande, ni muchísimo menos, como se había supuesto. Por el contrario, parece ser aún más débil de lo que fue en el caso del latín, y además aparece refrenada por condiciones históricas y culturales propias del mundo moderno, condiciones que favorecen en gran medida la conservación de la uniformidad lingüística.

226 Cfr, a este respecto, el artículo citado de J. M. Lope Blanch, "Influencia indígena" pp. 33-46.

C O N C L U S I O N

1) Que la latinización del Imperio Romano se hizo en circunstancias histórico-culturales enteramente distintas de las existentes durante la época de la castellanización de América, y, sobre todo, en el mundo moderno, por lo cual una fragmentación lingüística paralela a la que se produjo en la Romania no tiene por qué repetirse en el caso del mundo hispánico.

2) Que los medios de comunicación modernos pueden compensar plenamente las desventajas que para la conservación de la unidad lingüística supone la amplitud territorial en que se habla la lengua española.

3) Que la influencia de la lengua escrita -influencia niveladora y uniformadora- es cada día mayor, gracias a la difusión de la cultura y a la alfabetización de las grandes masas de hispanohablantes.

4) Que la castellanización de América se hizo, básicamente, a través de una lengua relativamente uniforme, como resultado que era de la nivelación de las diversas normas dialectales de la Península, con cierto predominio de lo andaluz.

5) Que la inevitable evolución inherente a todo sistema lingüístico no tiene por qué desembocar necesariamente en una fragmentación dialectal, ya que la evolución puede ser esencialmente uniforme.

6) Que la influencia de los sustratos sobre la lengua invasora suele ser mucho menor de lo que se había supuesto hace unas décadas, y que, en el caso concreto de las lenguas americanas, su influencia sobre la lengua española ha sido bastante superficial, de-

be llegarse a la conclusión de que no existe razón lingüística ninguna que permita imaginar la fragmentación dialectal del idioma español en un futuro previsible²²⁷.

227 Por lo contrario, más cabría suponer una evolución niveladora y uniformadora. Los distintos y poderosos medios de difusión y de comunicación propios de nuestra época (periódicos, libros, radio, televisión, cine, medios de transporte etc) contribuyen -al facilitar el conocimiento recíproco de las diversas normas lingüísticas nacionales y regionales- a borrar las viejas diferencias dialectales, fruto del aislamiento en que durante tantos siglos se habían mantenido las diversas zonas lingüísticas. Tal ha sido, por desgracia, el triste destino del folklore, hoy en vías de rápida desaparición, tras decenas de siglos de vida plácida y segura. Así, más puede temerse la desaparición de lo dialectal, que la fragmentación de lo unitario. Gracias a la expansión de la norma culta escrita, el antiguo ideal de lengua común parece en vías de convertirse en una realidad. Esta ha sido la experiencia que han proporcionado las encuestas dialectales que se están realizando en México. Creo enteramente acertada la conclusión a que llega A. Rosenblat en su estudio Lengua y cultura de Hispanoamérica: "Lejos de tender el español de América a la independencia lingüística, se orienta cada vez más hacia la unidad" (p. 35).

BIBLIOGRAFIA

- Abeille, Lucien, La lengua nacional de los argentinos, Paris, Bouillon 1900
- Actes du colloque international de civilisations, littératures et langues romanes. Bucarest, 1959.
- Alberdi, Juan Bautista, "Fragmento preliminar al estudio del derecho" en Obras completas, Buenos Aires, 1886.
- Alcocer, I, El español que se habla en México. Influencia que en él tuvo el idioma mexicano o náhuatl, México, 1953.
- Alemaný, José, "El castellano en la Argentina, según la novela de D. Carlos B. Quiroga titulada La raza sufrida (novela americana)", BAE, 17 (1930) pp 303-352.
- Alfonso, Luis, "La enseñanza de la lengua y la corrección idiomática" en BAAL, 21 (1956), pp. 155-156.
- Alfonso, Luis, "Tendencias actuales del español en la Argentina" en PFLE I, pp. 161-182.
- Alonso, Amado, Castellano, español, idioma nacional, Buenos Aires, 1943.
- Alonso, Amado, El problema de la lengua en América, Madrid, 1935.
- Alonso, Amado, Estudios lingüísticos, Madrid, 1953.
- Alonso, Amado, "Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz", RFH, I (1939), 313-350.
- Alonso, Amado, "Intereses filológicos e intereses académicos en el estudio de la lengua", BAAL, I, 1933, pp.7-14.
- Alonso, Amado, Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello, en Bello, Gramática, Caracas, 1951.
- Alonso, Amado, "La Argentina en la dirección inmediata del idioma", La Nación (Buenos Aires), 4 agosto 1940.
- Alonso, Amado, La Argentina y la nivelación del idioma, Buenos Aires, 1943.
- Alonso, Amado, "Problemas de dialectología hispanoamericana" en BDH, I, 1930, pp. 317-469.
- Alonso, Amado, "Substratum y superestratum", RFH, III (1941), 209-218.
- Alonso, Amado, Reseña a A.Alonso y Menéndez Pidal en RFE, VI (1944) pp. 402-409.

- Boyd-Bowman, Peter, Indice geobiográfico de cuarenta mil nobladores españoles de América en el siglo XVI. Tomo I. Bogotá, 1964.
- Buesa Oliver, Tomás, Indoamericanismos léxicos en español, Madrid, 1965.
- Canfield, Lincoln, La pronunciación del español en América, Bogotá, 1962.
- Cantarell Dart, J., Defendamos nuestro hermoso idioma, Buenos Aires, 1944.
- Capdevila, Arturo, Babel y el castellano, Buenos Aires, 1954.
- Capdevila, Arturo, Despeñaderos del habla, Buenos Aires, 1952.
- Cárdenas, Juan de, Problemas y secretos de las Indias, Méjico, 1591. Ed. del Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1945.
- Carilla, Emilio, "Nota sobre la lengua de los románticos (Una sátira de Acuña de Figueroa)" en RFE, XLIII (1960) pp. 211-217.
- Caro, Miguel Antonio, Epistolario de Don Miguel Antonio Caro: correspondencia con Don Rufino J. Cuervo y Don Marcelino Menéndez y Pelayo, Bogotá, 1941.
- Casares, Julio, La unidad de la lengua en los pueblos hispanos, Santander, 1953.
- Carreño, Alberto María, "La lengua castellana en México" en Memorias de la Academia Mexicana T. X, México, 1954.
- Carrillo Herrera, Gastón, "Tendencias a la unificación idiomática hispanoamericana e hispánica" en PFLE II, pp. 17-33.
- Casartelli, Manuel A., "Espejismo y realidad del lenguaje rioplatense" en Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid), 1955, Nº 61.
- Castro, Américo, La peculiaridad lingüística rioplatense, Madrid, 1960.
- Catalán, Diego, Génesis del español atlántico, La Laguna de Tenerife, 1958.
- Cisneros, Luis Jaime, "Historia de la lengua en el Perú", Orbis, 6 (1957), 512-524.
- Colford, W. E., "El problema del español en Hispanoamérica", en IL, II, nº 3 y 4.
- Corominas, Juan, "Indianorománica. Estudios de lexicología hispanoamericana", en RFH, VI (1944) 1-35; 139-175 y 209-254.

- Alonso, Dámaso, "Para evitar la diversificación de nuestra lengua" en PFLE II, pp. 259-269.
- Alonso, Dámaso, "Unidad y defensa del idioma" en Memoria del II Congreso de Academias de la lengua española, pp. 33-48.
- Alvar, Manuel, Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía, Granada, 1961 y siguientes.
- Amado, Miguel, "El lenguaje en Panamá", BAAL, XIV (1945) pp. 641-666.
- Anderson Imbert, Enrique, "Andrés Bello, Sarmiento y la generación de 1842" en Ensayos, Tucumán, 1946, pp. 28-33.
- Anderson Imbert, Enrique, Historia de la literatura hispanoamericana, México, 1961
- Antuña, J. G., "La unidad del idioma y la necesaria colaboración de América" en Rev. Nal (Montevideo), 5 (1960) pp. 335-342.
- Arce de Vázquez, Margot, "El español en Puerto Rico" en Asomante, año 5, nº 3, pp. 52-62.
- Armas, Juan Ignacio de, Orígenes del lenguaje criollo, La Habana, 1882.
- Bar-Lewaw, I., "Traces of the Nahuatl language in Mexican Castilian", AIOR, V (1963), pp. 183-199
- Barrera Vázquez, A., "La lengua maya y su influencia en el español de Yucatán" en Orbe, época III, nº 3; y en IL, IV, 1937, pp. 9-35.
- Battistessa, Angel J., "El argentino y sus principales interrogantes frente a los problemas de la unidad de la lengua" en PFLE I, pp. 199-208.
- Bayo, Ciro, Manual del lenguaje criollo de Centro y Sud-América, Madrid, 1931.
- Bello, Andrés, "Advertencias sobre el uso de la lengua castellana" en BDH, VI, Buenos Aires, 1940, pp. 49-77
- Bello, Andrés, Gramática, Caracas, 1951.
- Biblioteca de dialectología hispanoamericana, Buenos Aires, 1946-49.
- Borello, Rodolfo A., "Actitud del argentino medio frente a la lengua" en PFLE I, 193-198.
- Borges, Jorge Luis, El idioma de los argentinos, Buenos Aires, 1965.
- Bottiglioni, Justo, "Diccionario español-guaraní y guaraní-español" Bol. Fil., (Montevideo) IV (1943) pp. 148 ss.

- Correas, Gonzalo, Arte de la lengua castellana. Ed. de E. Alarcos García. Madrid, 1954.
- Coseriu, Eugenio, Sincronía, diacronía e historia, Montevideo, 1958.
- Costa Álvarez, Arturo, Nuestra lengua. Buenos Aires, 1932.
- Covarrubias, Sebastián de, Tesoro de la lengua castellana o española, Madrid, 1611. Ed. M. de Riquer. Barcelona, 1943.
- Cuervo, Rufino José, Apuntaciones críticas Castellano popular y castellano literario
Disquisiciones sobre filología castellana
En Obras, 2 tomos, Bogotá, 1954.
- Dávila Garibi, Del náhuatl al español, Tacubaya, 1939.
"Posible influencia del náhuatl en el uso y abuso del diminutivo en el español de México" en Imagen de la cultura náhuatl, México, UNAM, 1959.
- Díaz y Díaz, Manuel, "El latín de la Península Ibérica: Dialectalismos", en Enciclopedia Lingüística Hispánica I, pp. 237-250.
- Diez, Friedrich, Grammatik der Romanischen Sprachen, Bonn, 1870.
- Enciclopedia Lingüística Hispánica, dirigida por M. Alvar, R. de Balbín, L.F.Lindley Cintra. Tomo I: Antecedentes. Madrid, 1960.
- Flórez, Luis, "El español hablado en Colombia y su Atlas Lingüístico" en PFLE I, 5-77.
- Fogelquist, Donald F., "The bilingualism of Paraguay" en Hispania (1950), XXXIII, nº 1, 23-27.
- Gagini, Carlos, Diccionario de costarriqueñismos, San José de Costa Rica, 1919.
- Galmés, Álvaro, Influencias sintácticas y estilísticas del árabe en la prosa medieval castellana, Madrid, 1956.
- García de Diego, Vicente, "El sentimiento americano del castellano" en Homenaje a Bello, Caro y Cuervo, Madrid, 1956, pp. 431-438.
- García de Diego, Vicente, "Los malos y los buenos conceptos de la unidad del castellano" en PFLE II, pp. 5-16.
- Gásperi, Luis de, "Presente y futuro de la lengua española en el Paraguay", en PFLE I, 127-133.
- Gillieron, Jules, Atlas linguistique de la France, Paris, 1902-1910.
- González de la Calle, Pedro Urbano, Contribución al estudio del bo-

- gotano, Bogotá, 1963.
- González Casanova, Pablo, "Ensayo etimológico de los mejicanismos de origen azteca", Boletín de la Universidad de México I (1922) nº 2.
- Grandgent, C. H., Introducción al latín vulgar, Madrid, 1928.
- Griera, Antoni, Atlas lingüístico de Catalunya, Barcelona, 1923.
- Guitarte, Guillermo L., "Cartas desconocidas de Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez y Ezequiel Uriceochea" en BICC, XVII (1962), 237-312.
- Guitarte, Guillermo L., "Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo de América" en BICC, XIV (1959) pp. 20-81.
- Gutiérrez Eskildsen, R. M., Sustrato y superestrato del español de Tabasco, México, 1944.
- Gutiérrez Nájera, Manuel, "Estética de la prosa" en J.L. Martínez, El ensayo mexicano moderno, México, 1958.
- Henríquez Ureña, Pedro, Las corrientes literarias en la América Hispánica, México, 1954.
- Henríquez Ureña, Pedro, Obra crítica, México, 1960.
- Henríquez Ureña, Pedro, "Observaciones sobre el español en América" en RFE, VIII (1921), pp. 357-390; XVII (1930) pp. 277-284; XVIII (1931) pp. 120-148.
- Henríquez Ureña, Pedro, Sobre el problema del andalucismo dialectal de América. Buenos Aires, 1932.
- Herrero Mayor, Avelino, Presente y futuro de la lengua española en América, Buenos Aires, 1943.
- Herrero Mayor, Avelino, "Presente y futuro de la lengua española en América" en PFLE II, pp. 109-126.
- Homenaje a Bello, Caro y Cuervo. Comisión Permanente del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, Madrid, 1956.
- Jungemann, Friedrich H., La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones, Madrid, 1955.
- Kany, Charles E., American-Spanish Syntax, Chicago, 1945.
- Lapesa, Rafael, "América y la unidad de la lengua española" en Revista de Occidente, IV, 2ª época (1966) nº 38, pp. 300-310.
- Lapesa, Rafael, "El andaluz y el español de América" en PFLE II, pp. 173-182.

- Lapesa, Rafael, Historia de la lengua española, Madrid, 1959.
- Lazo, Raimundo, América y la lengua española, La Habana, 1960.
- Lenz, Rodolfo, "Introducción al estudio del lenguaje vulgar en Chile", en Anales de la Universidad de Chile, 1894, LXXXVII.
- Lenz, Rodolfo, Los elementos indios del castellano de Chile, Santiago, 1905-1910.
- Lenz, Rodolfo, "Para el conocimiento del español de América" en BDH, VI, Buenos Aires, 1940, pp. 211-249. (Es traducción de su estudio original "Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen" ZRPh, XVII, 1893, pp. 188-214).
- Lope Blanch, Juan M., "En torno a las vocales caedizas del español mexicano" en NRFH, XVII (1963-4) pp. 1-19.
- Lope Blanch, Juan M., "Estado actual del español en México" en PFLE I, pp. 79-93.
- Lope Blanch, Juan M., "Influencias de las lenguas indígenas en el léxico del español hablado en México" en Anuario de Letras, V (1965) pp.33-46.
- Lope Blanch, Juan M., "La reducción del paradigma verbal en el español hablado en México", Actas del XI Congreso de Lingüística Románica, Madrid, 1965.
- M. G., Memoria sobre la necesidad de contener la demacia y perjudicial licencia de las mugeres en el hablar, Buenos Aires, 1813.
- Malmberg, Bertil, "Encore une fois le substrat" en Studia Linguistica, XVII (1963) pp. 40-46.
- Malmberg, Bertil, "L'Espagnol dans le nouveau monde" en Studia Linguistica I, (1947), II (1948), pp. 79-116, 1-36.
- Malmberg, Bertil, "L'extension du castillan et le problème des substrats", en Actes du Colloque...de Langues Romanes, Bucarest, 1959, pp.249-260.
- Malmberg, Bertil, "Tradición hispánica e influencia indígena en la fonética hispanoamericana" en PFLE II, pp. 227-245.
- Mallo, Jerónimo, "La defensa de la unidad del lenguaje común de Hispanoamérica" en Revista Iberoamericana, XIII (1947), pp. 117-122.
- Marañón, Gregorio, "La comunidad de la lengua hispánica" en Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid) XXVII (78/79), 1956, pp. 263-271.

271.

- Martínez, José Luis, El ensayo mexicano moderno, México, 1958.
- Martínez Centeno, Roberto, "Enseñanza y defensa del castellano" en BAV, XXX (1962-3), nº 114, pp. 85-120.
- Martínez Sobral, Enrique, "Contestación a A.M. Carreño "La lengua castellana en México" en Memorias de la Academia Mexicana, T.X, México, 1954, pp. 185-190.
- Martínez Zuviría, Gustavo, "Algunos vicios del lenguaje" en BAAL, VI (1938) nº 23-24, pp. 383-389.
- Mediz Bolio, Interinfluencia del maya con el español de Yucatán, Mérida, 1951.
- Meillet, Antoine, "Différentiation et unification dans les langues" en Linguistique historique et linguistique générale, Paris, 1948.
- Memorias de la Academia Mexicana, Tomo X, México, 1954.
- Memoria del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, México, 1952.
- Memoria del Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española, Madrid, 1956.
- [Memoria del] Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española, Bogotá, 1960.
- Mendoza, E., Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano, Guadalajara, 1922.
- Menéndez Pidal, Ramón, Castilla. La tradición. El idioma. Buenos Aires, 1945.
- Menéndez Pidal, Ramón, "Dos problemas iniciales relativos a los romances hispánicos" en Enciclopedia Lingüística Hispánica I, XXVII-CXXXVIII.
- Menéndez Pidal, Ramón, "A propósito de ll y l latinas. Colonización suditálica en España" en BAE, año XLIII, tomo XXXIV, 1954, pp. 165-216.
- Menéndez Pidal, Ramón, "El lenguaje del siglo XVI" en La lengua de Cristóbal Colón, Madrid, 1942.
- Menéndez Pidal, Ramón, "La unidad del idioma", en Castilla. La tradición. El idioma, Buenos Aires, 1945, pp. 173-218.
- Menéndez Pidal, Ramón, "Nuevo valor de la palabra hablada y la unidad del idioma", en BAAL, 21 (1956), pp. 429-443.

- Menéndez Pidal, Ramón, Orígenes del español, Madrid, 1950.
- Menéndez Pidal, Ramón, "Sevilla frente a Madrid" en Homenaje a A. Martinet III, La Laguna, Canarias, 1962, pp. 99-165.
- Meyer Lübke, W., Grammaire des langues romanes, 4 Ts., New York-Paris, 1923.
- Meyer Lübke, W., Romanisches Etymologisches Wörterbuch, Heidelberg, 1935.
- Millardet, G., "Sur un ancien substrat commun à la Sicile, la Corse, et la Sardaigne" en RLingR, IX (1933), 346-369.
- Mistral, Gabriela, "El divorcio lingüístico de nuestra América" en Sur, Buenos Aires, VIII (1938), nº 46, pp. 85-88.
- Molina y Vedia, D., "Lo básico en el problema de la unidad lingüística", en BICC I (1945), pp. 367-374.
- Monner Sans, R., Notas al castellano en la Argentina, Buenos Aires, 1903.
- Morínigo, Marcos A., "Las voces guaraníes del Diccionario académico" en BAAL, III, nº 9, enero-marzo 1935.
- Morínigo, Marcos A., "La penetración de los indigenismos americanos en el español" en PFLE II, pp. 217-226.
- Morínigo, Marcos A., "El español en América" en Programa de filología hispánica, Buenos Aires, 1959, pp. 130-149.
- Nebrija, Antonio de, Gramática castellana. Texto establecido sobre la edición "princeps" de 1492 por Pascual Galindo y Luis Ortiz, Madrid, 1946.
- Nervo, Amado, "El castellano en América"
 "El castellano melidroso"
 "La lengua y la literatura"
 "La uniformidad del idioma"
 En Obras completas, 2 Ts., Madrid, 1962,
- Núñez Ponte, J. M., "Andrés Bello, gran maestro del idioma" en Homenaje a Bello, Caro y Cuervo, Madrid, 1956, pp. 221-229.
- Oroz, Rodolfo, "El español de Chile" en PFLE I, 93-109.
- Pagano, José León, "El idioma español en la Argentina" en BAAL, 21 (1956), pp. 67-73.
- Paladini, Maria Delia, "Echeverría y la lengua española" en Cultura Neolatina, Roma, XII (1952), pp. 151-158.

- Palma, Ricardo, Neologismos y americanismos, Lima, 1896.
- Panorama das literaturas das Americas, T. IV, Angola, 1963.
- Pellegrini, Carlos, Discursos y escritos . Buenos Aires, 1910.
- Pereira Rodriguez, J., "Nuevo sentido de la poesía gauchesca" en Historia sintética de la literatura uruguaya, Montevideo, 1931.
- Pinto, Luis C., La lengua nativa y el Plan Quinquenal, Buenos Aires, 1953.
- Presente y Futuro de la Lengua Española. Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas, 2 Ts., Madrid, 1964.
- Quesada, Ernesto, La evolución del idioma nacional, Buenos Aires, 1923.
- Quilis, Antonio, "El español en América" en Arbor, LV (1963), ns. 211-212, pp. 125-130.
- Ramos, Juan P., "Juan María Gutiérrez" en BAAL, VII (1939) nº 28, pp. 501-528.
- Restrepo, Félix, "Alarma en el mundo hispánico" en BAV, 26 (1958) ns. 99/100, pp. 14-25.
- Ricard, Robert, Destin et problèmes de la langue espagnole, Paris, 1958.
- Riva Agüero, José de la, Carácter de la literatura del Perú independiente, Lima, 1905.
- Robelo, Cecilio A., Diccionario de aztequismos, México, s. a..
- Rodriguez Demorizi, Emilio, Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo, Ciudad Trujillo, 1944.
- Rohlf, Gerhard, Diferenciación léxica de las lenguas románicas, Madrid, 1960.
- Rojas, Ricardo, Eurindia, Buenos Aires, 1951.
- Rojas, Ricardo, Historia de la Literatura Argentina. Los gauchescos I Buenos Aires, 1948.
- Rosario, Rubén del, "Estado actual del español en Puerto Rico" en PFLE I, pp. 153-160.
- Rosenblat, Ángel, "Base del español de América" en Boletín de Filología, XVI (1964), 171-230.
- Rosenblat, Ángel, Buenas y malas palabras, 2 Ts., Caracas, 1960.

- Rosenblat, Ángel, El castellano de España y el castellano de América, Caracas, 1962.
- Rosenblat, Ángel, "El castellano de Venezuela: la influencia indígena" en Boletín Indigenista Venezolano, III, IV, V (1955-57), nos. 1-4, pp. 89-107.
- Rosenblat, Ángel, "La hispanización de América" en PFLE II, 189-216.
- Rosenblat, Ángel, "Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua" en Revista de la Universidad de Buenos Aires, V época, año V, nº 4 (1960), pp. 539-584.
- Rosenblat, Ángel, "Lengua y cultura de Hispanoamérica" en La primera visión de América y otros estudios, Caracas, 1965, pp. 38-40.
- Rosenblat, Ángel, "Montalvo y los <<Capítulos que se le olvidaron a Cervantes>>" en La primera visión de América y otros estudios, Caracas, 1965.
- Rosenblat, Ángel, "Sarmiento y Unamuno ante los problemas de la lengua" en La primera visión de América y otros estudios, Caracas, 1965.
- Rubio, Darío, La anarquía del lenguaje en la América española, México, 1925.
- Rubio, Darío, Refranes, proverbios, dichos y dichos mexicanos, 2ª ed., México, 1940, T. I.
- Salazar Bondy, Sebastián, "Carta del Perú" en La Gaceta, Fondo de Cultura Económica, México, año IX, nº 98, octubre, 1962.
- Sanchis Guarner, M., "Sobre los problemas de la lengua castellana en América" en Papeles de Son Armadans, año V, T. XIX, nº LVI, pp. 138-168.
- Sanín Cano, Baldomero, Divagaciones filológicas y apólogos literarios, Manizales, Colombia, 1934.
- Sarmiento, Domingo F., Facundo, México, 1947.
- Saussure, Ferdinand de, Curso de lingüística general, Buenos Aires, 1945.
- Selva, Juan B., Evolución del habla, Buenos Aires, 1944.
- Selva, Juan B., El castellano en América. Su evolución, La Plata, 1906.

- Selva, Juan B., "La unidad del castellano y el problema de la pronunciación en la Argentina" en BAAL, VII (1939), pp. 413-430.
- Senet, Rodolfo, "El falseamiento del castellano en la Argentina" en BAAL, VI (1938), nos. 21-22, pp. 121-144.
- Silva Neto, Serafim da, "Problèmes linguistiques du brésilien" en Actes du colloque de.....langues romanes, pp. 260-284.
- Stepanov, G. V., "The national Language in Latin American Countries" Traducción inglesa del ruso por Catherine P. Heflin, Center for Applied Linguistics of the Modern Language Association of America, Washington, D.C., 1964.
- Suarez-Miraval, Manuel, "Las letras peruanas en el siglo XX" en Panorama das Literaturas das Americas, IV, Angola, 1963, pp. 1529-1895.
- Tagliavini, Carlo, Le origini delle lingue neolatine, Bologna, 1964.
- Toscano, Humberto, "El español hablado en el Ecuador" en PFLE II, pp. 111-116.
- Thomsen, Guillermo, Historia de la lingüística, Madrid, 1945.
- Toro y Gisbert, Miguel, "El idioma de un argentino: La Guerra gaucha de L. Lugones" en BAE, IX (1922), pp. 526-548; 705-728.
- Tovar, Antonio, Catálogo de las lenguas de América del Sur, Buenos Aires, 1961.
- Tovar, Antonio, "Español y lenguas indígenas. Algunos ejemplos" en PFLE II, pp. 245-257.
- Unamuno, Miguel de, "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana"
 "Contra el purismo"
 "La reforma del castellano"
 "Sobre la lengua española"
 en Ensayos, 2 Ts., Madrid, 1951.
- Urbina, Luis G., "Origen y carácter de la literatura mexicana", en J. L., Martínez, El ensayo mexicano moderno I, pp. 101-110.
- Valdés, Juan de, Diálogo de la Lengua. Ed. de José F. Montesinos, en Clásicos Castellanos 86, Madrid, 1946.
- Viciana, Martín de, Libro de alabanzas de las lenguas Hebrea, Griega, Latina, Castellana y Valenciana, Valencia, 1574.

- Vidal de Battini, Berta Elena, "El español de la Argentina" en PFLE I, pp. 181-192
- Vidal de Battini, Berta Elena, "Voces marineras en el habla rural de San Luis" en Filología I (1949) pp. 105-149.
- Vidos, B. E., Manual de lingüística románica, Madrid, 1963.
- Wagner, Max Leopold, "El sufijo hispanoamericano -eco para denotar defectos físicos y morales" en NRFH, IV (1950) pp. 105-114.
- Wagner, Max Leopold, Lingua e dialetti dell'America Spagnola, Firenze, 1949.
- Walker Read, Allan, "American Projects for an Academy to regulate Speech" en PMLA, LI (1936), 1142 ss.
- Wartburg, Walther von, La fragmentación lingüística de la Rumania, Madrid, 1952.
- Zamora Vicente, Alonso, Dialectología española, Madrid, 1961.
- Zamora Vicente, Alonso, "Sobre la nivelación artística del idioma" en PFLE II, pp. 39-49.
- Zappacosta de Willmott, Maria E., "Problemas del hispanoamericano" Anales del Instituto de Lingüística, Mendoza, IV (1950), pp. 127-139.

ABREVIATURAS

- AIOR = Annali dell'Istituto Universitario Orientale, Sezione Romaza, Napoli.
- BAAL = Boletín de la Academia Argentina de Letras. Buenos Aires.
- BAE, BRAE = Boletín de la [Real] Academia Española. Madrid.
- BAV = Boletín de la Academia Venezolana. Caracas.
- BDH = Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Buenos Aires.
- BICC = Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.
- Bol. Fil. = Boletín de Filología. Montevideo.
- IL = L'Information Littéraire. Paris.
- NRFH = Nueva Revista de Filología Hispánica. México.
- PFLE = Presente y Futuro de la Lengua Española. Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas. Madrid.
- PMLA = Publications of the Modern Language Association of America. Baltimore.
- Rev. Nal. = Revista Nacional. Montevideo.
- RFE = Revista de Filología Española. Madrid.
- RFH = Revista de Filología Hispánica. Buenos Aires.
- RIL = Rendiconti dell'Istituto Lombardo, Classe di Lettere, Scienze morali e storiche. Milano.
- RLingR = Revue de Linguistique Romane. Paris.